

CARMEN MONROY

**TRES MINUTOS.
VIAJE LARGO**



Puebla
Contigo y con rumbo
Gobierno Municipal

IMACP
Instituto Municipal de Arte
y Cultura de Puebla

Carmen Monroy

Tres minutos. Viaje largo



H. AYUNTAMIENTO DE PUEBLA

Mtro. Adán Domínguez Sánchez
Presidente Municipal

INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE PUEBLA

Fabián Valdivia Pérez
Director General

Mauricio Pardo Ruiz
*Subdirector de Desarrollo Artístico, Cultural
y Patrimonial*

Diego Rodríguez Moreno
*Coordinador de Fomento a la Lectura y
Editorial*

Juan Carlos Figueroa Cortéz
Coordinador de Diseño

D.R. 2024 Instituto Municipal de Arte y
Cultura de Puebla.

Avenida Reforma 1519, Barrio de San
Sebastián.

C.P. 72090, Puebla, México.

ISBN: 978-607-8977-00-0



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

HECHO EN MÉXICO



Canasta

de Escritoras y Escritores

P O B L A N O S

— 2023 —

CANASTA DE ESCRITORAS Y ESCRITORES POBLANOS

Durante este Gobierno Municipal, el *Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla* promovió la convocatoria «*Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*», con la finalidad de abrir la puerta a todos esos autores y autoras que se encontraban en la constante búsqueda de algún canal para publicar sus obras.

La respuesta fue amplia y positiva, las propuestas recibidas resultaron extraordinarias. No era para menos, el talento literario de nuestra ciudad es legendario y contempla una gran variedad de temáticas, lo que permite fomentar el hábito de la lectura en nuestra sociedad. La difusión del libro y de la práctica lectora es una de las misiones más nobles y trascendentes de cualquier instancia de Gobierno, ya que la difusión del trabajo de los creadores locales detona perspectivas novedosas entre las y los lectores de nuestra ciudad.

Esta publicación es muestra de la calidad literaria que se desborda en la ciudad de Puebla, misma que no sólo difunde la memoria histórica, sino que también aborda y construye imaginarios de la ciudad a través de creaciones literarias cuya fuerza radica en la precisión de las palabras y en la posibilidad de emocionar y cautivar a quienes se sumergen entre sus hojas.

Me llena de orgullo presentar esta colección, donde cada página es un verdadero deleite poblano para el lector. Les presento pues la apetitosa oferta de esta «*Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*» misma que contiene espléndidos frutos de talento literario de poblanas y poblanos que han encontrado en la palabra escrita el camino para detonar la creación artística.

Deseo que lo disfruten.

Adán Domínguez Sánchez
Presidente Municipal

Carmen Monroy

ROSA DEL CARMEN CABRERA MONROY nació en la Ciudad de México. Actualmente radica en la Ciudad de Puebla.

Ha tomado talleres de creación literaria en la Escuela de Escritores “M” en Ciudad de México y en el Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla IMACP. Mención Honorífica en el XXI Concurso de Cuento “*Mujeres en vida*” Homenaje a *María Luisa Bombal*, 2019. Sus minificciones forman parte del proyecto “*Memorias sonoras de Puebla*”. Su cuento *Redes y Castillos* forma parte de la tercera antología de escritoras MX (Ed. El nido del fénix, 2020). Su minificción *Once y media* fue publicada en la revista digital *Mi Valedor*, 2021. Ganadora del Primer Lugar en el XXV Concurso de Cuento “*Mujeres en vida*” Homenaje a *Luisa Josefina Hernández*, 2023.

Trabajó en la Secretaría de Cultura del Estado de Puebla y actualmente es maestra de talleres de escritura en Puebla y Cholula.

ÍNDICE

TRES MINUTOS. VIAJE LARGO	13
UN HOSPITAL Y UNA MACETA DE VIOLETAS	15
UN PAPALOTE Y EL UNIFORME DE MUJER PERFECTA	23
UN VESTIDO DE XV AÑOS Y UNA MANDALA	27
LOS VERSOS DE BECKER, EL OLOR A ROSAS Y UNA CAJA DE HERRAMIENTAS	39
LA GUITARRA ROTA Y UNAS COPAS DE VINO TINTO	47
DOS TANQUES DE OXÍGENO Y UN NUEVO HOGAR	55
UNA COFIA Y MILES DE TRAGOS DE TEQUILA	63
UNA ESTRELLA Y UN CAFÉ GOURMET	75
EL MILAGRITO Y UNA MESA DE BILLAR	87
UN CONVENTO Y UN CAJERO AUTOMÁTICO	95
VELAS AROMÁTICAS Y UN VIDEO VIRAL	107
UN GRUPO UNIDO Y UN CHILE EN NOGADA	117
UN COMENTARIO EN TWITTER Y UN TRÁILER	123
UN HASHTAG VIRAL Y UNA BODEGA VACÍA	129
EL RADIO PASILLO Y TRES MINUTOS EN PANTALLA	137
UN EDIFICIO ALTO Y UN GLOBO METÁLICO	141

Tres minutos. Viaje largo

*

La vi.

Caminaba sola. Luego los vi. Tres hombres venían tras ella. Eran pasadas las diez de la noche y acababa de dejar un pasajero cerca del Hospital Angelópolis cuando la vi. Caminaba sola por una de las calles mudas y oscuras de esa zona.

Tomó con firmeza su bolsa. Venía vestida de enfermera con la gorrita blanca y sus zapatos blancos. Avanzó. Pensé que iba a correr. Ellos se aproximaban. Los oía, sin verlos, no hacía falta. Temblaba a cada paso, quería llegar a prisa a la avenida iluminada. Acerqué mi auto junto a ella. Prendí las luces altas.

—Súbete —ella se queda inmóvil—. Ya no están.

—Soy Nirvana, chofer de *Uber* y ¿tú? Anda sube. La luz de los faros los ahuyentó. Así es como se espanta a las bestias. ¿Vives cerca? —ella se sube al auto con desconfianza y comienza a llorar.

— Soy una tonta. Debí quedarme o decir algo.

—Calma. Todo está bien. Anda, toma un poco de agua —le acerqué la última botellita. — Soy Vanessa.

Así nos conocimos. Esa noche no dijo mucho. Lloraba en silencio. Solo hablaba para darme indicaciones de cómo llegar a su casa. Le ofrecí unos pañuelos desechables. Se acabó el paquete y me pidió perdón.

—Desahógate lo que quieras. A veces así pasa. Tranquila.

No me contestó. Miraba a la calle, perdida en sus pensamientos. Me dio pena poner música. A veces el silencio es sanador. Hay momentos en los que una no está lista para decir las cosas que lastiman. Tiempo después, Vanessa me agradeció por haberla ayudado esa noche, de lo contrario habría vivido el instante que no se olvida. Lo que no se le desea a nadie.

Un hospital y una maceta de violetas

Avanzo hacia la avenida Juárez. Cruzo la rotonda de la fuente de los frailes. Un usuario que se presentó como historiador me contó que los frailes en realidad son arcángeles orientados hacia los cuatro puntos cardinales, a alguien le parecieron frailes en lugar de arcángeles, así que por costumbre colectiva se le quedó el nombre: Fuente de los Frailes, aunque no haya ninguna estatua representándolos; otro usuario me dijo que las malas lenguas cuentan que un funcionario, al remodelarla, se llevó dos estatuas originales -de cantera gris labrada- para adornar el jardín de su casa de campo y lo que ahora vemos son réplicas de fibra de vidrio.

La alerta suena. “*Manuel 3 minutos*” *Hotel Asturias*. Me estaciono frente de la puerta principal. El usuario me llama por teléfono. El viaje es para su jefe que lo describe como un adulto mayor de barba blanca, traje y corbata. Miro hacia la entrada y le hago una señal al hombre de traje gris. Se sube al auto, en el asiento del copiloto, e iniciamos el viaje. Su destino es el Zócalo. Asumo que es un turista y empiezo a decirle sobre todos los sitios importantes de la ciudad que debería conocer. Él asiente, y de pronto pregunta:

— ¿Cuánto ganas en Uber en un día normal?

—Depende del día y de las horas que trabaje —contesto cortés.

—¿Y si te doy mil pesos y me das un tour por la ciudad? Yo termino de trabajar en una hora y podemos hacer lo que tú quieras, a ver qué pasa —me roza la mano que tenía en la palanca de velocidades.

Quito la mano de inmediato. Me niego a sus insinuaciones, detengo el auto de golpe, pongo las intermitentes y le pido de la manera más cordial que se baje. Él se queda serio. Se niega a bajar del carro, me pide perdón. Le contesto con firmeza que finalizaré el viaje y que pida otro servicio. Mi corazón late fuerte, mis dos manos en el volante sudan. Exhalo profundo. No sé qué hacer. Se escucha la sirena de una patrulla. Espero su reacción. Imagino las opciones. Podría bajar del auto y correr al restaurante que está de mi lado izquierdo. El hombre sigue sin reaccionar, quiero gritar. Veo por el retrovisor la patrulla; está a una cuadra de distancia.

—¡Si no se baja en este momento, llamaré a la policía!

Se quita el cinturón y abre la puerta.

—Está bien, me bajo. Adiós, zorrita.

Pone un pie en el piso, acelero y freno. El hombre se da un golpe con la puerta y termina en el asfalto.

—Zorra tu abuela —digo sin darle tiempo a que me devuelva el insulto.

La puerta del copiloto sigue abierta, avanzo unos metros y se pone el alto. Me bajo a cerrarla y miro de reojo a la patrulla. Por suerte dio la vuelta una calle antes. Miro al hombre desorientado sacudirse el pantalón. Cruza la acera y camina hacia atrás. Espero que no me vaya a reportar. Entro a la aplicación y escribo una mala nota para el usuario.

Estaba terminando de acusar al usuario en la plataforma cuando recibí un mensaje de Vanessa. Me esperaba en la cafetería que está a unas cuadras de allí. Quería que la llevara a ver a su abogada de nuevo. Estaciono mi Spark frente a la cafetería para esperarla y me escribe que primero nos tomáramos un café. Tenía que contarme algo. Entro al estacionamiento. Busco a Vanessa en la barra de la cafetería, la oculta un chavo alto y rubio. Ella pequeña y delgadita con sus jeans ajustados y camiseta rosa se perdía

entre la gente. La saludo alzando mi mano y Vane me hace un ademán para acercarme a ella y no perder la fila, ella pide un latte con leche de almendras y unas galletas carísimas. Yo pido un americano.

—Sabes que está corriendo el tiempo, ¿verdad? —le digo a Vane.

Ella se ríe y nos sentamos arriba en la terraza. Buscó un lugar escondido, donde no hubiera nadie cerca.

—Estoy lista para contarte lo que me pasó.

Alcé las cejas. Teníamos unos tres meses de conocernos. Desde aquella noche en que la llevé a su casa y le di mi número de teléfono por si necesitaba ayuda, nos hicimos amigas casi de inmediato. Me mandaba mensajes a diario. Yo intuía algo sobre una demanda, un par de veces me llamó para llevarla a ver a su abogada y unas cuantas veces la dejé en casa de pacientes que veía en domicilio. Para mí era un dinero extra y además disfrutaba de sus anécdotas, su forma de ver la vida, su sencillez. Hablaba demasiado, contrario al primer día. Por cada veinte palabras que dice yo apenas puedo decir una frase. Hasta ese momento no entendía lo que estaba viviendo. Solo sabía que estaba pasándola mal.

—A veces me recrimino por dejar mi trabajo como enfermera en el Hospital Angelópolis.

Recordó al dueño del hospital, Julián Montalvo. Ese viejito rabo verde, jorobado por el paso de los años, con su traje negro y zapatos recién lustrados. Siempre acompañado de dos o tres guaruras altos y fornidos, y su joven asistente en turno. Parecía elegir a las asistentes como en catálogo de revista de lencería, aunque no conocieran nada sobre el negocio de los hospitales eran contratadas para sonreír y asentir a lo que les preguntaran.

—Don Julián, el muy cabrón, se me insinuaba sin el más mínimo recato.

Eres afortunada, aprovecha que el viejo quiere contigo, le decían al-

gunas compañeras. Una joven enfermera le dijo temerosa que a él no se le podía decir que no, lo mejor era que le hiciera caso. Vanessa lo encontraba repulsivo, arrogante. Más de una vez pasó junto a ella y le tocó la nalga. Fue sin querer, decía con una sonrisa maliciosa que a ella le aterraba.

—Nunca me había sentido tan vulnerada —dijo dando un sorbo a su café.

Yo prendo un cigarro y la miro. Parece que va a llorar. Se contiene y exhala.

—Me da vergüenza decirlo, no sabes cuánto.

Él había entrado al hospital por una crisis respiratoria. Exigió que ella lo atendiera. Lo tenían en observación casi por cortesía, estaba bastante sano. Todas sus compañeras estaban celosas; esas habitaciones eran suites exclusivas, no cualquiera accedía al último piso que parecía hotel de cinco estrellas. Cuando entró a la habitación él estaba en bata de baño; al cerrar la puerta, se abrió la bata y se desnudó. Ella tomó el albornoz del piso y trató de cubrirlo. La tiró al suelo y comenzó a besarle en el cuello. Creyó que no tendría tanta fuerza.

—Por un instante pensé que esto le estaba pasando a alguien más ¿Sabes? Como si yo estuviera viendo desde otro lado, en un sueño. La vi a ella, mi otro yo, mirando hacia un lado para no sentir. Veía en el buró la caja de pastillas azules, mientras sus manos tocaban sus pechos y sentía su miembro dentro de ella. Yo lo veía a él, mirando hacia arriba, disfrutando del desfogue de su cuerpo, su cuello arrugado, sus manos como tentáculos.

Vane se queda callada. Mira hacia la calle, las hojas de los árboles en el camellón se mueven despacio. Intentó zafarse; le asestó un puñetazo en la cara. Él intentó levantarse y lo pateó fortísimo entre las piernas. Escuchó gritarle: Pinche putita, zorra mal cogida.

—Y saliste corriendo del hospital —asiente.

—Me da pena. Me da asco mi cuerpo. Me da mucha vergüenza. No

sabes cuántas veces pensé ¿Qué voy a hacer con esto? Quería quitar esto de mi vida. No haberlo vivido. No pudo pensar en otra cosa más que en huir. Admite que debió actuar de otra manera más profesional. Decidió renunciar antes de someterse al escrutinio de la junta directiva y el comité de honor y justicia. Él era el dueño y sabía que, aunque le creyeran no iba a lograr su apoyo. Como era de esperarse, los abogados del hospital la demandaron por abandono de empleo, negligencia, impericia y lesiones a un paciente mayor.

—Lamento mucho que hayas pasado por eso. Neta. No puedo creerlo. No pueden hacerte eso.

—Si pueden. Abandoné el trabajo. Eso ya es un punto en mi contra.

Buscó trabajo como enfermera en varios hospitales. En todos, después de hacer los exámenes, le preguntaban sobre su trabajo anterior y miraban con extrañeza el expediente. En el último hospital al que fue, el encargado de recursos humanos, un hombre robusto con actitud hostil le dijo: Sinceramente no creo que te den otro trabajo como enfermera, el Hospital Angelópolis ha enviado cartas a todos los lugares conocidos, estás boletinada. No pierdas el tiempo, busca otra cosa que hacer, al menos hasta que se calmen las aguas. Espero que no pienses en demandarlos. No creo que puedas. Le dio la mano y vio en su rostro una sonrisa hipócrita.

—Ese güey me subestimaba. Sentí su mirada compasiva. De seguro pensaba: esta pobrecilla ingenua, no podrá. Y claro que podía. Salí de ese encuentro decidida. Les demostraría a este y a todos ¡Cómo carajos, no! Lo haría.

Fue a la fiscalía a denunciar a Montalvo y se sintió impotente después de aguantarse más de dos horas de cuestionamientos insensibles y estúpidos de parte de los ministeriales. Ahí conoció a Elena, su abogada, que cree poder llegar a un acuerdo. Elena estaba sentada en las escaleras, mirando su celular, junto a una pila de archivos. Vanessa estaba en la entrada. El viento hizo que volara un folder y ella corrió tras los documentos.

Le ayudó a organizar los papeles que se habían esparcido en los escalones. Le agradeció, sería. ¿Cómo te fue allá adentro?, le preguntó Vane. Ya sabrás, todos son unos insensibles, contestó. Asintió con una sonrisa y le contó que había ido a poner una denuncia. De inmediato se interesó en su caso. Elena González. Si necesitas ayuda, aquí me tienes. Le dio su tarjeta. Vane le llamó al siguiente día y preguntó si tenía el apoyo de alguien. No, nadie, contestó. Ella la miró acomodándose los lentes. No te preocupes. Yo sí te creo.

—Ahí, por primera vez en mucho tiempo supe que tenía a alguien.

—Yo también te creo.

—Muchas gracias. Lo supe desde esa noche —me toma las manos y veo sus ojos sinceros.

Dice que no cualquiera se detiene al ver a una mujer en peligro y menos a esas horas de la noche. Su teléfono suena y se levanta a contestar. Yo me quedo pensando en su situación. No sé lo que haría si me pasara algo así. Me da una enorme impotencia que día con día debamos ocultar el terror en el fondo del pecho; ese que paraliza, te hace dudar y evita que tomemos riesgos. Esa incertidumbre hace que salir, divertirse, ir a trabajar, se vuelva ese instante que no se olvida. Lo que no se le desea a nadie. Un error imperdonable. Vane regresa.

—Era mi madre. Está decepcionada de mí, dice que lo mejor hubiera sido dejarme toquetear por el viejito. Tal vez si te hubieras aguantado ahora no estaríamos así de pobres. Siempre te dije que encontraras un marido doctor que te defendiera, dice mientras revuelve los frijoles frente a la estufa. Yo la miro, como si estuviera en otro universo, con esperanza férrea de cambiar su situación de vida a través de mí.

—No te preocupes, yo sé de eso. La mía hace unos meses tocó a mi puerta para pedirme que la aceptara en mi casa. Esto es provisional, hasta

que Alejandro —su tercer marido—, se le baje el coraje y me pida perdón, dijo cargando una maceta de violetas, junto a dos maletas enormes y el señor de la mudanza atrás de ella esperando que abriera la puerta de mi departamento para implantar en mi casa sus preciados muebles, herencia de la abuela.

Nos réimos y salimos de la cafetería. Paso a dejarla con Elena su abogada y me conecto de nuevo a la plataforma.

Un papalote y el uniforme de mujer perfecta

El mapa de la ciudad se enciende al conectarme a *Uber*. Me sirvo el primer café de la mañana y espero atenta a la pantalla. Miro hacia la calle. Un pequeño papalote batalla por zafarse de los cables de luz donde se enredó su cuerda; algún niño habrá querido volarlo, aunque no haya un buen clima. Está nublado. Recuerdo cuando mi padre me llevaba a la torre más alta de la ciudad. Una vez arriba, sacaba el papalote y lo hacía volar. Decía que para poder lograrlo se necesitaban dos cosas fundamentales: buen viento y una cuerda bastante resistente; teníamos que controlar el largo del cordel para evitar que se perdiera en el cielo de aquellas remotas tardes. A veces me siento como un papalote que vuela sin rumbo definido por los aires de la vida, tratando de fluir con el viento de la realidad y esperando a que las corrientes cambien. Mi padre me decía: hay que aflojar la cuerda; no lo jales demasiado, no lo sueltes, déjalo volar libre. Pero ¿qué tanto se puede desatar el hilo para no perderse en el espacio? Él soltó la cuerda, me dejó ante los caprichos del viento y se fue al igual que todos los demás hombres que han pasado por mi vida.

Suena la alerta. La pantalla muestra el nombre del usuario: "*Octavio a 3 minutos*". Tomo las llaves de mi carro y me dirijo a la derecha. Me estaciono frente a una puerta plateada y observo salir a un hombre joven con una pequeña niña vestida de uniforme. Sonríe al recordar mi infancia. No tengo el recuerdo de que mi padre me llevara a la escuela; esa era una de las tantas responsabilidades de mi madre.

Se suben al auto e iniciamos el viaje.

—Al colegio de las Carmelitas, por favor —parece tener prisa.

En una de las primeras pláticas con Vanessa me contó que ella fue a esa escuela. Usaba el mismo uniforme de gala negro, el cuello blanco, la banda gruesa que rodeaba su cintura, las calcetas caladas un centímetro debajo de la rodilla y los puños almidonados. Me dijo cuando pasamos por esa calle camino a ver a su abogada.

Las monjas estarán afuera de la gran puerta pesada —de madera tallada del siglo XVII y hierro forjado—, esperando que los alumnos lleguen para revisarles con detenimiento el uniforme, decía Vanessa. Si encontraban algún defecto les negarán la entrada. Recordó una ocasión en la que no la dejaban pasar por no llevar los puños almidonados; su madre estaba furiosa, tuvo que hablar con la monja y sólo así la dejaron entrar a clases. Los lunes por la mañana, después de los honores a la bandera las ponían a cantarle un himno a una monja muerta, bondadosa, caritativa y espiritual, a la que los milagros no le alcanzaban para ser considerada una santa. Era tan solo una beata que se había casado en su niñez con el niño Dios y que hablaba de ser la esposa de Dios. Así que las monjas las educaban para ser las esposas perfectas, amas de casa ejemplares. Su mamá siempre la alentó a ser la mujer perfecta. Celebraba que aprendiera a bordar el punto de cruz, hacer un deshilado impecable y a cocinar complicados platillos.

Octavio le pide a la niña que recite las tablas de multiplicar. Me da ternura que él la ayude. Quisiera tener un recuerdo de mi padre ayudándome en alguna tarea, pero no. No encuentro en mi memoria nada que se le parezca. Mi madre era la que me obligaba a sentarme en el comedor a repetir una y otra vez las tablas de multiplicar, mientras mi padre veía el futbol en la televisión. Yo iba a una escuela pública cerca de mi casa, no había dinero

para pagar una educación particular. Y de religión ni hablemos, a duras penas nos sabíamos el himno nacional, el del estado y el juramento a la bandera, no era preocupación de ningún adulto el saber sobre Dios o Jesús.

Vanessa me contó que su madre eligió el colegio que en ese entonces era exclusivo para niñas. Ahora es mixto, pero siguen teniendo la misma división en las actividades extracurriculares: los niños carpintería o electrónica y a las niñas clases de cocina y etiqueta, mecanografía, bordado y buenos modales. Las maestras y las monjas se encargaron de crear en ella aquella imagen de los hombres que tenían la obligación de cuidar, además de los niños y la casa. Los varones tenían que protegerlas y ser los proveedores del hogar. Los niños nunca fueron sus compañeros de juegos sino aquellas figuras siniestras a las que no debían acercarse. Había que cuidarse de ellos porque siempre iban con ideas de tener sexo, de hacerlas perder la pureza y eran los peores distractores para el estudio. Aquellos hombres concupiscentes sólo se dedicaban a ser hijos sin más y debían protegerte de no quedar embarazada antes del matrimonio -eso era lo peor que podría pasarte-; pero nunca le explicaban, aunque lo cuestionara, cómo debía cuidarse. Era mal visto que tuvieran un hijo fuera del matrimonio; en cambio, al casarte era prioritario quedar embarazada lo más pronto posible y darle descendencia al hombre que decidió ser tu marido, y si el hijo era varón, mejor. Los hombres solo te usan y luego se van, dejándote con la responsabilidad de los hijos, repetía sin cesar sor Refugio en la clase de religión.

En pleno siglo XXI, esta sociedad mojjigata y cuadrada al igual que sus calles del centro, siguen permitiendo que las religiosas enseñen esas costumbres y las mujeres siguen aceptándolas como leyes inamovibles.

Me dan risa sus reflexiones, para mí los niños eran mis compañeros de juego. Recuerdo jugar canicas en la orilla de la barda de la escuela y correr

con la pelota. A mí me enseñaron lo básico, los números, los horribles quebrados que nunca he usado y las letras, esas sí fueron mi fuerte. Tal vez sea que nunca me he acercado a la Iglesia, pero me parecía casi una locura que una monja de niña se hubiera querido casar con el niño dios. Mi padre nunca nos obligó a tener una religión, él mismo se fue a buscar la iluminación al Tibet o al menos eso nos dijo a mi madre, a mí y a todos los familiares y amigos cercanos. Ese temor a los hombres nunca fue para mí algo que cuestionara, una vez golpeé a un niño, que sorbía sus mocos, porque no me dejó jugar fútbol. Nunca me regañaron por eso, mi padre me dijo que estuvo bien, tenía que saberme defender de los pendejos.

Llegamos al colegio. Octavio le pone la chamarra a su hija y le enreda una bufanda. Afuera hace frío, de ese que se cuele entre la ropa y aunque te abrigues sigues tiritando.

Se bajan del auto y termino el viaje. En mi mente le deseo suerte a esa pequeña que enfrentará un mundo que ya no es el mismo que cuando yo tenía su edad.

Un vestido de XV años y una mandala

Me dirijo al zócalo. Mientras espero un nuevo viaje, estaciono mi coche sobre la 5 oriente y camino unos pasos hacia la esquina de los legendarios churros a un costado de Catedral. Me encanta admirar como elaboran la masa y la sueltan con maestría en el cazo caliente, disfruto el sabor azucarado de las bolitas de Berlín rellenas de crema pastelera y el chocolate caliente. Ya en la fila escucho la campana que tocan saludando a los turistas del autobús.

Recibo un mensaje de voz de Vanessa. Dura 4:15. Me preparo para escuchar un gran monólogo. Decidí llamar a Elena, su abogada. Todo está bien, dice, pero necesita más dinero para trámites. Lo dice en tono serio. Tal vez el lunes tenga algo de efectivo, no está segura. Su voz cambia. Estoy harta de los trámites burocráticos, grita, esperar a ser atendida en cualquier oficina de gobierno y que te pidan casi casi hasta el acta de nacimiento de la abuela para continuar con el proceso. Intento darle ánimos en varios mensajes. No soy tan buena como ella para conectar con las personas. Sé que ella me entiende, solo quiere ser escuchada.

El teléfono suena: “Casilda a 3 minutos” La ubicación señala la plazuela de los sapos. Tomo la bolsa de papel estraza, con dos churros, una bolita de Berlín, y mi vaso de chocolate. Corro a mi auto. Paso enfrente de La Pasita, donde los turistas se toman fotos brindando con el famoso licor. Un grupo de estudiantes pasean en el andador, entre las bicicletas oxidadas y los muebles antiguos, los veo reírse y caminar hacia los portales del zócalo a unas cuantas cuadras. Avanzo despacio y veo a una joven de unos quince

años y un chico más grande que ella que me hacen señas. La muchacha sube primero, me hace una seña con el dedo en los labios para que me quede callada. Yo la miro extrañada, el joven sube detrás de ella.

En mi pantalla aparece la dirección: “Motel San Diego”. Sonrío. No es la primera vez que me toca llevar al motel a una pareja adolescente, pero la actitud de ella me intriga.

Permanezco en silencio mientras hablan sobre música y artistas. Unas cuerdas más adelante ella me pide que dejemos al chico en una esquina. El joven se baja y seguimos el trayecto.

— Gracias por no decir nada.

— No te preocupes — digo complaciente.

Mi teléfono suena como si fuera una llamada. A veces sucede que los pasajeros no son los que solicitan el viaje; no me extraña. Una mujer exige saber el tiempo estimado de llegada. Miro en la pantalla: 25 minutos según el cálculo del navegador.

— ¡Apúrate! Ya te tardaste mucho. El cliente la espera en 20 minutos. Toma la ruta más rápida.

Me enojan esos usuarios, creen que tengo el control del tráfico y de las distancias. Me cuelga sin decir más. La chica pide disculpas y agradece el no haberle dicho a su matrona que habíamos hecho una parada para dejar a su novio.

Comienza a contarme su historia: Su padre la golpeaba, al igual que a su madre. Dice que ya es mayor de edad, no le creo. Su madre le encargó, mientras convalecía en una cama de hospital debido a un cáncer pancreático, hacerse responsable de sus cuatro hermanos menores. Dejó la secundaria y una amiga le consiguió trabajo como mesera de un burdel. El dinero no le alcanzaba. Lleva un año en este negocio y le va muy bien. Se niega a decirme

su edad. El chico que la acompañaba no sabe a lo que ella se dedica. Cuenta, mientras mira a la ventana, aquel día en que su padre los abandonó. Me confiesa, después de unos minutos de silencio, su edad: quince años.

Parece casualidad que Vanessa me haya contado hace unos días que su padre se fue cuando estaba a punto de cumplir quince años. Su madre anhelaba, incluso más que ella, una gran fiesta de XV años. Era su presentación en sociedad, ¡menuda cosa! Su padre les prometió hacer una extraordinaria celebración. Vane y su madre fueron a ver los fastuosos salones de fiestas, probaron el menú, apartaron la misa y escogieron los recuerdos para regalar a los invitados. La inscribieron a clases de baile con guapos chambelanes y una vez por semana tomaba clases de salsa; su padre había prometido bailar con ella.

Imagino a Vane haciendo una gran lista de familiares y amigos que irían a la fiesta. Marcar la fecha en el calendario y mandar a hacer las invitaciones en color lila, del mismo color que su pomposo vestido de tres capas de tela que compraría en cuanto su padre lo autorizara.

Su padre, como era su costumbre, había desaparecido por dos largas semanas. Los preparativos seguían su curso, tenían que liquidar el salón de fiestas; su madre estaba desesperada. Un fin de semana él llegó a la casa, como si nada hubiera pasado y sin un peso en la bolsa. Su madre estaba cansada de sus excusas de dinero y de sus largas ausencias, sabía que él tenía una amante desde hacía unos años. Pelearon, se gritaron y lo corrió de la casa, tres meses antes de la fiesta.

Su celebración de XV años se convirtió en una pequeña fiesta sin vals, sin chambelanes, sin el menú especial de cinco tiempos, sin entradas elegantes por las escaleras. La sala de su casa estaba atiborrada de familiares y amigos. Terminó bailando con su tío que pisoteaba el largo vestido que su mamá mandó a hacer con la costurera. Durante el brindis, el vino seco le hizo llorar su ausencia.

Al finalizar la celebración los invitados se retiraron, ellas limpiaron la casa y se fueron a dormir temprano.

Su padre se olvidó del cumpleaños, no recibió un triste regalo, no recibió su llamada. No volvieron a saber nada de él.

La angustia por el tráfico en periférico y las llamadas constantes de la regenteadora me tienen harta. La chica también está angustiada, mueve las piernas, mira el celular. La matrona no deja de mandarle mensajes. Ahora se está tomando varias selfies en distintos ángulos. Miro por el retrovisor y me entristece su situación. Ella me mira. Sonríe. Suelta el celular, exhala lento, su mirada se pierde a través de la ventana.

Soy una tonta. Debí reportar algún incidente con el usuario en la plataforma y bajarla del auto. No puedo llevar a una menor de edad a un motel; pero estoy a la mitad del periférico y no puedo dejar a esta chica en el acotamiento de una vía rápida. Llegaré al destino y reportaré al usuario. Espero no tener consecuencias en la plataforma o que me desactiven la cuenta.

Yo a los quince no esperaba una gran fiesta. Ni siquiera recuerdo ese cumpleaños. Lo que sí está en mi mente es mi padre. Antes de largarse al Tibet para buscar la iluminación, me enseñó todo lo que sé sobre mecánica. Desmontábamos el cigüeñal de un vocho, lo vi sonreír con la cara llena de grasa, me dijo: *Nirvana, pequeña, esto de arreglar coches es lo tuyo*. Lo traes en la sangre. Le devolví la sonrisa y me limpié con una estopa el aceite del motor que había manchado mis piernas.

Luego, llegó mi mamá. *¿Dónde estás, hija? Tenemos que terminar de hacer la comida, dijo. Lávate las manos. Quitate ese short y entra a la casa. -Me tomó del hombro- ¿Por qué no mejor te pones ese vestido que te compré el otro día?* No le contesté, me alejé de ella y corrí hasta la puerta tapándome los oídos. Odiaba los gritos y sus discusiones. Sabía que iba a regañar a mi padre de nuevo.

Entré a la casa y escuché de lejos cómo le gritaba a mi padre por enseñarme esas cosas de hombres.

—La vas a hacer una marimacha —gritó.

Mi padre se quedó callado, ajustaba las tuercas y la ignoraba.

Ella nunca nos entendió. Creo que por eso él se fue. Mi pasajera sabe que estamos a punto de llegar. Toma su bolsa, sus ojos parecieran oscurecerse, el brillo de adolescente ha desaparecido. Me estaciono afuera del motel sobre la avenida forjadores cerca de Cholula. Ella se despide. *Cuídate*, digo. Ella hace una mueca que parece una sonrisa, gracias, dice y cierra la puerta del auto. La veo caminar hacia la entrada. No aparenta quince años, su edad aumentó en un instante. Parece una señora resignada a cumplir con su papel en la cama, como una mujer que ha guardado la ilusión y el placer en su bolsa.

La alerta suena de nuevo. "*Ramón, 4 minutos*". El hombre de bigote y barba me saluda y sube al auto. Se parece muchísimo a mi padre, Damián. Mis recuerdos de una infancia feliz se los debo a él. Recibe una llamada. Le habla a su hija, imitando la voz de Elmo, el muppet rojo, pidiendo que termine de comer sus verduras. No puedo evitar el recuerdo de mi padre.

En mi memoria de ocho años, mi papá era perfecto. El héroe de mi niñez, mi compañero de juegos. El hombre que me recitaba poesía mientras mi madre, llegaba a interponerse entre nosotros. La villana de mi infancia arruinaba los finales de aquellos cuentos que él inventaba todas las noches y me obligaba a irme a dormir sin poder abrazarlo. Ella se quejaba siempre de él. Mi padre arreglaba uno que otro automóvil en su cochera, leía miles de libros y meditaba. Cada vez tenía menos trabajo de mecánica, les echaba la culpa a las grandes empresas de automóviles y a la sociedad del consumo exagerado. Las refacciones son más difíciles de conseguir y los sistemas electrónicos nos están quitando la chamba, decía. De espiritualidad y libros

no se come, le decía mi mamá. A menudo él se sentaba en el jardín, en flor de loto y con las manos encima de las rodillas, mientras ella iba a casa de una señora a hacer el quehacer. Desde que vio en la televisión una entrevista al Dalai Lama supo que su camino era irse al Tibet. Incluso se rapó la cabeza y, los fines de semana, usaba túnicas largas y cantaba mantras. Mi madre les decía a sus amigos que se había vuelto loco, incluso pensó en enviarlo a un psiquiátrico. Él decía que ella jamás entendería la espiritualidad y el desapego si seguía pensando en el dinero. En la última conversación que tuvimos me dijo: Haz honor a tu nombre y encuentra el nirvana. No todo es dinero y éxito. Sé feliz cada día, encuentra tu pasión, síguela hasta el cansancio, haz el bien a otros, no esperes recompensas y ama sin medida. Una tarde mi padre se puso la túnica naranja, tomó una pequeña maleta y salió de la casa, jamás volvió.

Al finalizar el viaje recibo una llamada de Vane. Me pide que la acompañe a un hospital carísimo, de esos que te cobran hasta el florero que utilizan para decorar la habitación. Estoy muy lejos de donde está Vanessa. Le digo que direccionaré un viaje hacia allá y la veré en una hora. Ella asiente.

La última vez que hablé con él, dice Vane al subir a mi coche, nos vimos en una cafetería de cadena comercial donde te ofrecen café quemado cada cinco minutos. Ni siquiera pudimos establecer una conversación. Me preguntó así, sin más: ¿por fin, qué terminaste estudiando?, contesté, soy enfermera. Él pasó más de media hora hablando de su sobrina lejana que también estudiaba lo mismo, se había especializado como enfermera instrumentista y ganaba mucho dinero. Ojalá te vaya tan bien como a ella, comentó mientras le daba un sorbo a su café. Yo

no pude decir nada, estaba indignada. Me puse a llorar, le reclamé el haberme dejado con mi madre, sin preguntarme si era lo mejor. Él se quedó callado, exhaló despacio y dijo: Eso fue lo único que tu madre me dejó hacer. Pidió la cuenta y me dio un sobre con dinero. Y hace un rato, después de quince años, entre sollozos y palabras inconexas, escuché decir a Sara, la segunda esposa de mi padre: Él está muriendo y pidió verte.

Me estacioné afuera del hospital y me pidió que la esperara. Me dio un billete para comprar un café y caminé hacia la cafetería de enfrente. Mientras espero a Vane pienso qué pasaría si volviera a ver a mi padre. Ni siquiera sé si sigue vivo, si llegó al Tibet como nos dijo, si encontró esa iluminación que tanto buscaba y si algún día podré abrazarlo como en mi infancia. Es una tontería, él no está aquí. Ni estará.

Vane me escribe para que regrese por ella. Es raro escuchar a un chavo de veintitantos decirle a tu padre “Abuelo” —dice mi amiga, mientras solloza y me pide que la lleve de regreso a su casa—, sobre todo cuando tienes un poco más de años que él y porque no conoces a ese hombre bueno, cariñoso, amoroso y entregado del que aquellos extraños hablan. Y sí... ese hombre tiene el mismo nombre y apellidos, nació el mismo día, tiene la nariz redonda en la punta igual que tú. Ellos no llevan su sangre, pero tienen más de quince años conviviendo con él. Fue una visita más por compromiso que por querer recuperar una relación que alguna vez existió en mi niñez y en mis sueños más profundos. Reconocí debajo de esas canas y arrugas al hombre de mis recuerdos que se tiraba al piso y se vestía de payaso para entretenerme. Recordé sus chistes, sus carcajadas y sus ocurrencias que le paraban los pelos de punta a mi mamá y que a mí siempre me parecieron detalles curiosos que le daban una personalidad única.

Sentí, al verlo en una cama, como me volvía pequeñita dentro de una enorme sala. A pesar de que he entrado a terapia intensiva muchas veces, nunca había experimentado este sentimiento. Sabía que estaba controlado. Revisé sus signos en el monitor, la coloración de la orina en la bolsa debajo de la cama y busqué en sus ojos las pupilas normorefléxicas. Miré la coloración de las uñas y los labios para ver si no tenía cianosis y por último su estado de alerta a estímulos. Todo estaba bien. Mis lágrimas se detuvieron en el borde del cubre bocas. Me limpié con las mangas de la bata azul pálido y le dije lo que todos los familiares dicen siempre: “Todo va a estar bien” “Te ves muy bien, “Échale ganas” y le pedí que no se levantara para evitar esfuerzos. Entendí lo que sienten los familiares al tener a un ser querido en terapia intensiva. Y sentí pena, por haber perdido tanto tiempo y tantos años para quitarme los miedos y los juicios impuestos.

Tuvo mucha suerte de que el infarto se le presentara en la sala de urgencias y no en la calle o en su casa. Tuvo suerte de que el hijo de su esposa lo hubiera obligado a ir al hospital al primer síntoma; tuvo suerte de que su esposa lo hubiera asegurado. Y tuvo suerte de que el infarto no hubiera sido invasivo. En fin, tuvo suerte.

Los doctores esperan que reaccione bien, lo bajarán a intermedia y le harán el segundo cateterismo para quitar la oclusión que encontraron. En unos meses se irá a su casa y regresará a su vida cotidiana con una lista de recomendaciones y medicamentos. Sara me dijo que esta experiencia los dejó ver que nadie tiene asegurado nada, la suerte está en los pequeños detalles, los milagros son pequeños, pero existen y que somos afortunados por tenerlo todavía en esta existencia. Quizás todavía tengan tiempo para conocerse de nuevo, finalizó y me dio un abrazo de despedida.

Llegamos a su casa. Me ofrece entrar por una chela y yo le digo que tengo que trabajar toda la tarde. Me ruega que me quede. Su madre aún no llega a la casa y no quiere estar sola después de lo que pasó hace un rato.

—Solo un rato, pero me voy temprano.

Ella sonrío. Su casa es dúplex. Ella vive arriba, su madre abajo. Su tía, hermana de su papá, le heredó sus posesiones. Subimos las escaleras mientras ella me va contando.

—Mi madre sigue sin conseguir trabajo. El poco dinero que consigue, entre la pensión que le sigue dando mi papá, y lo que le doy yo, lo ha gastado en sanaciones espirituales y lecturas de cartas que le auguran dinero y estabilidad, siempre y cuando compre la vela mágica de Madame Cerina; haga el ritual, tal y como lo ordena la vidente, en la fecha de luna nueva y armonice la casa guiándose por el feng shui.

Yo me río.

—El panzón y borracho de Alejandro, el tercer marido de mi madre, no ha llamado ni ha venido a buscarla a la casa —supongo que compartimos esas experiencias de nuestras madres.

Su casa está casi vacía. Un sillón rosa, una pequeña mesa. De una limpieza inimaginable, parece una sala de cirugía. Un librero grande con muchos libros de medicina y al fondo dos recámaras.

—Aún estoy haciendo que este espacio sea mío, ¿Sabes? Yo no entiendo nada sobre estas cosas de espiritualidad. Supongo que tú sí. Tu nombre te delata —dice abriendo su refri para sacar una chela. Me ofrece una.

—Para mí es una incoherencia total. Mi nombre me lo puso mi padre.

Le cuento sobre las cosas que hacía mi padre. Los mantras que cantaba, la vestimenta, las meditaciones y las clases de yoga que me daba en el jardín de mi casa.

—Eso que tiene tu mamá en la entrada es un mándala, él los tenía como símbolo de su espiritualidad, cada círculo y cada flor tienen un significado. ¿Tu madre no era católica?

—Ajá. Pero ahora dice que eso no se interpone con la Iglesia. —Salud por las incoherencias —me rio y hago chocar la botella de cerveza con la mía.

Ella se ríe de nuevo. Ladea un poco la cabeza mirando hacia una pared. Tiene una foto de ellos dos atrás de una playa. Ella era pequeña, como de unos siete años y su padre se veía muy sonriente.

—Nunca creí darle la razón a la esposa de mi padre, es cierto. Julio, mi padre, se había ido hace mucho tiempo. De él solo me quedan los recuerdos cálidos de mi infancia. Con este hombre, tal vez, crearé nuevas anécdotas y volveremos a tomar café quemado de aquel horrible restaurante.

—Yo, aunque quisiera, no volveré a verlo. Ni siquiera sé si lo reconocería. Está bien, no hace falta.

Vane me abraza.

—Lo que fueron para nosotras, sigue en nuestro corazón. La otra semana te voy a invitar un café quemado.

—Y subiremos juntas a la torre más alta de esta ciudad, como cuando Damián, mi padre, acostumbraba cuando conseguía algún triunfo.

Vane pide una pizza por teléfono y pone música. Pasamos la tarde platicando y tomando cervezas. Me siento un poco culpable por no ir a

trabajar. Ella dice que no todo en la vida es trabajo a veces hay que parar el rumbo y reflexionar sobre lo que nos duele.

Al salir de su casa me quedo inmóvil al ver el portón de su casa. Tiene una enorme mancha blanca, huele a huevo podrido y la pintura está carcomida. Se acerca un señor mirando de cerca el portón.

—Eso es de gente malandra. Eso es ácido, tal vez líquido de radiador. Ora sí la pasaron a amolar —Vane cierra los puños.

—Esto es de gente peligrosa. ¿Tiene enemigos? Mire está todo chorreado de los lados.

Vane alzó las cejas y despidió al hombre. Se veía muy preocupada por lo que su madre diría.

—Claro. El cabrón de Montalvo vino a dejarme una advertencia. No pienso detenerme. Maldita sea.

Me despido de ella. De camino a casa pienso en Vane. Creo que las mujeres que han pasado por algo como lo que ella vivió pueden remontar el suceso de dos maneras, en silencio o en acción. Vane decidió actuar. La admiro.

Los versos de Becker, el olor a rosas y una caja de herramientas

Tomo el periférico hacia Lomas de Angelópolis. Una zona de fraccionamientos residenciales de los nuevos ricos, según dicen los usuarios. La modernidad de los altos edificios, anchas avenidas, parques, clubes y puentes tubulares contrasta con el antiguo centro de la ciudad. En esta zona no hay una numeración estricta, ni las calles están divididas como en el primer cuadrante de la ciudad. La máxima velocidad son 40kms/h y las esculturas gigantes están en cada rotonda. Cada que atraviesas una zona te revisan la cajuela, piden tu identificación y solo así dan acceso. A mí me parece una gran isla moderna rodeada de paredes que resguardan a la gente influyente. Es como ir a una ciudad dentro de otra.

Suena la alerta, “Joanna a 5 minutos”. Cruzo hacia la entrada hasta una fuente en medio de dos ostentosas puertas de hierro. Dejo mi credencial al guardia, sonrío y halago mis ojos verde olivo, me da indicaciones para llegar a la casa de mi pasajera.

Una joven de diecisiete o tal vez dieciocho años sale de una puerta adornada con vitrales, se acerca al coche. Abro los seguros, deja una maleta pequeña y sin entrar al auto dice:

—Dame cinco, porfa. Si quieres ya inicia el viaje.

Deslizo la barra que parpadea en el teléfono y el tiempo de la usuaria empieza a correr.

La espero más de diez minutos. Luego la chica sale y detrás de ella

la madre que se queda en la puerta alzando la mano para despedir a su hija.

Al salir del fraccionamiento la joven, que me ignora por estar atenta al celular, dice:

—Primero vamos a pasar por mi novio y luego al colegio.

Es bastante torpe para ubicarse. Trato de pedirle algún punto de referencia conocido.

Me dice que su novio vive cerca de Plaza Dorada. Pasamos un par de veces sobre el boulevard 5 de mayo, la 43 poniente, la fiscalía; no recordaba la calle donde vivía el muchacho que no le contestaba las llamadas ni los mensajes.

Por fin llegamos a un edificio atrás del Parque Juárez, se baja a tocar el interfón y sale un chico con un ramo de rosas rojas que ella acepta dándole un abrazo y un beso. Se dan otro beso como si el mundo fuera a terminarse en ese instante. El novio no lleva uniforme como ella. Les pregunto si los llevaré a la escuela.

—No. Vamos a otro lado. Yo la voy guiando —me ordena el chico mientras se acomoda el abundante cabello.

—Te tengo una sorpresa —le dice a Joanna. Ella está nerviosa, se aferra a su mano, él es para ella la única persona en este mundo. El olor a las rosas se va impregnando en las paredes de mi pequeño auto. Lo mira con tanta admiración que me hace recordar a mi primer novio. Daniel.

Nena, vente a vivir conmigo. Esas fueron las exactas palabras que dijo mi primer novio aquella tarde. Nos fuimos de pinta ese día. Me compró un helado, subimos a la rueda de la fortuna, me regaló unas rosas rojas y nos quedamos mirando el atardecer. Todavía siento sus besos sabor a vainilla en mis labios. Nuestros pies colgaban desde aquel tercer piso en la cornisa del estacionamiento del centro comercial.

Éramos unos niños. Estábamos a punto de terminar la prepa, Daniel no quiso seguir estudiando. Su padre le pidió que lo ayudara en su taller mecánico y aceptó sin dudar. Nunca le gustó ir a la escuela. Yo le dije que me iría con él, sólo con la condición de que me dejara entrar a la carrera de mecánica automotriz. Me abrazó: Claro que sí, nena.

Mi madre dijo que, si Daniel no iba a pedirle formalmente mi mano, no podría llevarme nada. Me encogí de hombros. Salí con la ropa que traía puesta, la caja de herramientas que dejó mi padre y la mochila.

Joanna y su novio siguen besándose en el asiento trasero de mi auto. Me sorprende la inocencia de la joven al besar a su novio con los ojos cerrados y la intensidad de las caricias. La colegiala se niega, con fingido pudor, a las manos de él que se inmiscuyen debajo de la falda de cuadros azules.

Su uniforme me hace recordar la anécdota de Vane con su primer novio. Ricardo fue el primero con el que tuvo todas las primeras veces. Él era su príncipe azul, como en las películas. Era muy cursi. Ella tenía diecisiete y él veinticinco. Era el profesor de Literatura, tenía los ojos verde olivo y una sonrisa que hacía desmayarse a más de una de las alumnas del colegio. Se convirtió en el ídolo de todas sus compañeras; entraban a la clase de Literatura sólo para verlo y les interesaba poco escucharlo contar la historia de la Odisea o las peripecias del Quijote. A ella le parecía un adulto interesante, siempre andaba con un libro bajo el brazo, usaba palabras rebuscadas y vestía traje y corbata a diario.

Todos los días Vane se acomodaba en uno de los escalones afuera del colegio a esperar a su madre. Una tarde miraba hacia la calle disfrutando de una paleta helada, cuando Ricardo tropezó. No pudo evitar reírse al verlo caer en el piso. La miró enojado, se sobó la rodilla, sacudió el polvo de su traje oscuro y se fue. Tres veces más en esa misma semana pasó a propósito

junto a ella. La primera vez le acarició la cabeza; la segunda vez, sintió el golpe sutil de su pierna contra su hombro mientras bajaba la escalera y el roce suave de su pantalón; la tercera se despidió de Vane con su voz grave y volteó a verla mientras caminaba hacia la esquina para abordar el autobús. A ella le daba risa la inmadurez oculta en sus años.

Un día se aventuró a preguntarle por qué seguía ahí si no se suponía que salía a las 2 de la tarde. Entornó los ojos. Desenvolvió poco a poco una paleta Tutsi y sin contestarle, la saboreó entre sus labios. Se paró frente a ella: Eres una grosera ¿sabías? Tomó el palito de la paleta y se la quitó. Se la metió a la boca y caminó hacia la parada.

Su corazón se aceleró, quiso correr tras él, pero eran casi las 4 de la tarde, su madre vendría por ella y si Vane no estaba afuera la iba a regañar. Sonrió y se quedó sentada, en el escalón de la entrada de la escuela, pensando en él. Su mamá llegó a los pocos minutos. Después de que su padre se fue de la casa, su madre consiguió un trabajo como secretaria en una agencia inmobiliaria, le pagaban poco. Irse sola a casa al salir del colegio implicaba un gasto más y debían ahorrar hasta el último peso, sino tendría que abandonar la escuela particular, cosa que nunca permitiría ella.

Ricardo comenzó a platicar con Vane todos los días afuera de la escuela. Al dar las 4 de la tarde, se iba. Se sentía avergonzada con el simple hecho de sentir su presencia cerca. Le daba miedo tener que darle explicaciones a su mamá sobre la amistad que tenía con ese hombre mayor. Aún conserva los libros que le regalaba, uno por semana, para que fuera más culta. Me los enseñó un día en su casa. Él bromeaba diciendo que era mejor leer que mirar la calle o burlarse de la gente. Empezó a esperar con ansias la salida del colegio. Eran las horas más felices de su

vida adolescente. No se acercaba mucho, estaba prohibido. A veces le tomaba la mano, discreto, y le acariciaba la rodilla por encima de la falda. La halagaba diciendo que en esos ojos podría perderse toda la vida. Ella se enamoraba más y más a cada día que pasaba.

Llegamos a un edificio cerca de ciudad universitaria. El chico comenta a su novia que un amigo le prestó su departamento para ellos solos. Ella sonrío emocionada y lo abraza. Él susurra a su oído algunas palabras que no puedo escuchar pero que parecen insinuaciones de un acto sexual sin precedentes. Me despido con cortesía y finalizo el recorrido.

Estacionada afuera del edificio, la nostalgia me invade con aquella sensación de mi primera vez con Daniel. Cierro los ojos. Aún puedo sentir el choque eléctrico de esa primera caricia de Daniel sobre mi piel tierna, desnuda y extasiada. Acabábamos de llegar a la casa de su tío quien le prestó un cuarto, que llamaban departamento, a mí no me importaba dónde dormiríamos mientras estuviera a su lado. Aquellos dedos llenos de grasa de motor, polvo, tierra, de un color negruzco, esos que acariciaron mi piel, excitaron mi clítoris y me hicieron sentir un orgasmo. Fueron esas mismas manos las que me habían enseñado a desmontar un motor, pulir las balatas, ajustar las bujías.

La primera vez de Vane fue en casa de Ricardo. Las caricias prohibidas mientras estaban sentados en la escalera del colegio los llevó a su casa. Esa tarde estaban solos. Vane se sentía aterrada, torpe, avergonzada y con la inocencia de una adolescente que toda su vida había estado en escuela católica rodeada de niñas, monjas, sacerdotes y rezos. Le quitó el uniforme con muchísima calma, mientras recitaba versos de Bécquer. Ese preciso instante marcó su vida por muchos años; a veces quisiera volver a sentir aquel romanticismo de adolescencia.

Su relación había permanecido en el anonimato para todos en el colegio. No era bien visto que una alumna tuviera un amorío con el profesor de Literatura. Ricardo, como empleado de la escuela, debía ser un ejemplo para todos; Vanessa era una niña ante las leyes, aún no cumplía los dieciocho. Unos meses antes de terminar la preparatoria, una maestra los vio salir del cine, él se puso nervioso. Evadió la mirada de la mujer, la tomó de la mano y corrieron a esconderse en una tienda de ropa. Ella se quedó inspeccionando los accesorios mientras él salía al encuentro de la maestra chismosa.

A la mañana siguiente la citaron en la dirección. El sacerdote, que también era el director, la sepultó con preguntas sobre el maestro de Literatura. Mentía sin escrúpulos, lo defendió y habló de sus grandes atributos como maestro. Después llamaron a Ricardo. Tuvieron una larga plática llena de sermones y regaños. Él confesó que aquella maestra tenía varios meses coqueteándole, pero él se negaba a sus insinuaciones. Al final del día terminaron corriéndolo de la escuela, reprobaron a Vanessa en religión y perdió la beca por la que había luchado dos años de la preparatoria para entrar a la universidad. Ella quería estudiar medicina y la beca era la única opción de una educación de calidad, como le decía mi madre. La decepcionó y su futuro parecía incierto. Le rogó a Ricardo por todos los medios, le mandaba cartas con su hermano que era estudiante en el colegio, le escribía mensajes, le llamaba por teléfono. No contestaba.

Una tarde se paró frente a su casa. Lo esperó por horas. El venía caminando sobre la calle. La vio. Se acercó y ella lo abrazó. Él la alejó y soltó una frase que aún recuerda con exactitud.

—Nunca debí estar contigo. Lo siento. Me dejé llevar por mis instintos.

Lloró. Se encerró en su cuarto y en el dolor de la pérdida del primer amor.

Yo también lloré. Lo de Daniel y yo duró muy poco. Su tío le ofreció irse de mojado al otro lado. Me lo dijo cuando fuimos a cenar unos tacos gloriosos en la 31 poniente, para mi gusto, los mejores de Puebla. Ahí parados frente al puesto me dijo que ya había juntado el dinero para irse, su tío le daría una parte y él conseguiría lo demás. Yo no tendría que preocuparme por nada, mandaría dólares y regresaría cuando hubiera juntado lo suficiente para comprar un terreno. Esa noche celebramos su éxito con un último acostón, me acarició como si supiera que sería la última vez que nos volveríamos a ver. Y así fue.

Tomo varios viajes por la tarde y regreso a mi casa. Por la noche salgo a manejar un rato. Recibo un audio de Vanessa. Me cuenta que su abogada habló esta mañana. Dice que aún no hay resolución de su caso. Si nadie la contrata como enfermera pronto, los abogados del hospital podrían argumentar que tener más de seis meses sin ejercer la enfermería justifica su falta de profesionalismo. También están cuestionando su demanda, no existen testigos o denuncias previas hacia Don Julián que prueben sus acusaciones. Sigue hablando y yo niego con la cabeza, no puedo creer que la justicia en este país sea tan detestable y corrupta. ¡Están idiotas! le digo en un audio. Ella me contesta: Necesito testigos o encontrar a alguien que lo haya denunciado. Dice Elena que le hable si consigo alguno. Yo escribo: No te dejes vencer.

Vuelve a escribirme que le duele la cabeza con el solo hecho de pensar en conseguir testigos. Necesita una nueva estrategia. No será fácil tratar de convencer a un grupo de enfermeras que tiene un trabajo seguro en el hospital. Su voz se oye desesperada. El detallito de Montalvo me salió carísimo, dice. Como no hubo testigos del agravante, dice Elena, yo me tengo que hacer cargo de los daños. Julián Montalvo me quiere ver derrotada, no le voy a dar el gusto, concluye.

La guitarra rota y unas copas de vino tinto

Vane me pidió que fuera a dejar unos documentos a Elena, su abogada. Mi amiga dice que está harta de los trámites legales, le han sacado más dinero del que pudiera haber ganado en tres meses de trabajo en el hospital. A veces duda que la demanda se pueda resolver. Elena me citó en Ciudad Judicial, el complejo donde se encuentran todos los juzgados. Al terminar ese encargo me conecto a la plataforma.

Avanzo por el periférico en busca de nuevos pasajeros. A lo lejos puedo ver la iglesia construida encima de la Gran pirámide de Cholula. Varios usuarios me han preguntado por qué no han retirado el pasto, los árboles y la tierra para descubrir la pirámide. La respuesta es más compleja de lo que parece. Los pobladores, guardianes de la iglesia de los Remedios, no han permitido realizar excavaciones en la zona. Las familias de la región son responsables, generación tras generación, de salvaguardar la iglesia y realizar los actos religiosos correspondientes en la celebración a la Virgen de los Remedios. Es un honor y una responsabilidad de suma importancia convertirse en mayordomos, custodios de la tradición. Ni el mismísimo presidente, el ejército o incluso el arzobispo se atreverían a desafiar las decisiones de esta comunidad y mucho menos enfrentarse a ella.

La alerta suena "*Mauricio 4 minutos*". Avanzo por la calle de la Pirámide y cruzó debajo de un puente hasta el restaurante Ciudad Sagrada. El joven me pide que le abra la cajuela, intenta acomodar la guitarra, pero no cabe. Decide ponerla en el asiento trasero y sentarse como copiloto. Inicio el viaje.

—Al Hotel Colonial, ¿verdad? —digo sonriente. Mauricio afirma con la cabeza y me cuenta que vino de vacaciones a Puebla. Le ha gustado mucho la ciudad.

—Ese hotel es hermoso y la vista, inmejorable —vuelve a asentir y se queda callado. Ya estoy acostumbrada a los usuarios que no quieren platicar, que permanecen absortos en sus pensamientos; miran por la ventana y solo esperan llegar a su destino.

Mi mente me transporta de inmediato al Hotel Colonial y a mi relación con Andrés, que también tocaba la guitarra. Después de seis meses en los que no supe nada de Daniel, su tío me dio un ultimátum, rentaría el cuarto que nos había prestado. Le pedí más tiempo, se negó. Estoy segura que él sabía que Daniel no volvería y nadie se haría cargo de mí. Yo no quería regresar a casa de mi madre, tenía que hacer algo. Terminar la escuela no era opción, tenía que ganar dinero de alguna forma. Le hablé a una amiga de la prepa a ver si me conseguía trabajo en el negocio de su papá y me invitó a una fiesta. Ahí conocí a Andrés.

Se deslizó junto a mí, en el sillón acojinado que nos anidaría toda la noche. Coqueteamos y me invitó una cerveza oscura. Mi amiga era un poco extraña, todos se vestían como punketos, darketos o emos y yo ni idea tenía de esas tribus urbanas. Me preguntó que hacía en una fiesta tan ecléctica ¡Qué casualidad!, ¡yo iba a hacerte la misma pregunta!, dije. Se burló de mi respuesta. Sonreí. Me devolvió la sonrisa, de inmediato acercó la flama al cigarro recién salido de mi cajetilla.

Nos reímos de las canciones horribles que el pseudo DJ ponía para amenizar la fiesta. Fumamos una veintena de cigarros que quedarían reducidos a filtros dorados y blancos dentro de un cenicero. Nos dimos unos cuantos besos. Al final de la noche, prometió ayudarme a conseguir trabajo.

Nunca creí que de verdad me ayudara. Me sorprendió su llamada la semana siguiente, su padre tenía un restaurante en la ciudad y él había venido a visitarlo durante las vacaciones de verano.

Su mirada provocadora me hacía temblar las piernas. Hicimos largas caminatas descubriendo la arquitectura barroca. Nos besamos bajo el techo redondeado de la catedral, detrás del altar. Nuestras manos unidas se balanceaban sobre las calles adoquinadas mientras le contaba las leyendas de la ciudad que había aprendido en la escuela. Historia y español siempre fueron mi fuerte, era lo único en lo que sacaba buenas calificaciones. Disfrutábamos el aroma a café recién molido en una terraza del centro, mirábamos las cúpulas de las iglesias y en el cielo, a veces despejado, buscaba figuras en las nubes. Sus ojos se perdían entre las rejas verdes que rodeaban el atrio de la imponente catedral. Le fascinaban las figuras angelicales y el saber que habían sido colocados para custodiar las paredes de piedra gris del gran templo. La habitación 23 del Hotel Colonial se volvió el refugio de nuestras pasiones. Las noches de lluvia se combinaban con la sobriedad del aroma afrutado del vino tinto, las notas suaves de su guitarra y el chocolate amargo que derretía sutilmente sobre mi piel para después pasar sus labios, besando cada centímetro de mi cuerpo. Despertaba a su lado, abría las enormes ventanas del balcón y sentía sus brazos cálidos que me rodeaban mientras admirábamos los volcanes.

Al finalizar las vacaciones se fue a Guadalajara. Él quería poner distancia de su madre que vivía en la Ciudad de México y no quería estar con su padre. Eso fue antes de conocerme, dijo. Me dio un anillo, recuerdo de El Parián, el mercado artesanal más popular, y prometió regresar a Puebla para volver testigos a las torres y cúpulas de aquello que creíamos amor.

Llegamos al hotel Colonial. Mauricio baja la guitarra de la parte

trasera del auto, me da las gracias y finalizo el viaje. Me quedo mirando la fachada del hotel. Quisiera poder borrar de mi mente el recuerdo de la infidelidad de Andrés y lo estúpida que fui al creer que la distancia no importaba.

La pantalla vuelve a parpadear. “*Museo Amparo a 4 minutos*”. Me dirijo sobre la 3 poniente al museo que tiene una terraza desde donde se puede ver el centro histórico. Una mesera se sube al auto, en el asiento del copiloto. Se siente en confianza viajando con una mujer conductora.

—Vamos al supermercado, mi jefe me mandó a hacer las compras de la semana.

Observo su uniforme, pantalón negro, blusa blanca, cabello recogido y un delantal al frente. Me recuerda mi primer trabajo. El papá de Andrés me ofreció trabajo de mesera en su restaurante de vinos. Aprendí el arte de ser sommelier y ascendí rápido. Andrés me prestó el dinero para rentar un departamento, salir de aquel cuarto y olvidarme del tío de Daniel. Esperaba con ansias la llamada de Andrés antes de ir a dormir. Yo creía que la distancia hacía más fuerte nuestra relación.

La chica me pide poner la radio en una estación de música de banda, sube el volumen y comienza a cantar con sentimiento: “*El final de nuestra historia*”.

Esa fue la última canción que Andrés me dedicó cuando me enteré que me había estado engañando por varios meses con una compañera de la universidad.

Una tarde escuché a una de mis compañeras meseras en el trabajo. Hablaba de Andrés y de mí. La muy mensa cree que es la única, dijo. Él tiene una relación formal con una chica de allá. Ella sí tiene clase, no como la bruta de Vanessa. Las pobres no se casan con ricos, como en las novelas. Llevan meses juntos. Creo que hasta viven en un departamento. Le pedí al de la barra que me cubriera y corrí atrás del restaurante. Le marqué a mi novio. Me devolvió la llamada dos horas después. Discutimos. Él confesó que había

sido un error de una noche, le conté lo que había escuchado de la mesera en el restaurante. Se quedó sin argumentos. Me pidió perdón, mil veces perdón.

—Ya no quiero estar contigo —dije y colgué.

La certeza de aquella traición derrumbó todo lo que habíamos construido. A pesar de eso, seguí extrañándolo por varios meses. Renuncié al trabajo de mesera, su padre estaba apenado, me pidió que no dejara el restaurante. No quise regresar. Mi abuela decía que el tiempo era el gran aliado de las decepciones y así fue. Los meses pasaron y el dolor de haberlo perdido se difuminó.

Llegamos al supermercado, la chica me pide que me estacione. Tendré que esperarla un rato, hará las compras y la regresaré al restaurante. Apago el motor, la mesera se quita el mandil, camina buscando un carrito de supermercado y la veo entrar a la tienda. Suspiro y sigo escuchando la radio. Cambio de estación; la canción “*Volverte amar*” suena a través de las bocinas de mi auto. Sonrío. La última vez que vi a Andrés tuve miedo de volverlo a amar.

Un año después, el padre de Andrés me invitó a la celebración de aniversario de su restaurante. No tenía muchas ilusiones de asistir, pero me llamaron los compañeros y accedí a ir. Ahí estaba él, volvió a mirarme como si no hubiera pasado el tiempo. No me había olvidado, yo tampoco. Fuimos a tomar un café en la misma terraza de antes y volví a perderme en su risa estridente, en las canciones que me dedicaba con su guitarra, en sus besos y en el vino tinto cosecha especial. La misma habitación 23 nos esperaba con paciencia para revivir aquellos encuentros impulsivos, casuales y efímeros. Fue la explosión de un deseo contenido sin ánimos de formalizar los sentimientos o darles un título. Nos olvidamos del anillo, las promesas y los planes. Yo tenía miedo de que me volviera a engañar. Quería que lo volviéramos

mos a intentar, él tenía que irse a Monterrey a estudiar una ingeniería. Me pidió que nos fuéramos juntos, nos merecíamos una segunda oportunidad. Yo podía encontrar trabajo allá y ambos intentaríamos vivir juntos.

Salí huyendo del hotel. Lo último que escuché fue el tronido de la guitarra que Andrés arrojó al piso. No quería perder los recuerdos, preferí dejarlos en esas paredes y que se fundieran con las miles de historias que aquel hotel resguarda.

Hace tres años recibí la llamada del padre de Andrés para avisarme de su muerte. Andrés y sus amigos salieron de antro un sábado por la noche. Su auto terminó debajo de un tráiler en la autopista por un descuido del chofer y la imprudencia de Andrés al manejar en estado de ebriedad.

—Él siempre te quiso, hija —dijo su padre, sollozando. Le brindé mis sinceras condolencias.

Lloré. Mi corazón regresaba a la nostalgia de haber disfrutado de su compañía, no quise ir al velorio. En mi mente creí que era lo mejor, tiempo después me arrepentí de no tener el valor de despedirme por última vez.

La mesera toca el vidrio de la ventana. Yo estaba tan absorta en mis pensamientos que no me di cuenta cuando llegó. Le ayudo a subir el enorme galón de desinfectante, el jabón y las botellas de agua en la cajuela; en el asiento trasero colocamos los comestibles. Enciendo el auto y regresamos al Café Amparo.

No habla mucho, se dedica a balbucear las canciones de la radio y a mirar la calle. Llegamos al restaurante, otro mesero la está esperando en la entrada para ayudarla a cargar los productos del supermercado. Ella me agradece y cierra la puerta del auto.

Tengo ganas de subir a la terraza y admirar el cielo, como cuando mi padre me llevaba a volar papalotes, o cuando Andrés y yo buscábamos figuras en las nubes.

Vanessa me llama para invitarme en la noche a su casa. Tiene una noticia que darme. Llego a su casa pasadas las nueve, disculpándome del tráfico. Ella entiende.

—¡Ya tengo trabajo! —grita y me ofrece una copa de vino tinto.

Se le ve feliz. Me alegro por ella. Estuvo hablado con todos sus contactos y le han ofrecido más trabajos eventuales cuidando pacientes en su domicilio. De algún modo, sigue ejerciendo su carrera. Además, una de sus compañeras pudo conseguirle guardias del turno nocturno que son mejor pagadas.

Mi madre me llama por teléfono. La ignoro dos veces. Vane me dice que le conteste. Estoy trabajando, le escribo para que deje de llamarme al celular cada cinco minutos.

—Cuando son más de las diez de la noche ella se pone muy intensa, tiene miedo — le digo a Vane y comenzamos a reflexionar.

Ser mujer es peligroso, dice. Sí lo es. Andar sola por las calles, sin un hombre a lado, te puede dejar tirada en un lote baldío. Un vestido de novia, en unos años, podría ser tu mortaja. Una falda cortita parece ser motivo suficiente para morir. Una discusión con la persona incorrecta te puede dejar incapacitada de por vida. Salir de noche a divertirte con las amigas, causaría tu aparición en la nota roja del siguiente día. Viajar en un vehículo -sin enviar tu ubicación en tiempo real-, puede llevarte a terminar en un motel, desorientada o muerta. Esquivamos las miradas lascivas de los extraños, angustiadas de ser víctimas de un secuestro. No puedo quitarle el miedo a mi madre; que se lo trague igual que yo.

Sigue exigiéndome dinero para los gastos y se enoja siempre que llego tarde a la casa. Es injusta conmigo, no le falta comida en la mesa y tiene los servicios cubiertos, debería agradecerme por eso. No soy como mi padre que se fue de la casa o Román, su segundo marido, un mentiroso de

grandes ligas, que se fue de viaje con una compañera de trabajo y no tuvo el valor de sacar a mi madre de su casa o Alejandro, el tercero, que le quitó todo el dinero que tenía.

—Mi madre tiene la esperanza de que encuentre un hombre dispuesto a mantenernos y nos saque de la pobreza que según ella tenemos. Dos habitaciones estrechas, tres sillas, una mesa gris, estufa sin horno y una sala de dos plazas son suficientes para mí. Ella quisiera una enorme casa, dos o tres pisos, múltiples cuartos, una sala donde pudiera hacer sus reuniones, una cocina donde más de una persona pudiera cocinar sin toparse una con otra y un comedor de seis sillas como mínimo. Pero no será así, tiene que aceptarlo — me dijo Vane—. Les enseñaron que las mujeres solo servían para cuidar del hogar, los niños, el marido y ser la esposa perfecta. Ante sus ojos, soy una anomalía; sin hijos, ni esposo, y trabajando hasta el cansancio para sobrevivir. Por tu estúpido orgullo, por eso estás así, me dijo. ¿puedes creerlo?

Esa tarde con unas copas de vino en mano, llegamos a la conclusión de que ellas han tomado sus decisiones al igual que nosotros, no nos toca juzgarlas, solo apoyarlas como debemos apoyar a otras mujeres. No importa lo que hagan sino lo que nos hagan sentir. Los límites, aunque sean mentales, ayudan a darnos la libertad de ser y hacer.

Al final de la noche me decido a contarle lo que viví con Andrés. Ella comienza a contarme su relación con un estudiante de medicina en la que se sintió discriminada al igual que yo.

Dos tanques de oxígeno y un nuevo hogar

Hace dos semanas que no veo a Vanessa. Su trabajo la tiene muy ocupada y yo trabajo hasta el cansancio para sacar el pago de mi carro. Sé que su abogada le pidió que los familiares de los pacientes ratifiquen los servicios que brinda y además necesita el testimonio de algunas chicas que también sufrieron acoso por parte de Julián Montalvo o tal vez encontrar alguna denuncia antigua que les ayude a argumentar en la defensa de Vanessa. Se les acaba el tiempo.

A ella se le hace fácil decirlo, a Vane le toca concientizar a las chicas de que lo que han sufrido es abuso y hacerlas enfrentarse contra un hospital que podría cesarlas de trabajar como a ella. Todas tienen miedo, es lógico. Muchas son madres, deben llevar el sustento a su casa y no se atreven a quedarse sin trabajo seguro. Otras no quieren arriesgar su carrera con esas declaraciones.

Carajo- la escucho maldecir en un audio- calladitas nos vemos más bonitas, sumisa y tranquila, las mujeres revoltosas no consiguen nada en la vida, son algunos de los dichos más escuchados entre las compañeras. Tenemos tan interiorizado el rol de mujeres estereotipadas que se nos olvida el poder que nos han negado. La violencia está presente en muchos sentidos de la vida, no solo en las relaciones de pareja. Ahora son visibles las *red flags* y los abusos físicos que hemos visto en las redes y los noticieros; pero, negamos los abusos ocultos, los que parecen intrascendentes, limitantes y que han generado mucha ira contenida. En fin, no queda más.

Termino de escuchar el audio y espero atenta a la pantalla. “*Esteban, 4 minutos*”. Facultad de medicina. Me dirijo a la universidad.

Comienzo a ver el desfile de batas blancas y uniformes azules. Dos chicos me esperan en la esquina. Esteban me aclara que dejaremos a su amigo en Plaza Dorada y a él lo llevaré a la Cruz Roja, cerca de Los Fuertes. Empiezan a hablar sobre los profesores, los compañeros y lo difícil que les han sido algunas materias. Están cursando el tercer semestre y odian a la doctora de anatomía.

Recuerdo la historia de Vane sobre la escuela de medicina. Ella había presentado el examen de la Universidad Autónoma por segunda vez; le faltaron tres miserables puntos para ingresar. Un amigo de su madre les comentó de una escuela de medicina en el pueblo de Tehuacán, a dos horas de la ciudad.

Entró a esa universidad que cada semana la iba decepcionando más. Los maestros mandaban a avisar que tenían urgencias que atender, casi no iban a clase. Preferían desayunar quesadillas en el local de la esquina que presentarse ante el grupo. Daban clase un día a la semana, una hora, a pesar de las dos o tres horas diarias que tenían asignadas. Cada vez disponían de más horas libres.

Por un momento pensó en regresar a la ciudad, pero conoció a Samuel. Era un chico de octavo semestre, que la invitó a ser parte del grupo de paramédicos de la zona y reconsideró quedarse un poco más.

Todas las mañanas subía en la destartalada ambulancia que le sonaba el mofle cuando arrancaba y aprendió a hacer expedientes médicos, auscultar de manera correcta el corazón y los pulmones, suturar heridas pequeñas y recoger cadáveres.

Llegamos a Plaza Dorada, el amigo de Esteban se despide y seguimos el recorrido hacia la Cruz Roja. Me cuenta que acaba de llegar a Puebla, viene

de Monterrey en un intercambio académico y la ciudad le ha parecido una maravilla. Avanzamos el boulevard 5 de mayo hacia el puente de Ovando. En la época colonial ese puente era la única conexión con la ciudad. El río San Francisco dividía a la clase trabajadora de los ricos del centro. Hace muchos años lo entubaron y se convirtió en el río de asfalto que es ahora. Esteban me pregunta con desagrado: ¿Qué es eso? señalando el monumento llamado *Ángel Custodio*. En los inicios del nuevo siglo un político se dejó seducir por un artista plástico con la idea de: “conseguir un icono que presente la ciudad con un espíritu contemporáneo” y colocaron el monumento abstracto de más de quince metros, color amarillo chillante, al que le han dado miles de nombres como: “pinzas de crustáceo”, “serpiente bicéfala” y mi favorito “el monumento a las trompas de falopio”. En una encuesta realizada por un sitio web sobre las esculturas más feas de México, el Ángel Custodio fue la que más votos obtuvo. Creo que la sociedad poblana, tradicionalista y conservadora no estaba preparada para el arte moderno, dijo el presidente municipal en turno.

Mi pasajero se ríe y mira hacia la ventana. Cruzo el boulevard y doy vuelta a la derecha. Hemos llegado a la Cruz Roja. Esteban se despide. Lo observo caminar entre las ambulancias.

La pantalla de mi teléfono vuelve a parpadear. “*Doctor Ruiz a 1 minuto*”. El usuario está saliendo de la Cruz Roja. Me quedo estacionada esperando al doctor. Un hombre de unos cuarenta años con barba prominente se acerca a mi carro. Iniciamos el viaje. Hospital de especialidades La Margarita.

—Señorita, tengo mucha prisa. Tengo una cirugía en 40 minutos.

—Sí, doctor —contesto apenada—, trataré de llegar en ese tiempo.

Mi madre me contó que la inauguración de ese hospital fue un gran acontecimiento, en los 90’s, decían que era el primer hospital de tercer nivel.

A su alrededor se extiende el conglomerado de multifamiliares que parecen otra ciudad alejada del centro, tiene tantos callejones y vericuetos que si no eres de la zona es fácil perderte.

Conduzco lo más rápido que puedo. Este doctor me recuerda a aquel médico que le dijo a Vane, sin mucho tacto, que no servía para ser médico.

Ese día fueron a la clínica del pueblo para aprender cómo llevar a cabo una exploración médica. Una mujer cargando un niño de escasos tres años ingresó al consultorio y empezó a contarle los síntomas a su profesor. Miraban al niño, tomaban apuntes y esperaban indicaciones del doctor. Su maestro le pidió que realizara la auscultación, se acercó al niño que estaba pálido y tembloroso. Le vomitó encima. No pudo aguantar el asco. Terminó dando arcadas frente al cesto de la basura mientras uno de sus compañeros le tomaba el cabello para evitar que se ensuciara el uniforme. El doctor le gritó: ¡Sálgase, pero ya!

Vanessa se sintió avergonzada. Al salir alcanzó a escuchar las burlas de sus compañeros. El doctor salió después de un rato, la sacó de la clínica y empezó a darle una reprimenda sobre su comportamiento dentro del consultorio.

—Usted no está hecha para ser doctora. Aunque lo quiera. No pierda más el tiempo. Váyase.

En ese momento comprendió que la medicina no era para ella. Caminó hacia una ambulancia tratando de deshacerse de la humillación que había sentido. Subió de un brinco y se colocó, entre el carrito de paro y los tanques de oxígeno. No pudo moverse. Se quedó sentada dentro de la ambulancia.

Samuel gritó su nombre, no le contestó. Subió a la ambulancia y la observó llorando en medio de dos tanques de oxígeno. Le hizo una señal para que no la delatara; él la entendió. Samuel la abrazó con ternura y terminó

contándole todo. La escuchó con paciencia, movía la cabeza de un lado a otro negando las justificaciones que le daba sobre lo ocurrido en la clínica. Le limpió las lágrimas con una toalla y le dijo: Ese doctor es un pobre idiota. No sabe enseñar. Ese día Samuel le confesó que estaba enamorado de ella. Pero no podía hacer nada para que ella lo quisiera. No sentía nada por él. Nunca se dio cuenta que él la quería.

Al final del turno, regresaron a la universidad. Se quedó callada todo el camino.

Samuel vio afuera a sus compañeros. Se acercaron. Una chica hablaba sobre la situación de la escuela. Les habían revocado la certificación y no podrían hacer el servicio social. Samuel trató de calmarlos y caminaron hacia la oficina de la directora para aclarar la situación. Vanessa se quedó afuera esperando que salieran. Se escuchaban los gritos de los alumnos hacia la directora. Salieron con caras de preocupación, Samuel se acercó a ella, dio un largo suspiro y dijo:

—No hay nada que hacer. Tendremos que esperar un año a que les renueven la licencia.

Vane abrazó a su amigo y lo consoló. Le dijo que él iba a esperar el tiempo necesario, ya había invertido cuatro años en esta universidad. No podía dejarla. Le sugirió que pensara bien las cosas antes de seguir en esa escuela, a fin de cuentas, sólo había perdido un año. Podría volver a hacer el examen en la Universidad y retomar la carrera si era lo que ella quería.

Faltó a la universidad tres días. No quería ver a nadie. No quería regresar. Se dio de baja sin pensarlo.

Mi pasajero recibe una llamada. Comienza a gritar al teléfono alegando a la enfermera lo inútil que es por no tener todo listo para la cirugía.

—Parece que tengo que hacer todo yo —dice al colgar. Me mira a

través del espejo retrovisor y se asoma a la pantalla de mi celular.

Se queja conmigo sobre el ineficiente sistema de salud y la incompetencia de sus compañeros de trabajo. Para él todos deberían actuar sin improvisar y con el mayor profesionalismo sin excusas.

—Pero para qué te digo todo esto, si sé que no lo entiendes. No me malinterpretes, tu trabajo es muy simple. Nadie podría hacer lo que yo hago. Me quedo callada ante su comentario y hago una mueca. Quisiera contestarle, pero no quiero ser grosera. En esa jungla de batas blancas y egos inflados los enseñan a ser así.

Vanessa me contó que unos años después se encontró a Samuel; ella estaba haciendo una rotación de práctica clínica en el mismo hospital donde él trabajaba. Le preguntó si había seguido estudiando medicina.

—No, estoy estudiando enfermería.

—¡Qué lástima! —le dijo decepcionado—, creo que no todos pueden con la responsabilidad de ser doctor. Ojalá te vaya bien.

La miró de arriba abajo, hizo un gesto como si le tuviera compasión y se fue. Varios días después lo escuchó hablar con el doctor que era su jefe. Se burlaban de las incongruencias que les decían los pacientes; después la plática tomó otro rumbo y empezaron a hablar sobre las mujeres que estaban en el área. El jefe dijo que una de sus compañeras estaba guapísima y que hasta podría considerar salir con ella. Samuel volteó a ver a Vanessa.

—Ella, la chaparrita de ojos claritos, pudo ser mi novia, pero no quiso— y soltó una carcajada. Su jefe se rio del comentario y le dijo:

—Hubiera quedado bien afianzada con él, ya no tendría que trabajar. ¿No se arrepiente? —y volvió a reírse.

—No. Yo estoy bien así, gracias —contestó Vane sonriendo mientras firmaba un expediente. Caminó hacia la estación de enfermeras y Samuel la

siguió. Dijo que había sido grosera con él y que no se merecía que lo tratara así. Se fue sin esperar a que ella le contestara.

Al final de la rotación su jefe le dio las calificaciones, le había bajado dos puntos y había colocado una nota que decía: No respeta a sus superiores. Le refutó su calificación y no pudo hacerlo cambiar de parecer, aunque era una injusticia. Fue con el director de área y le explicó que Samuel era una figura de autoridad y él se había quejado por su arrogancia. Recordó aquella plática con su jefe y Samuel, parece que el haberle dicho que no a ese hombre resultó una gran ofensa. No quisieron cambiarle la calificación y Samuel se negó a dar la cara.

Llegamos al Hospital de la Margarita.

—Hasta luego, doctor —mi pasajero se baja del auto y cierra la puerta. Me quedo esperando una respuesta. Finalizo el viaje y me estaciono en la esquina.

Vane decidió dejar atrás la medicina y retomar el rumbo perdido. Después del fracaso de la Universidad se sentía sin ánimos de seguir estudiando. Estaba frustrada.

Presentó el examen sin mucha esperanza de pasarlo. Al salir de la prueba, una chica le dio una publicidad de la licenciatura en Enfermería.

Buscó todo lo que se relacionaba con aquella carrera, fue a conocer las escuelas, investigó a conciencia sobre los planes de estudio y el campo laboral. No quería tomar una decisión hasta estar segura. Le dieron los resultados del examen, otra vez tres puntos por debajo de los aceptados. Su tercer rechazo fue el definitivo. Se prometió no volver a presentar el examen para medicina. Ya era suficiente. No sería doctora, tenía que aceptarlo.

Se inscribió en la Universidad de Enfermería con la plena convicción de ayudar a las personas con su trabajo, tener un futuro mejor y comenzar de nuevo. Su madre estaba feliz con esa decisión. La enfermería es una buena

carrera donde podrás trabajar medio turno y conseguir un esposo doctor. Tendrás tiempo de cuidar a los hijos que decidas tener y apoyarás a tu marido, dijo la mañana cuando fueron a comprar mi uniforme blanco. Toda su vida resuelta y el plan marcado: conseguir el novio doctor y terminar la licenciatura. En esa época yo también estaba frustrada como Vane. Después del rompimiento con Andrés y dejar el trabajo por impulso tuve que regresar con mi mamá. El día que le llamé me dijo que se iba a casar con Román después de dos años de salir juntos.

Román era alto, con cabeza de águila calva, le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda y mi abuela decía que era un “cuenta chiles”. No aspiraba a grandes cosas en la vida, su trabajo de empleado en el gobierno era suficiente para él. Tenía una casa grande al norte de la ciudad, que había heredado. A mi madre le cayó como anillo al dedo, literal. Estaba enamorada. Román habló conmigo. Sin juzgarme ni recriminarme nada, me dijo: *Lo que decidas para mí está bien. Siempre tendrás las puertas de mi casa abiertas. Yo amo a tu madre.* No quería interponerme entre ellos, pero necesitaba la ayuda. Empaqué mis cosas. Seguí a mi madre y a Román a nuestro nuevo hogar. Sería temporal.

Una cofia y miles de tragos de tequila

Vanessa lleva varios días en la calle de atrás del Hospital Angelópolis. Espera a que salgan las enfermeras de su turno y pedirles su ayuda. Al principio la veían de reojo y se alejaban, fingían no verla o cruzaban la calle evitándola.

Algunas veces yo la acompaño, paso por un café y nos recargamos en el auto a esperar a las enfermeras. Una tarde, vimos de lejos a una joven enfermera que Vanessa no conocía, nos hizo una seña para que la siguiéramos. Caminamos hasta un diminuto local a unas tres cuadas del hospital. Afuera un señor arregla una bicicleta. Al entrar veo accesorios para bicicletas y tres mesas para dos personas. Nos sentamos. Ella le pide al hombre de afuera la carta y se presenta como Ana; entiende porqué Vane hace esto. Nos cuenta que Julián Montalvo ahora es más discreto en sus acciones de conquista y, aunque no es oficial, les han dicho que no hablen con Vanessa. Las bebidas de la carta tienen nombres de aditamentos para bicicletas, es extraña. A simple vista no hubiera pensado que fuera una cafetería. Nos dice que a ella la llamaron para atenderlo en la suite, días después de lo ocurrido y no se presentó. En su lugar llegó otra compañera más experimentada y él se enojó. Nos pusimos en huelga, dice sorbiendo una bebida extraña de color verduzco, ninguna de las jóvenes lo hemos atendido. Montalvo lo sabe, no puede contra nosotras. La jefa de enfermeras las ha defendido a contracorriente argumentando que el hospital no necesita otro escándalo. Le da a mi amiga su número de teléfono. Nos cita en una plaza comercial al día siguiente. Regresamos a mi coche. Ya oscureció. Caminamos de prisa, sintiendo una presencia tras de

nosotras. Me concentro en mis pasos, tranquilizo mis pensamientos. Faltan dos cuadras para llegar. Mi Spark está, por fortuna, alumbrado por un farol de la calle. Miró de lejos a dos personas correr. Escucho la caída de una lata, me quedo inmóvil. Espero un poco y me acerco con miedo al coche. Pintaron en las dos puertas de lado izquierdo la frase: “CÁLLATE, PUTITA”. Pintura rosa sobre el color negro, rodeo mi carro, al otro lado también graffitearon las puertas con un “ESTATE QUIETA, ZORRA”

Pateo el piso. Me invade el coraje, la sensación de impotencia y el miedo. Vanessa se acerca a la pintura. Sus manos se manchan de rosa.

—Estos maleantes, seguro nos siguieron.

—Debí quedarme en el carro.

Vane se acerca a mí, quiere abrazarme. Me alejo de ella. No creí que apoyarla fuera a traerme estas consecuencias.

Nos peleamos. Vane dice que jamás me ha obligado a seguirla, no me prometió nada y que yo sabía a lo que nos enfrentábamos. Niego con la cabeza. Es una niña inconsciente, tiene una carrera, trabajo y casa propia. Le caen las oportunidades como del cielo y se niega a seguir con su vida después de lo que le pasó con el viejito.

—Tal vez debiste escuchar más a tu padre cuando te dijo que podrías ejercer tu profesión en cualquier lugar de este país, incluso del mundo. No tienes que aferrarte a vivir en esta ciudad, tienes toda una vida por delante. Eres necia y aferrada, eso no te llevará a nada bueno, una mujer inteligente no se mete en terrenos desconocidos.

—Y tú hablas desde el patriarcado atroz que te ha vuelto ignorante. Te dejaste vencer por ellos— grita hacia el edificio del hospital—. No hay nadie, excepto mi abogada, a quien le importe lo suficiente como para defenderme.

—Tienes razón. La vida es así de culera, no tienes a nadie.

Vanessa empieza a llorar.

—No me dejes aquí.

Me subo al carro y azoto la puerta. Conduzco hacia mi casa, sintiendo las miradas de los conductores en mi auto. Al estacionarme afuera de la reja donde guardo el carro, grito, berreo, lloro sin control. Pienso en mi madre y sus regaños. Me diría lo estúpida e inconsciente de mis actos. En esa calle no hay cámaras cerca, ni testigos. Y si los hay estoy segura que evitarán problemas. Sé que debo entrar a mi casa y contarle a mi madre. Sus primeras palabras serían: *Te lo dije, no te metas en camisa de once varas. Después cruzaría los brazos. Te has descuidado mucho*, diría. Me miraría de arriba abajo criticando la blusa manchada de café, los pantalones desgastados, mi cutis sin maquillaje, el cabello enmarañado, opaco, sin brillo y las ojeras alrededor de mis ojos. No diría nada de mi delgadez, para ella eso es un triunfo, ser talla tres es un gran logro.

Tomo algunas fotos de mi auto y se las envío a Elena, espero que ella se haga cargo. Entre las cosas que trajo mi madre debe haber un solvente o algo parecido, necesito limpiar mi coche. Es una tontería, no podré quitar la pintura. Esperaré al amanecer, el hojalatero abre hasta las diez. Otra vez dejaré de trabajar. Cubro el auto con una funda y entro a mi casa sin hablarle a mi madre. Me refugio en mi habitación de paredes blancas, sucias, con rayones de crayón azul del antiguo inquilino. Miro el techo granuloso, algún día fue blanco también, y las figuras difusas me hacen sentir la incertidumbre en mi vida.

Me despierto temprano y llevo mi auto al hojalatero. El hombre dice en broma que me hará descuento de cliente frecuente. No me cuestiona. Dice que no será fácil quitar la pintura sin dañar la original. Lo entregará por la tarde si le pago la mitad del trabajo ahora. Le ruego su ayuda. El lunes le

pago, déjeme juntar, digo. Me mira con empatía y se toca la cabeza. Órale pues, dice con desgano. Le agradezco con una sonrisa.

Tendré que conectarme a trabajar unas cuantas horas en la noche para aprovechar el aumento en las tarifas nocturnas, aunque es más peligroso salir, tengo que hacerlo. El hojalatero cumple su palabra y me entrega mi coche después de las seis de la tarde. Regreso a mi casa y me recuesto un rato.

Mi alarma suena, me quedé dormida. Miro el reloj y salgo hacia la zona de los antros más concurridos junto a la plaza comercial de Angelópolis, enfrente de la Estrella de Puebla. La enorme rueda de la fortuna se inauguró hace poco, alrededor de su polémico y excesivo costo, lo inviable del proyecto y las críticas al ego y capricho del flamante gobernador. Quiere convertir esta zona en un referente turístico de modernidad.

La alerta suena "*Lalo a 3 minutos*". Me acerco a la puerta de un bar enfrente de la Estrella. Observo a un chico cargando a una joven. Se balancea de un lado a otro. Está demasiado alcoholizado. Se acerca al auto y su amigo abre la puerta del copiloto. Recuestan a la chica en el asiento.

—Llévala a su casa —dice cerrando la puerta. La chica esta inconsciente. Traté de despertarla, apenas si se mueve.

— ¡Oye, no! —grito. No me escucha. Se metió al antro. No voy a poder encontrarlo entre tanta gente.

Exhalo profundo. Me aterra la idea de llevarla a su casa. Es demasiada responsabilidad. No puedo bajarla del auto yo sola. Tendré que llevarla a su destino, aunque sea un viaje largo. Espero que se despierte pronto, que no se vaya a poner mal en el camino o que termine vomitando mi carro. Deslizo la barra que aparece en la pantalla y comienzo a manejar. Es un recorrido de más de veinte minutos.

Esta chica me hace revivir cuando trabajé en un bar de Cholula.

Conocí a Ángel, era bartender. Él me entrevistó para el puesto de mesera. Después de regresar a vivir con mi madre y su nuevo esposo necesitaba trabajo. Yo quería trabajar en el bar que abría desde temprano para no andar de noche en la calle. Mi madre no lo permitiría y en ese momento no podía estar en su contra, me estaba dando casa, era lo menos que podía hacer.

Una tarde él acababa de terminar con su novio. Me invitó unos tragos, Ángel estaba despechado, decepcionado y bastante confundido; nos fuimos a emborrachar para olvidar las penas de amor. Terminamos perdidos entre las calles de Cholula, tomando tragos de tequila sin llevar la cuenta, llorando por las relaciones fallidas y haciendo llamadas a aquellos hombres insensatos que nos habían lastimado. Por fortuna o para nuestra desgracia ninguno nos contestó. Ángel se subió al carro y decidió manejar a pesar de su estado inconveniente. Yo me quedé dormida, igual que la chica que tengo a mi lado ahora. No supe como llegué a mi casa. Ella, mi pasajera, se preguntará lo mismo mañana, cuando despierte vestida, se mirará en el espejo y verá toda su culpa con ojos de mapache.

Llegamos a la dirección indicada, es cerca del centro, en una casa de las más antiguas de Puebla. Toco el timbre. Espero un rato. Vuelvo a tocar. Después de unos minutos el farol de la entrada se enciende y veo salir una anciana con un rebozo largo. Le digo que traigo a una joven en el auto. La señora se sorprende y se acerca, tímida, al auto.

—Y Lalito, ¿dónde está? —dice con ternura.

Le cuento lo que pasó en el antro. Su mirada es de preocupación. Me pide que la espere un poco. Regresa con una muchacha del servicio para que entre las dos bajemos a la joven del carro. La señora me ofrece unos billetes, agradeciendo mis atenciones. Me niego a recibir el dinero. Lo hice con gusto, no tiene que preocuparse, digo y entro a mi coche.

La alerta de Uber suena de nuevo, “*Juan a 4 minutos*”.

Avanzo hacia el centro y observo salir a tres chavos y una chava de un edificio antiguo convertido en un antro. Dos de ellos traen una cerveza en mano. La chica se coloca en medio de los otros dos en el asiento de atrás. Es un viaje con tres paradas. Juan se sube en el asiento a lado mío, me aclara que iremos a dejar primero a los dos chavos, luego a la chica y el será el último en bajar. Me piden conectar el celular al estéreo. El chavo escoge una canción de música electrónica y sube el volumen. Todos empiezan a moverse al ritmo de la música, gritan y cantan alegres.

—Te vi besándote con mi amigo. Ya te volviste bien zorra, amiga —dice el que está detrás de mí.

—No fue nada. Solo un faje y ya. No te azotes—ella se ríe.

Comienza a contar los detalles sin descaro. Los chicos se burlan de aquel pobre iluso que cayó en sus trampas.

Después de aquella noche con mi amigo Ángel y mi última desilusión amorosa decidí olvidarme del amor romántico, del compromiso y la fidelidad. Comencé a salir más seguido y a disfrutar del momento. Al fin y al cabo, sentía que no tenía ningún futuro. Me enfoqué en ganar dinero en el bar y comencé a tomar los turnos nocturnos, ahí se ganaba mejor.

Ángel y yo recorríamos los antros, bares y conciertos por lo menos dos veces a la semana. Conocí a varios hombres bastante interesantes, algunos sumamente aburridos y otros que ni vale la pena catalogar. Con ninguno formalicé nada, no tenía ganas de enamorarme de nuevo. Estaba harta de buscar el estereotipo de hombre amoroso, fiel, protector y comprometido. Guardé los sentimientos y las cursilerías en mi casa. Me dejé llevar por el instante tomando miles de tragos de tequila. Me puse una armadura infranqueable queriendo olvidar mi realidad. Preferí fugarme de los problemas a

permanecer en mi casa llorando o sufriendo sin sentido, como mi mamá en aquellos años cuando mi padre la abandonó para irse a encontrar la iluminación. La recordé sufriendo. Seguía cargando con la decepción, el abandono de un hombre que no la quiso. O quizás sí la amó en algún momento, a su modo. Le costó mucho rehacer su vida después de él. Yo no quería que me pasara eso.

Llego al último destino. Mi pasajero que aún sigue bajo los efectos del alcohol me dice que si no tengo nada que hacer podría pasar a su casa a tomar una cerveza y divertirnos un rato.

Me rio. Niego con la cabeza y le pido que se baje del auto. Está muy mareado como para seguir insistiendo en que lo acompañe. Abro los seguros y se va.

Hago otros tres viajes. Llevo un grupo de chicas de un antro a otro, una pareja a un motel y una joven a su casa. Ha sido una noche larga, ya no tomaré más viajes. Me desconecto de la plataforma y conduzco por las calles vacías, oscuras y frías del centro de la ciudad.

Llego a mi casa. Mi madre está dormida. Entro de puntitas a su habitación y apago la televisión. Todas las noches, desde que tengo memoria, lo último que ve antes de dormir es el noticiero nocturno. Escucho a los vecinos cantar al unísono esos versos trágicos, típicos de los borrachos mala copa. Espero que esta noche no llegue la policía a callarlos o que terminen en un pleito por cualquier tontería.

Elena me escribe un mensaje. Dice que Vane le dio dinero para mí. Quiere reparar el daño de mi auto. Pienso mucho antes de contestar. Vane me ofendió y además no sé si sea conveniente para mí seguir ayudándola. Elena me reenvía un audio de Vane, 5:15, muy a su estilo. No sé si quiero enterarme de lo que le pasa, le dije a la abogada. La curiosidad me mata y escucho que Vane se reunió con grupo de seis compañeras. Le cuentan anécdotas de acoso, abuso de poder o insinuaciones por parte de Montalvo. Una de ellas, Paulina,

comenta no solo haber recibido insinuaciones por parte de él, sino también de los doctores a cargo. Aquellos con altos puestos se creen tocados por la mano divina, me dijo alzando la mano, a ellos también hay que evidenciarlos. Tiene razón, aunque para mí esto se está volviendo más complicado.

Han pasado dos semanas desde el incidente del auto. Elena sigue reenviándome mensajes de Vanessa y dice que ella me necesita. Me niego a verla. La abogada me depositó el dinero de la reparación y lo agradezco.

—Vane manda mensajes todo el día. ¿Así era contigo? ¿Cómo la apagamos? —dice en broma.

Me da risa. Extraño la voz de Vane en esos audios interminables, sus invitaciones a cenar por la noche y sus anécdotas.

En la pantalla del teléfono una mancha rojiza indica un aumento en las tarifas, me desplazo hacia esa zona. No cae ningún viaje, sigo avanzando, es mejor moverse que estar parada en un lugar esperando pasajeros.

La alerta de Uber suena. “*Mauro 2 minutos*”. Se sube al coche un chico alto y de cuerpo atlético. Me saluda con una gran sonrisa. Porta un uniforme que reconozco como el de la Universidad donde estudió Vane.

El calor de la tarde lo obliga a quitarse la camisa del uniforme, trae una playera estampada con un logo que dice: *Keep calm, I'm a nurse*.

Sonríó al ver esa frase. Le hago un comentario, creo que es unos de los pocos enfermeros que he visto. Me dice que todas las personas tienen estereotipos para todo. Algunos elegimos lo que queremos hacer en nuestras vidas por razones diferentes a lo establecido, eso los confunde. Y no soy homosexual, por si lo pensabas. Mi madre era enfermera y hago honor a su profesión. No me gustan los egos de los doctores y me encanta ayudar a las personas. Además, hay personas que se sienten más en confianza con los hombres que con las mujeres. En fin, es cuestión de perspectiva. El asunto es saber qué quieres hacer en la vida, concluye.

Recuerdo la historia de Vane cuando entró a la carrera de enfermería. Ella era la mejor estudiante de la universidad y tenía problemas con una maestra, le decía que era demasiado arrogante. La reprobó en las dos materias que impartía, para darle, según ella, una lección de humildad. Perdió la beca. Esa mujer le hacía dudar si de verdad quería seguir estudiando enfermería mientras el doctor Urquidi, su otro profesor, la alentaba a regresar a la carrera de medicina. Vane debió regresar a estudiar para ser doctora. Ella también se dejó vencer por ellos. Me contó que todas sus compañeras de graduación se sentían increíbles con su cofia blanca. Para Vanessa, después de muchos años de reflexión, le parecía solo un paso más para cumplir el destino que su madre le había encomendado. Tener una carrera, conocer a un doctor, casarse con él, tener hijos, camioneta de seis asientos, un perro y una casita de ensueño.

Creo que muchas mujeres hemos soñado con algo así, aunque varias lo han vivido sin contratiempos, no todas queremos pagar el precio por tener ese tipo de relaciones.

La alerta suena de nuevo. “Raquel 7 minutos, viaje largo” me acerco a una casa de la cual veo salir una mujer vestida de policía. Me saluda cortés y se sienta junto a mí. Vamos hacia el complejo de seguridad pública. Te vas toda la pista hacia el periférico, dice mientras acomoda el asiento y estira las piernas. Arroja su mochila atrás.

—¿Tienes mucho manejando Uber?

—Como ocho meses. ¿Y tú? ¿Hace cuánto eres policía?

Comienza a hablar de un novio policía con el que vivió por tres años. Su padre, comandante de brigada, se lo presentó en una fiesta de la corporación y le propuso matrimonio después de un año de salir juntos. Su padre murió unos meses después, durante un operativo y decidieron casarse para honrar su memoria y porque él había prometido a su padre cuidarla

por siempre. Su relación empezó muy bien. Ella comprendía los horarios, las ausencias, los peligros y la inseguridad de no saber si llegaría a casa después de andar en servicio. Después se volvió un infierno. El hombre se iba de parranda muy seguido, llegaba borracho y la golpeaba por no tener la comida caliente en cuanto cruzaba la puerta de su casa. Más de tres veces la encerró en el baño de su casa. Ella buscó ayuda con los compañeros de su padre, no le creyeron. Justificaban sus acciones y él llegaba con flores y peluches cada vez que la engañaba. Lo sabía. No podía hacer nada. Decidió defenderse por ella misma. Se inscribió en la corporación y terminó la academia sin la aprobación de su marido.

—Una noche gris, él llegó borracho y quiso pegarme. Le metí unas patadas bien dadas entre las piernas, lo ahorqué con mi pierna hasta dejarlo inconsciente y salí de su casa. No volví y el cabrón macho no tuvo el valor de pedirme perdón o contarle a alguien que una mujer lo había sometido.

—Quisiera tener tu valentía, enfrentarte a quien te maltrata y salir victoriosa —le digo mientras rebaso a un tráiler.

—Deberías venir a tomar unas clases de defensa personal. Las chicas *Uber pink* se reúnen conmigo dos veces por mes. ¿Estás en el chat de *WhatsApp*?

No tenía idea de su existencia. Me explica sobre un grupo de mujeres conductoras de Uber que, ante la inseguridad, crearon un grupo de ayuda. Solo mujeres conductoras, inscritas en la plataforma. Saca su teléfono y manda un audio para que me agreguen al grupo. Me explica que comparten su ubicación en tiempo real y ella junto con dos amigas de la corporación las monitorizan todo el tiempo.

—Si hay problemas, vamos a su encuentro. El objetivo es ayudarnos entre todas —sonríe.

Le agradezco el gesto. Me siento protegida y acompañada. El tráfico

en la autopista está terrible, avanzamos a vuelta de rueda. Miro el mapa y exhalo. Pasaremos más de diez minutos en el tráfico. Platicamos sobre varias cosas cotidianas entre ellas sale a relucir la situación de Vanessa.

—Esto irá ascendiendo mientras siga con la demanda. Ese cabrón no la va a soltar. Que tenga cuidado y si hay que entrarle a los madrazos, nos lo echamos —golpea el puño contra la palma de su mano.

—Ya no estoy en contacto con ella.

Le explico el incidente de mi carro. Ella asegura que los motivos de Vanessa son más profundos. Raquel ha escuchado miles de historias parecidas, no muchas han acabado bien. Dice que Vanessa es valiente y compara lo que pasó ella con su marido.

—La grandeza de un acto nunca es solitaria, aunque si es individual.

Llegamos al complejo de seguridad, se baja del auto y toma su mochila de la parte de atrás.

—Escríbeme seguido, mantente alerta. Hay que echarle gansitos al refri— me da un golpecito con su puño en mi brazo.

—¡Gracias!

Una estrella y un café Gourmet

Es 8 de marzo. Miles de mujeres salimos a las calles con paliacates verdes, atuendos morados y pancartas, exigiendo justicia. Somos un grupo de amigas, hermanas, madres, víctimas de las circunstancias, de un machismo que permea todos los estratos sociales y es más visible. Es la primera vez que me animo a ir a la marcha. Camino hacia la avenida Reforma y me uno al contingente.

Se acerca una vorágine de policías, conteniendo a las revoltosas, las rebeldes. Y sí, somos rebeldes, enmascaradas y hartas de vivir en la violencia. Caminamos con rumbo definido: la plancha del zócalo. El palacio de gobierno nos espera detrás de los muros de policías y reporteros. Las líderes tienen un plan bien armado, tirar las vallas, pintar las paredes y hacerse notar como nunca nadie nos había visto. Siento la energía vibrante de las historias compartidas, el ruido de los tambores y los gritos incesantes. Salgo del tumulto y camino despacio hacia atrás. Una policía con careta toma con firmeza mi brazo. Me obliga a entrar a una cafetería. También empuja a una chica de ojos claros, viste un top morado y pantalones blancos enormes. En la cara tiene brillantina verde, le calculo unos dieciocho años. Se acercan otras dos policías y nos cierran el paso. Escuchamos un tronido. Ella se asoma entre las caretas y escudos. *Explotó una bomba molotov*, dice la joven. *Quédense atrás, por favor*, grita una policía que reconozco, es Raquel.

No nos van a dejar salir, dice la joven. Veo a una amiga de ella que entró a la cafetería junto con varias chicas. Desde arriba se ve muy bien la

marcha, le dice. Ellas suben. Sigo a las chicas y pienso en Raquel, tal vez pensó que no sería tan hábil. Me enoja, me subestima, la lucha está allá afuera no aquí en esta cafetería. Las ventanas tienen un barandal de fierro forjado, se puede ver el atrio de la Iglesia, las calles y el zócalo repleto de mujeres. Las dos chicas alzan sus pancartas desde el balcón. Siguen gritando en protesta.

Me siento en la única mesa libre. Pido un café. Las observo. Gritan al unísono. Unidas por una sola causa. La chica de top morado se acerca a la mesa.

—¿Te molestaría compartir la mesa? —dice, mientras coloca el suéter blanco tejido en el respaldo de una silla. Asiento con la cabeza. Le sonrío.

Su amiga duda en sentarse. Usa una camiseta verde con el símbolo en blanco y pantalón de mezclilla. Ella le hace un ademán para sentarse. Piden café helado y empiezan a conversar. No las interrumpo, saco mi celular y veo las noticias sobre la marcha en varios estados del país.

—¿Y tú por qué vienes a la marcha? —me pregunta la chica del top morado—nos encanta escuchar historias. Se presentan como Estrella y Mariana.

Les cuento que antes no había tenido esta necesidad de marchar, siempre me mantuve al margen. No me había puesto a reflexionar en lo que vivimos las mujeres día a día.

—Sinceramente todo cambió cuando conocí a Vanessa, a ella le debo el estar aquí hoy.

Me interrogan con emoción sobre Vane. Hace muchos años que no había sentido esa admiración y empatía.

—¡Qué valiente! Todas las enfermeras del hospital Angelópolis y de otros hospitales lo comentan—le dice Estrella a su amiga.

Le pregunto qué relación tiene con las enfermeras del hospital, cruza los dedos de las manos y se acerca más a la mesa. Su madre, también enfermera, fue violada por el dueño del hospital hace dieciséis años y ella fue

producto de ese acto. Nunca se ha hecho responsable y su madre no quiere hacer nada contra él.

—Tiene miedo—dice tomando del vaso de café helado.

Estrella asiste a las marchas por su madre. Cree que, aunque su madre no lo apruebe, podrá ayudarla o al menos entenderla mejor. A ella le toca luchar porque a nadie más le ocurra algo como lo que vivió su mamá. Tal vez si Vane hablara con ella podría convencerla de hacer algo. Me pide mi número de celular y me da un pequeño papel rosa con el número de su madre. Pienso en ella y lo difícil que debió haber sido enterarse de quién es su padre. De pronto mis problemas y dramas existenciales parecen ser pequeños en comparación a los de ella o su madre. Me impresiona que ella pueda decir las cosas de una manera tan abierta. Se ha quitado la vergüenza y no tiene miedo a pesar de las implicaciones.

El ruido ha cesado en la calle. El contingente se ha concentrado en el Zócalo y los policías han levantado la barricada. Estrella se despide. Yo invito, no te preocupes, le digo con una sonrisa. Háblale el jueves, hoy trabajó doble turno. Gracias por escucharme. Se levanta de la silla y dice: Espero que arregles tu situación con tu amiga, no deben estar peleadas. Le doy un abrazo. Antes de pagar la cuenta me acerco al barandal y miro hacia abajo. A pesar de no estar tan arriba, desde el primer piso me siento en las alturas. Pienso en los edificios altísimos a los que me llevaba mi padre. Esta casualidad me agobia. No había posibilidad que, entre tanta gente, tantas mujeres, ella, Estrella, se presentara ante mí y me contara sus problemas. Mi abuela decía que las casualidades no existen, todo sucede por nuestra propia intuición. Recuerdo que mi padre le gritaba a mi madre que uno escribía su propio destino. Tal vez mi destino es ayudar a Vane.

Enciendo la plataforma y hago viajes toda la tarde. Llevo un grupo de chicas a su casa, una pareja a un motel, dos hombres a un bar y una señora a casa de su hija.

Llego a mi casa y encuentro a mi madre mirando con asombro las marchas en la televisión. A ella le cuesta trabajo entendernos, dice que hay otros métodos para exigir los derechos. Trato, sin éxito, de explicarle que la situación de Vanessa con el dueño del hospital no se ha resuelto por la misma razón, se niegan a escucharnos, nos etiquetan y hacen juicios sin fundamento. Ella se da la vuelta y me deja hablando sola. No la juzgo, ha vivido muchos años bajo el cobijo de los hombres, no ha conocido otra manera de subsistir. Incluso sigue pensando que Alejandro, su tercer marido, no tardará en pedirle perdón. Voy a mi cuarto a descansar. Por hoy fue suficiente. Pienso en Vanessa. Tal vez mañana le llame.

Me conecto a trabajar por la mañana. Llevo a una señora al mercado, una chica con su niña al supermercado y dos hombres a sus respectivos trabajos. Nada inusual.

La alerta suena, "*Uriel 4 minutos*". Una pareja me espera afuera del cine y se suben al auto.

—Restaurante La Tratoria —confirma la chava con una voz chillona. Él la rodea con sus brazos y empieza a platicarle sobre su último trabajo y lo difícil que ha sido adaptarse. Ella parece ignorarlo, le responde contando sobre la vida y obra de la actriz que protagoniza la película que acaban de ver en el cine. Él vuelve a retomar el tema de su trabajo y ella habla sobre el calentamiento global. Uriel desiste a sus pláticas, suspira. La observa con ojos de enamorado, no le importa que ella no se interese en su vida, parece que lo único que le importa es tenerla a su lado.

Cuando conocí a Roberto, yo era igual que esta mujer. En realidad, no me importaba la vida de él. Solo quería estar acompañada. Me aterraba la idea de seguir sola, sin pareja. Una amiga de Ángel acababa de abrir una cafetería y Roberto era el barista. Hacía unos capuchinos excelentes y siempre era demasiado amable conmigo. En la espuma del café dibujaba figuras de corazón y flores. Él sabía que me encantaban esos detalles.

Cada vez que iba a la cafetería me regalaba un chocolate o una rosa y no me cobraba el consumo. Varias veces se acercaba a mí y se aventuraba con mucho miedo a decirme lo hermosa que era. Admiraba mis ojos verde olivo y mi cabello negro, largo. Mis amigas y yo nos reíamos de él y se retiraba apenado. Me observaba desde la barra y estaba al pendiente de lo que necesitara. Para mí era un juego, a veces le coqueteaba para ver su reacción y él se ponía nervioso. Yo sólo quería estar con alguien. Una tarde me pidió mi número de teléfono. Se lo di sin pensar. A partir de entonces me escribía a diario, platicábamos.

Le contaba de los libros que había leído, mis planes, mis problemas y él siempre me escuchaba atento e insistía en tener una cita conmigo. Yo no lo quería, le hice caso a sus insinuaciones amorosas sólo para no sentirme sola.

Comenzamos a salir. No me importaba que no tuviera dinero para salir a tomar un café o a cenar. Gastas mucho, decía, yo no puedo darme eso lujos.

Tres meses después Ángel me enseñó su perfil de Instagram con algunas fotos de él con una mujer a la que etiquetaba como su novia. En una de ellas decía “noche de serenata a mi único amor” Era un cínico. Él la abrazaba y sus amigos presumían sus guitarras y sus cervezas. Me

dio coraje al ver la hora y la fecha de la fotografía, ese mismo día a mí también me habían llevado serenata; primero fueron con ella y después habían ido a mi casa. Terminé con él, sin dudar, por teléfono.

Llegamos al destino. Uriel se baja del auto para abrirle la puerta. Ella le sonrío, lo abraza y entran al restaurante. Avanzo unas cuentas cuadras y vuelve a sonar la alerta.

“*Cassandra 3 minutos*”. Una chica se sube con un vestido largo de tela translúcida en color vino; la pedrería bordada en color dorado combina a la perfección.

Vamos la iglesia del Cielo, dice. Soy madrina de boda. Sonrió complaciente. Ella me cuenta que su prima se casa, por fin, después de varios años de noviazgo. Yo solo puedo pensar que a mí las fiestas familiares nunca me han gustado. Sobre todo, porque no tengo una pareja estable. Entonces asumen que iré sola, bueno con mi madre. Las tías se sientan a viborear a la sobrina que baila sin inhibiciones en la pista: ya está más gordita, a lo mejor ahora si ya está embarazada, dicen. Critican a la esposa de mi primo que desde que tuvo su bebé ya se descuidó, a la prima que llevó al galán en turno a ver si este le dura más que el anterior o hasta la próxima fiesta y voltean a ver la tía madurita que es un alta ejecutiva y que de seguro es lesbiana. Ella por lo menos es exitosa. Y yo me escabullo entre la gente antes de que me interroguen: y tú para cuándo el novio, para cuándo el bebé porque igual y no te quieres casar, pero un hijo sí, porque ya tienes 30, es para no quedarte sola y realizarte como mujercita. Dale por lo menos a tu madre la dicha de tener un nietecito.

A veces cuando el alcohol es suficiente y el amigo de mi primo no está tan feo, termino olvidando la fiesta entre las sábanas de una

habitación de hotel o un asiento trasero de un coche con alguien que no sabré su nombre y jamás volverá a verme. Otras veces me siento a llorar adentro de un baño, con los pies arriba del retrete y alzando el vestido para evitar que me encuentren mis primas. Ellas me arrastran, en cada boda a la que vamos, hasta la primera fila. A ver si este año agarras el ramo y encuentras marido, dicen y se burlan.

Dejo a Cassandra en la iglesia y recuerdo cuando Roberto me pidió que nos casáramos. Después de aquel día en que lo había dejado, él se había portado muy insistente. Quería que regresáramos. Comenzó con mensajes, llamadas y correos electrónicos pidiendo que lo perdonara. Yo me negaba a verlo, no quería saber nada de él.

Una tarde, Román, el esposo de mi madre, me preguntó por qué ya no salía con Roberto. Le conté lo que había pasado, me dijo que quizás yo exageraba las cosas, además se veía que él me quería, daba todo por mí. Tal vez, Nirvana, es el indicado. No tendrá dinero, pero te quiere bien y podrían hacer una vida juntos.

Yo dudaba si ese hombre que no tenía grandes aspiraciones, igual que Román, era lo que necesitaba en mi vida. Hasta ese momento mi madre y él habían durado en su relación.

Todo se veía bien. La insistencia de Roberto al querer regresar me hizo creer que él era el único hombre que me amaba, el que había luchado, a pesar de mis caprichos, por estar conmigo. Terminé accediendo a una cita. Reconoció sus errores, lo perdoné. Nos quitamos la soledad que cargábamos. Intentamos volver a esas noches tenues y a las caricias en su habitación. Yo seguía sintiendo que Roberto no era para mí, pero no quería dejarlo. Esa tarde, caminábamos por el centro histórico de Puebla, habíamos ido a comer a un restaurante

que le pareció caro y muy hípster para su gusto. Me entristecí al ver los soportes de madera que sostenían la fachada de la Casa de Alfeñique. Le dije que era una lástima que un patrimonio cultural como ese estuviera dañado por el último temblor. Él me contestó: *Si ya no funciona y no se puede reparar, será mejor que lo tiren*. Volteé a verlo sin poder creer sus palabras. Lo solté, no podía estar de la mano de alguien que no dimensiona el impacto histórico, social y cultural de mi ciudad. *Cálmate no es para tanto, es solo un edificio antiguo*, dijo. Me tendió la mano, dudé en tomarla de nuevo. Roberto se rió.

— Te amo cuando haces ese tipo de escenas por cosas sin sentido —yo no entendía porque me amaba si no coincidíamos en nuestras ideas. De pronto se quedó parado frente a la catedral. Volteó a verme, me besó la mano y dijo:

— ¿Y si nos casamos?

Yo lo miré asustada. Estaba confundida. No creí que fuera a pedirme eso. Me recliné por haber regresado con él. Eso había sido un error. No debimos hablarnos de nuevo. Me zafé de sus manos que me tomaban con firmeza. No estaba lista para ese compromiso y menos con un hombre que mi corazón sabía de sobra que no era el indicado. Esa tarde llegué a casa. Mi madre no estaba y Román leía una revista de autos en la sala. Me acerqué y le conté la propuesta de Roberto.

—Nirvana —dijo quitándose los lentes—, tal vez estás exagerando en las expectativas que tienes de él. Tienes que aceptar tu realidad, Roberto es buen chico. Dale una oportunidad, así como tu madre me la dio a mí.

Pasaron dos días. Roberto me escribió un mensaje para vernos. Fui a la cafetería donde trabajaba y le dije que no estaba preparada para un

compromiso de matrimonio, no creía que fuera lo mejor. Él comprendió mi negativa y me ofreció seguir conociéndonos. Acepté.

Roberto comenzó a acompañarme a todos lados. Se paraba afuera del bar donde trabajaba y me acompañaba a casa. Me sentía protegida. Me convenció de dejar el bar porque era peligroso salir de noche y, además, estaba muy lejos. Donde él trabajaba el salario era poco, comparado con el bar, pero estaríamos juntos, él ya le había dado referencias de mí al dueño y con mi experiencia en vinos me aceptarían de inmediato. Le di la razón y renuncié al bar. El restaurante quedaba cerca de su casa y decía que era mejor que me quedara con él para evitar ir hasta la casa de mi madre que estaba al otro lado de la ciudad. Comencé a quedarme solo unos cuantos días en su casa hasta que accedí a quedarme toda la semana y solo ir a ver a mi madre y a Román los fines de semana. Es lo mejor para nosotros, decía. A ellos les caía muy bien Roberto, era encantador. Román y él se dedicaban a reparar el coche antiguo que mi padrastro guardaba en la cochera. Pocas veces me dejaron ayudarlos, a pesar de que les decía que yo sabía arreglar autos. Mi madre estaba fascinada con las recetas de café y postres que Roberto nos preparaba todos los sábados. Siempre que nos preguntaban cuando nos casaríamos, él contestaba que cuando yo estuviera lista. No hay prisa. Nirvana aún tiene miedo, aquel cabrón la dejó muy dañada, decía. Mi madre y Román se reían, le daban la razón.

La alerta suena. “Ramón 4 minutos”. Llego a la ubicación y me espera una chica vestida de pants y tenis. La escucho sollozar mientras escribe en su teléfono. Le ofrezco un pañuelo desechable. Su destino es cerca de la Zona militar, será un viaje largo. No me atrevo a platicar con ella hasta que me pregunta si tengo novio. Contestó: Estoy soltera,

y sonrió a través del retrovisor. Mira a la ventana y sigue llorando. De pronto comienza a decirme que acaba de discutir con sus padres y Ramón es el único que la entiende. Le pidió el Uber para ir a su casa y platicar.

—¿Alguna vez sentiste que tu pareja no es lo que tú esperabas, pero es la única persona que se interesa por ti?

—No te aferres a alguien solo porque piensas que es lo único que mereces —le contesto y ella comienza a contarme por lo que ha pasado.

Yo también me di cuenta de lo mismo con Roberto. Al final de ese año, él había conseguido asociarse con un amigo y poner una cafetería. Mi madre y Román estaban orgullosos de él. Ves, no es un conformista como tu pensabas. Tal vez no será el marido que yo hubiera querido que tuvieras, pero, es un buen hombre y tú todavía sigues dudando en casarte con él. Anímate a reconstruir tu vida, me dijo mi madre aquella tarde en la que Roberto nos anunció su nuevo proyecto. Yo seguía sin amarlo, lo quería mucho, tenía detalles conmigo, pero sentía que había algo en Roberto y su forma de controlar mis acciones que me hacía desconfiar. A veces me asfixiaba, cuando salía con alguna amiga o con Ángel me escribía todo el día para saber lo que hacía y algunas veces fue a recogerme al lugar en donde estuviéramos, aunque yo me tardara horas en salir y me regañaba por hacerlo esperar.

Una noche, cuando llegamos a casa, le conté la idea de comprarme un coche. Él montó en cólera. Y tú para qué quieres un carro, preguntó, si yo puedo llevarte y traerte como siempre. Le dije que lo necesitaba para ir a ver a mi madre y a Román porque tenía más de dos meses que no los veíamos. Él se disculpaba con ellos diciendo que tenía muchísimo trabajo con la próxima apertura del negocio nuevo. Era mentira, pasábamos el fin de semana en casa, viendo películas que

él siempre escogía o recorríamos cafeterías y restaurantes para que él pudiera criticar cada detalle. Esa noche comenzó a reclamarme que no lo apoyaba lo suficiente.

—Ni siquiera sé cuánto ganas, deberías aportar para el negocio y no en boberías como esas, pero claro, como yo no soy aquel que te daba cualquier capricho que quisieras, a mí no me consideras —dijo azotando los puños de las manos en la mesa del comedor.

Traté de explicarle que no era desconsiderada sino precavida. No lo entendió. Salió de la casa y me dejó encerrada.

Mi pasajera ha hablado todo el camino, varias veces me preguntaba algo y ella se contesta justificando sus acciones. Para mí está claro, por el soliloquio que he escuchado, no va a dejar a su novio. Seguirá enfrentándose con sus padres hasta que pueda salir de su casa, planea enamorarse de Ramón y tiene todo calculado para conseguir dinero mientras termina de estudiar la carrera de Diseño de Interiores. Me parece tan extraño que las mujeres no miremos el panorama completo, nos justifiquemos para sentirnos felices con una decisión y nos conformemos con menos de lo que merecemos.

Quince minutos antes de llegar a su destino me pregunta si puede cambiarse de ropa en el coche. Asiento con la cabeza y comienza a quitarse la blusa, se coloca un vestido corto de flores lilas y saca su bolsa de maquillaje. Me impresiona su habilidad para transformarse. Hace diez minutos sus ojos lloraban y su ropa holgada no dejaba ver su estilizado cuerpo. Llegamos a su destino y la veo bajar del auto convertida en una mujer decidida. Aunque para mí no sea la mejor opción la que ha elegido, pienso que a veces, una transformación tan solo viene de una pequeña decisión. Como aquella noche en la que hui de casa de Roberto.

Después de dos largas horas en las que permanecí encerrada, le hablé a mi madre, luego a Román, ninguno contestó. Se me hizo extraño, luego pensé en que ambos me habrían aconsejado perdonarlo y estaba segura que les llamaría para hacerme entrar en razón. Contacté a mi amigo Ángel. Sal de ahí, Nirv, dijo. Le dije que no podía, me había encerrado y no tenía forma de escapar. Voy para allá, dijo mi amigo. Sentí miedo de que Roberto se apareciera antes y no me dejara salir.

Ángel llegó una hora después, con dos amigos, y forzaron la cerradura. Me llevó a su casa y de inmediato me reporté enferma.

El milagrito y una mesa de billar

Recibo una llamada de Estrella, la chica de la marcha. Me pregunta si pude hablar con mi amiga sobre su madre. Aún no, contesto. Ella insiste en que si Vanessa habla con su mamá podrían ayudarse. Le digo que haré todo lo posible. Estrella me oculta algo, lo intuía, aunque tal vez lo único que quiere es que su madre se lance a contar su historia, debe ser muy difícil vivir su situación. Sé que Vane es la mejor opción para ella, siempre sabe qué decirle para conectar con las personas, en eso mi amiga es muy astuta. Para mí es difícil volver a hablar con Vanessa, además ella no me ha llamado. Solo recibo noticias de ella por lo que me cuenta Elena, su abogada y los audios que me envía.

Sé, por Elena, que Vane sigue tratando de conseguir algún testimonio y que Julián Montalvo sigue instigándola. Llamo a Raquel, la policía, creo que ella podría darme el valor para hablar con Vane, aunque no sé por dónde empezar. Raquel me dice que nos veamos por la tarde.

Me conecto a Uber. *“Ernesto 4 minutos. Mr. Rockero, Pub bar”*. Ese fue el bar donde trabajé con mi amigo Ángel. Se sube una pareja y comienzan a platicar sobre sus planes juntos. Se toman de la mano y se dan un par de besos. Puedo ver la confianza que se tienen y lo enamorados que se sienten. En verdad espero que les vaya bien juntos y que jamás vivan algo como lo que le viví con Roberto. Ese lugar me trae malos recuerdos.

Después de haber salido de la casa de Roberto, Ángel me refugió en su departamento. Pasaron tres días en los que Ángel y yo nos pusimos

al corriente en nuestras vidas. Me ofreció trabajo en el bar. Entré con miedo al bar. Miraba a todos lados esperando que Roberto estuviera en alguna calle o esquina. Por un momento pensé que hubiera ido a buscarme. Toda la semana me mantuve en alerta, no podía dormir, estaba aterrorizada.

Una noche yo estaba limpiando las mesas al lado de la mesa de billar. Vi a tres chavos entrar, les dije con cortesía que fueran abajo. Los tres me rodearon. La banda de rock tocaba en el patio, había mucho ruido. De pronto oí un chiflido. Me quedé inmóvil a ver a Roberto, se acercó a mí e intentó besarme, yo me alejé y les dije que si no querían problemas me dejaran en paz. Todos se rieron. Roberto hizo una pose defendiéndose como si trajera un arma o algo parecido. Con las manos arriba y una sonrisa cínica.

—Solo quiero hablar contigo, nada más. Estamos tranquilos.

Estaba por terminar la canción de la banda. Me alejé un poco de ellos. Tenía que llamar la atención de algún mesero o de Ángel que estaba abajo. Tenía miedo de que en ese momento me hicieran algo. Arrojé varias botellas de cerveza y una cubeta metálica al piso. Grité lo más fuerte que pude, ¡Fuego! ¡Ayuda! Tomé la boquilla rota de una botella y corrí hacia las escaleras. Los amigos de Roberto se dispersaron y dos meseros subieron corriendo. Le llamaron a Ángel quien saltó la barra y llegó de inmediato para abrazarme. Le conté lo sucedido. Ángel dijo que lo mejor sería ir a ponerle una orden de restricción en la fiscalía. Yo no quería más problemas.

Después de aquel incidente, comenzaron a llegarme mensajes por whatsapp de diferentes números, era Roberto. Usó más de diez números diferentes tratando de contactarme. Estaba cansada de su acoso. Ángel comenzó a cuidarme en extremo. Estábamos alerta todo el tiempo. Tam-

bién me escribía en redes sociales, comentaba mis publicaciones. Bloquéé mis redes y cambié todas mis cuentas. Ángel me defendía, siempre con cortesía, evitando problemas.

Mi madre y su esposo Román me habían llamado varias veces, querían hacerme recapacitar. Primero fue mi mamá: Roberto la está pasando muy mal, Nirv. Por lo menos habla bien con él. Si quieres lo citamos aquí en la casa, Román está de acuerdo en que se vean. Yo no sé de dónde sacaste tanta agresividad, tú no eras así. Luego fue Román: Solo queremos lo mejor para ti. No exageres las cosas, él es un buen muchacho. Les decía que sí, muchas gracias, lo pensaría. Finalmente era mi decisión. No quería pelear con ellos. Ellos vivían una realidad opuesta a la mía, por un momento pensé si mi madre permitiría que Román la encerrara o la obligara a hacer cosas que no deseaba. Ángel me dijo algo muy cierto.

—Si tu madre no genera ingresos, está pagando el precio por su comodidad. No todos estamos dispuestos a pagar el precio.

Una noche salí con una amiga al cine, era temprano, si acaso las ocho de la noche. No quise que se molestara en dar una vuelta para entrar al edificio de la casa de Ángel y me dejó a dos cuadras de la casa. Avancé despacio, mirando la luna y disfrutando la calidez de la noche. Por un momento creí que alguien me estaba siguiendo, no pude ver a nadie. Pensé que estaba exagerando. Afuera del edificio vi estacionado un auto, prendió las luces y lo vi. Era Roberto. Llamé de inmediato a mi amigo. Me quedé parada a unos cuantos pasos de la entrada del edificio. Me corazón se aceleraba. Él se acercaba, lo oí decir: *Hola, muñeca. Te extrañé*. Lo que ocurrió después fue muy rápido. Ángel salió del edificio y le asestó un puñetazo en la mandíbula. Roberto lo empujó y forcejearon en el asfalto. Yo grité pidiendo ayuda, toqué todos los timbres de los de-

partamentos. No sé cuánto tiempo pasó. Román, el esposo de mi madre, bajó del auto y trató de acercarse a mí. Salió un vecino y les pidió que se calmaran. Escuché las torretas de una patrulla y corrí hacia un policía. Él me jaló hacia atrás mientras su compañero gritaba pidiendo calma. Me subieron a la patrulla. Vi cómo un policía inmovilizaba a Roberto en el piso y el otro sometía a mi amigo Ángel contra la patrulla. Nos llevaron al ministerio público. Me interrogaron por varias horas, les expliqué lo que había hecho Roberto. Defendí a mi amigo. Exigí levantar cargos hacia Roberto. El policía alzó la mirada y dijo: *A ti no te hizo nada. No hay pruebas de abuso contra ti.* Le enseñé los mensajes que me enviaba desde varios números. Esto es acoso, dije. Miró el celular y terminó diciendo:

— Eso no es prueba, ni amenaza, aquí solo dice que quiere verte. En buen plan. Hasta se ve preocupado por ti — me levanté de la silla y pregunté a dónde llevaron a mi amigo Ángel.

Pasé toda la madrugada esperando noticias. Eran pasadas de 5 de la mañana cuando vi salir a mi amigo con el labio roto y varios golpes en el cuerpo.

— Perdóname, en serio no pensé que fuera a pasar algo así — él me abrazó.

— Siempre estaré para ti, perris. Tu pinche exnovio quedó peor. A ver si aprendes a no juntarte con neandertales.

Llegamos al destino de mis pasajeros. Me despido deseándoles que se diviertan. Termino el viaje y me dirijo al billar por ciudad universitaria donde quedé de ver a Raquel.

Raquel me esperaba con una cerveza y había apartado la mesa. Ella es buenísima en el juego. Toma el taco con una maestría inmejorable. Yo apenas recuerdo cómo acomodar las bolas en el triángulo.

Al final de la tarde, después de contarle lo que pasó el día de la marcha, Raquel me dice:

En el billar, como en la vida, uno va analizando sus jugadas, midiendo ángulos, intentado ganar, pero a veces no todo depende de ti. Si la bola blanca choca con otra, hay que aprovechar el impacto. Tú decides. Puedes ser la blanca que le da impulso a las demás o ser cualquiera de las otras. Solo hay que cuidar a la negra, si entra en la buchaca, el juego acaba.

Nos despedimos y le digo que haré un último viaje antes de ir a casa. Ella me dice que me cuide y yo le digo que tengo todo controlado.

Le escribo a Elena. Necesito ver a Vanessa. Le digo a grandes rasgos sobre Estrella y su madre. Creo que podría ayudar a la causa de la denuncia. Elena me cuestiona si estoy lista para perdonar a Vane. Después de la marcha todo cambió, le digo. Entendí que si queremos un cambio en nuestras vidas y las de otras, debemos hacer lo posible para generarlo. Además, extraño mucho a mi amiga, gracias a ella he entendido nuestro valor como mujeres. Elena contesta: Ya era hora que se perdonaran. Le hablaré a Vanessa y me regresará la llamada.

Me conecto a la plataforma en lo que espero su respuesta. Hago varios viajes, llevo a una chica a casa de su novio, varios encargos de entregas, lo usual. En el tiempo que he manejado en la plataforma me ha tocado llevar celulares, cajas, regalos, paquetes, llaves a algún olvidadizo, la ropa de la tintorería, herramientas, un casco de motocicleta, arreglos florales, comida, libros, piezas de decoración, cuadros, mochilas para el gimnasio o la escuela, maletas y lo más extraño e inusual fue cuando un usuario me pidió que regresara porque dejó una servilleta con el teléfono de una chica que conoció en el antro.

Elena me cita en “El milagrito” un restaurante atrás de Los Sapos, también citó a Vanessa. El lugar está ubicado en una casa de

fachada muy antigua. Las paredes están llenas de objetos viejos, discos de acetato, carteles de anuncios publicitarios de los 50's, lámparas de metal oxidado, máquinas de coser y consolas de radio convertidas en mesas y frases motivacionales escritas en las paredes con luces de neón. Del techo cuelgan plantas y gotas de vidrio soplado. Los sillones, sillas y mesas se ven antiquísimos; los pintaron de colores pastel y los forros y cojines tienen tapiz de flores. A mí me gusta este sitio, siento que es regresarle la vida a un lugar que se creía abandonado.

Al fondo miro a la abogada. Ella toma café y escribe en la computadora, alza la mirada y me saluda extendiendo el brazo. Me siento frente a ella y cierra su laptop. Pido un café americano. Me informa sobre los avances en la denuncia. Es una mujer seria, inexpresiva y precisa al hablar. Le cuento sobre Estrella, ella me mira por encima de los lentes, incrédula. Ni yo misma me la creo. Estoy segura que Vane estará muy emocionada.

Veo llegar a Vanessa. Sonríe a la abogada y se sienta. La saludo. Ella se concentra en hablar sobre las historias de las enfermeras, la abogada escucha atenta, escribe notas en su libreta, hace preguntas, dos o tres veces se acomoda los lentes y mueve los labios dudando.

—Te propongo una demanda colectiva al corporativo del hospital —dice Elena.

—No será fácil. Necesitamos una líder lo suficientemente efectiva para controlar a todas.

—Vanessa, conocí a una chica, su madre es jefa de enfermeras. Ella puede ayudarte —es lo primero que he dicho desde que llegó.

Quisiera poder leer sus pensamientos. Vane sigue en silencio. Mira su café. No reconocí esta faceta en ella, tan callada, dudosa.

Les cuento a ambas lo que me ocurrió en la marcha. La casualidad, lo que he entendido a lo largo de este tiempo y le pido una disculpa a Vanessa. Siento que he hablado demasiado. Espero a que alguna diga algo. Muevo las piernas, le doy vuelta a mi café con una cuchara. Ambas me miran.

Elena mira su celular. La pantalla se ilumina. Observa con detenimiento a Vanessa espera ver alguna reacción. Vanessa aprieta los labios.

—Piensa en lo de la denuncia y me avisas. Yo veré si mis amigas abogadas me apoyan. Suerte —se levanta y nos deja el dinero para pagar su cuenta.

—Tengo una tía en la Ciudad de México —dice Vane y pide otro café—. Se llama Érika. Fui a verla. Me hizo recordar aquellos meses, antes de regresar a Puebla, donde creí que no podría salir adelante yo sola.

—La neta si me dio un chingo de miedo. Lamento haberte dicho que estabas sola. No lo estás. Yo estoy contigo.

—Lo sé. Yo también. Además, el cabrón me manda mensajes de números desconocidos —toma un poco de café. Yo le tomo la mano— ¡Te extrañé! Creo que Elena no es tan buena para escuchar mis audios, no toma vino tinto y es muy estirada.

—Creí que no ibas a volver a hablarme

—Pensé que ya me habías olvidado

Nos reímos. Pasamos toda la tarde hablando. Nos pedimos perdón miles de veces y me cuenta sobre su estancia en la Ciudad de México. Le digo que tengo una nueva amiga que es policía y quiere conocerla. Llamamos a Estrella. Vane pone el altavoz. La chica nos cita en el Museo de Santa Mónica, ahí estará su madre. Nos abrazamos y la llevo a su casa.

Un convento y un cajero automático

Lucrecia, la madre de Estrella, es bajita, con el cabello corto y ojos claros, como los de su hija. Su voz es autoritaria, como todas las jefas de enfermeras, dice Vane. Pienso que nos habíamos visto antes, tal vez en una guardia o una práctica, no estoy segura.

Nos dijo Estrella que varias enfermeras del Hospital San Alejandro, donde ella trabaja, le contaron sobre ella.

—Si tuviste los suficientes ovarios para enfrentar al poderosísimo Julián Montalvo ya es ganancia. Hace muchos años, no había manera de hablar sobre esas barbaridades a un hombre como él —admira la pintura de Santa Mónica, y pone sus manos en la espalda.

Le pregunta a Vane cuáles son sus planes y si está consciente de los riesgos a los que se enfrentará.

—Solo quiero hacer lo correcto —dijo mientras admiramos junto a ella la entrada a las tumbas de las religiosas y la fosa común.

—Mi abuela me contó, hace muchos años, que a este convento llegaban las mujeres de clase alta que habían sido desfloradas —ríe sarcástica—, antes del matrimonio. Decía que este lugar y la casa de las recogidas, a unas cuantas cuerdas de aquí, eran el refugio de mujeres abusadas por hombres lascivos. Caían en desgracia y para evitar las humillaciones de la sociedad las recluían en este templo o en aquella casa que algunos niegan que existiera para esos fines. Muchas de las que llegaban aquí, que habían quedado embarazadas, criaban a sus hijos en

estas paredes. Claro, los que lograban sobrevivir —avanza unos pasos hacia una estrecha escalera de piedra que conduce a un oscuro agujero que parece un sepulcro—, ahí están los restos de aquellos que no tuvieron la dicha de nacer.

—Sabe que lo hago por justicia, ¿verdad? —dijo mientras la miramos caminar despacio hacia una vitrina. La seguimos.

—¿Puedes imaginar el dolor y sufrimiento que vivieron estas mujeres? —observa el cingulo, un pequeño látigo con púas y una corona de espinas.

Permanecemos calladas un rato y ella mira su reloj. Nos interroga sobre nuestra situación actual, si tenemos pareja, hijos y si hemos pensado en la posibilidad de que los abogados de Montalvo la llamen para llegar un acuerdo económico. Vane contesta con firmeza a cada pregunta. Ella hace gestos que no puedo descifrar. Vuelve a mirar su reloj. Se le hace tarde para llegar a su trabajo. Me ofrezco a llevarla. Lucrecia prefiere que la deje cerca del hospital y llegar caminando.

Subimos al auto. Ella se sube en el asiento del copiloto, Vane atrás. Lucrecia le dice a mi amiga que le gusta que tenga una abogada ayudándole en el caso. Le digo, mientras rebaso a un camión de carga, que todas debemos apoyarnos.

—Estando unidas seremos más fuertes —dice Vane. Ella asiente, no dice una palabra hasta que estamos a punto de llegar a donde me pidió que la dejara.

—Hace mucho que no creo en eso de la justicia, pero veremos. Cuídense —me da una palmada en la pierna y baja del auto. Esta cita nos dejó con muchas dudas. Manejo sin rumbo. Vane piensa en cada respuesta que dio y en los posibles errores que pudo haber cometido al hablar con Lucrecia. Solo queda esperar.

Dejo a Vane en casa de un paciente y me conecto de nuevo a la plataforma.

Suena la alerta. “*Genaro 3 minutos*” Me estaciono frente a una puerta blanca y observo salir a un hombre que viste una chamarra negra de cuero y el cabello recogido.

—Buenas tardes. Iniciamos tu viaje. ¿Tienes alguna ruta especial o sigo el GPS?

—Me da igual, por donde sea.

Estos usuarios me caen muy bien. Te dejan conducir sin ordenarte rutas y no se quejan del tráfico. Genaro parece indiferente a la música, revisa el celular y se ríe.

Su chamarra y la pequeña coleta que cuelga detrás de su espalda es igual a la de Darío, el novio de Vanessa con el que vivió en Ciudad de México.

Lo conoció en la boda de su prima, tenía una chamarra negra de cuero y, en esa ocasión, llevaba el cabello recogido. No hablaba con nadie, estaba recargado en el barandal de la terraza fumando y con una cerveza en mano. Ella lo miraba desde la mesa mientras sus primos platicaban sobre fútbol. Se acercó despacio a preguntarle si era la hija de la amiga de su mamá. Su mirada profunda no dejaba de analizarla.

Se sentó junto a ella, sin decir nada. Su primo empezó a interrogarlo y él contestaba lo indispensable. Una canción hizo que todos se levantaran a bailar, ellos se quedaron a platicar, Vane intuyó que era un hombre interesante. Empezó a hablar sobre cómo las fiestas los obligaban a socializar con las personas para no sentirse solos. Vane se rio y refutó su comentario diciendo que el hombre es un ser social por naturaleza, eso nos distingue de los animales. Además, nos hace ser empáticos y buenas personas. Negó con la cabeza y me corrigió: El hombre es bueno por naturaleza, la sociedad lo corrompe.

Iniciaron una plática filosófica demasiado intensa para una fiesta. Hablaron de libros, criticaron autores, analizaron las danzas cadenciosas y los rituales de seducción que veían en los invitados.

Se rieron de los borrachos y de sus esposas, de los hombres que intentaban tirar al novio en la víbora de la mar y de las mujeres que se abalanzaron sin piedad por el ramo.

Cuando llegó el mariachi, él pidió la canción “Sabes una cosa” se puso serio y la cantó para ella. Se enamoró de su forma de pensar y de los versos que recitó. Esa noche no pudo dormir, pensando en él.

El tráfico está en hora pico y el periférico está cerrado por obras. Comienzo a hablar del clima, tratando de entablar una conversación con Genaro, mi pasajero, en lo que recorreremos los siete kilómetros que restan hasta llegar a Cholula. Él contesta por cortesía; me pide que nos dirijamos al Starbucks de la entrada de San Andrés, y lo deje ahí para evitar una vuelta innecesaria.

Comienza a llover. Una nueva alerta me reclama. “Sandra a 5 minutos”. Conduzco mirando a las personas que corren de prisa tratando de resguardarse de la lluvia incipiente. Llego al punto indicado y no encuentro a mi usuaria. ¡Detesto cuando no ponen bien la ubicación! Recibo una llamada avisándome que están bajo el techo de un local más adelante.

Una chava y su novio se suben al auto; iniciamos el viaje.

Sandra me da indicaciones del rumbo a seguir y yo la refuto diciendo que por esa zona hay mucho tráfico. Se niega a la ruta que le propuse y yo obedezco sin cuestionar. Los miro por el retrovisor sin hablarles. La chica se recuesta en su hombro; él la abraza y le da un beso. Le ofrece su chamarra para quitarle el frío; suelta un par de palabras tiernas, ella le sonrío.

Mis pasajeros están platicando sobre sus proyectos a futuro, igual que Darío y Vane, cuando estaban juntos. Tenían tantos objetivos por cumplir y todos se fueron perdiendo a lo largo del camino y los años.

Su primera cita fue en Coyoacán. Quedaron de verse en El jarocho, una de las cafeterías más conocidas de Coyoacán. Ella sabía que era arquitecto, le habló de su trabajo, acababa de abrir una constructora pequeña, pero había sido complicado conseguir clientes. Caminaron abrazados entre la gente que paseaba en el parque. Le dijo que nunca había conocido a alguien como ella, le creyó sin dudarlo. Desde ese día la mente de Vane hacía miles de planes como si llevaran mucho tiempo de conocerse y se ilusionaba al pensar que un hombre como él se había fijado en ella.

Ha salido el sol y veo a la distancia un arcoíris. Sonríe y mi pasajera le señala a su novio por la ventana los colores que se han formado en el cielo. Rodeamos la fuente de la China Poblana, aquella mujer, según la versión, princesa hindú, esclava mongola o esposa de un asiático y a quien debemos la indumentaria más icónica de las mujeres mexicanas del siglo XVII.

Avanzamos hacia el viejo barrio del Alto y llegamos a su destino. Una casa de fachada antigua y destrozada por el paso de los años y los temblores. El chico abre la puerta y le da la mano a su novia para salir del auto. Los veo salir, abrazados, caminando como si flotaran sobre la calle empedrada y desigual. No existe nadie más que ellos y su complicidad. Suspiro y me dirijo al centro.

Cerca de la iglesia de San Francisco, donde se resguarda el cuerpo incorrupto del Beato Sebastián de Aparicio, suena la alerta: “Laura 4 minutos” observo bajar por las escaleras de la explanada del templo a una joven que está hablando por teléfono. Su destino es el zócalo. Se escucha enojada. Ni siquiera me saluda al subirse y me pide bajar el volumen de la música.

Está peleando con su madre, da muchas explicaciones sobre su novio con el que va a irse a vivir. Yo conduzco tratando de que no se dé cuenta que estoy escuchando su conversación, pero es imposible con los gritos que da por el altavoz. Nos detuvimos en una calle cerrada y doy varias vueltas para redirigir el rumbo. Ella no está atenta al camino y puedo conducir sin que me cuestione por tomar atajos. Una manifestación se dirige al zócalo, yo intento salir lo más pronto posible de la zona antes de quedarnos varadas por horas esperando al último contingente.

Laura cuelga el teléfono y me ofrece una disculpa por no saludarme al iniciar el viaje.

Empieza a contarme el pleito con su madre y lo enamorada que está de su novio.

—Te entiendo, una amiga pasó por lo mismo.

—¿Y qué hago? Aconséjeme.

La chica tiene casi la misma edad que Vanessa cuando se mudó con Darío. Le digo que piense bien las cosas y decida con el corazón. Empecé a contarle sobre aquel día en que le habló a su madre para darle la noticia. Tenía tres semanas de haber llegado a la Ciudad de México y había logrado conseguir el trabajo en uno de los hospitales más exclusivos del país. Vivía con su tía en lo que conseguía estabilizarse.

Su madre se puso histérica, no le caía bien su nuevo novio a pesar de que era el hijo de una de sus grandes amigas. Decía que era un hombre más grande que ella, que la iba a lastimar. No la veía con alguien como él, Vane necesitaba un chavo de su edad, con las mismas aspiraciones y que vivieran las mismas etapas de la vida. Ella siempre quiso que saliera de su casa vestida de blanco, con la parafernalia de la pedida de mano, una gran boda con más de trescientos invitados y una luna de miel de

ensueño. Además, quería verla casada antes de pensar siquiera en irnos a vivir juntos. No le hizo caso.

Le colgó el teléfono diciendo que la dejara en paz, que ella ya se había realizado y Vane quería hacer realidad sus sueños. No se hablaron más.

Laura me escucha entretenida, mientras seguimos dando vueltas evitando el tráfico que se ha formado por la manifestación.

— Y... ¿valió la pena para tu amiga irse a vivir con él? — me pregunta, esperando un consejo que la ayude a solucionar su situación.

— Sí. No se arrepiente — contesto con una sonrisa.

Ella me devuelve el gesto. Piensa que su novio es lo mejor que le ha pasado en el mundo y está decidida a irse con él; me pregunta si Darío y Vane siguen juntos.

— No. Terminaron hace unos años — su cara se entristece y me pregunta si puede fumarse un cigarro mientras llegamos a su destino.

Las políticas de Uber no permiten fumar en el auto, pero me cae bien, además este será el último viaje que tome por tarde. Ella me ofrece un cigarro, abrimos las ventanas y me cuenta su historia con el novio; dice que es el mejor hombre que ha conocido, confía a ciegas en él y la quiere. Nunca la ha engañado y le prometió que en unos meses le compraría un carro para que no tuviera que andar sola en esta ciudad peligrosa para las mujeres.

— Él también le regaló un auto y la dejó decorar su departamento — se sorprende.

Cuando aceptaron a Vanessa para trabajar en el hospital, se fue a vivir con su tía. Darío pasaba por ella todos los días, la llevaba a trabajar antes de irse a la constructora y regresaba por ella. Vane tenía tantas ganas de decirle al mundo que por fin había encontrado el amor, le hacía mucho bien, cada día que pasaba confiaba más en él y le daba

tanta seguridad que sentía miedo; miedo a perderlo. Por primera vez en su vida quería con él lo que no había querido con otros. Quería cuidarlo, amarlo, hacer locuras juntos; lo quería con ella, para ella, tener un “nosotros” que de verdad significara “juntos por siempre”.

Iban al teatro, al cine, visitaban museos y exposiciones. Caminaban sin rumbo desentrañando los secretos de la ciudad y conociendo pequeños lugares con historias ocultas. Se dejó llevar por la pasión que sentía confiando que él también haría lo mismo, le entregó el corazón.

Una tarde fueron a tomar café en un pequeño local de La Condesa, le regaló una cajita gris.

—Volvería a nacer con una pasión violenta, que terminaría en una inexpresable pasión que siento hacia tí —dijo, recitando el poema de Jonathan Swift a quien se le atribuye la creación de su nombre: Vanessa. Siempre admiró la capacidad que tenía de encontrar los detalles más insignificantes y hacerlos mágicos.

Pensó que era una pulsera; se sorprendió al ver unas llaves. Eran la promesa de una vida juntos. Todos esos juramentos resultaron simples ilusiones banales.

Dejo a mi pasajera a unas cuantas cuadras del zócalo, es imposible pasar. Terminamos el viaje. Ella me agradeció los consejos.

—Has sido de las mejores conductoras que me han tocado. Ojalá nos veamos pronto.

Me deja un buen comentario en la plataforma. Me dirijo a mi casa serpenteando entre las calles aledañas al zócalo, aunque sé que es buen momento para tomar pasajeros ubicarlos me hará dar mil vueltas. Me dirijo hacia otro rumbo.

La alerta suena “Doña Socorrito” 4 minutos. Una mujer mayor, con

bastón en mano, se acerca a la puerta. Me bajo del auto y le ayudo a subir. Ella me agradece y con lentitud se desplaza en el asiento del copiloto.

De inmediato comienza a decirme que no sabe usar el celular, la persona que le ayuda en los quehaceres le ayudó a descargar la aplicación y no ha podido quitar el prefijo de “doña” de su nombre de usuario.

—Me llamo Socorro, el calificativo “doña” me molesta. ¿Sí sabes cómo llegar a plaza dorada, sin dar tantas vueltas? ¿Verdad? Mi marido, que Dios lo tenga en su santa gloria, siempre se perdía por las calles —suelto una carcajada y ella sigue seria. Creo que no le gustó que me burlara, pensé que era una broma.

Me estaciono y le pido su celular para cambiar el nombre de usuario por Socorro, sin apelativos. Ella me agradece tomándose con sus dos manos y dándome una palmadita.

—Me puedes hacer un favor. ¿Podrías ayudarme a sacar dinero del cajero? Hoy es lunes, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. Alzo las cejas y abro los ojos, no puedo creer que esa mujer no sepa cómo usar un cajero automático y además que confíe en una desconocida para algo así.

—Claro que sí, yo le ayudo — digo con una sonrisa.

Llegamos a la plaza y me estaciono. Acompaño a Socorro hasta el cajero y después de dos intentos de colocar la contraseña al fin podemos acceder a su cuenta. Con calma, trato de explicarle cómo funciona el cajero y todo lo que puede hacer. Es un poco despistada, entrecierra los ojos para ver la pantalla y se rasca la cabeza varias veces. Este aparato dice que estamos en 2018 y no es cierto, exclama, estamos en el año 2008, lo vi en el periódico esta mañana. El hombre que está junto a nosotras la mira con extrañeza, yo sonrío avergonzada. Su saldo en la pantalla

marca seis cifras. Pienso en los peligros a los que podría enfrentarse si otra persona se entera de esa cifra y le aconsejo que es mejor que solo ella haga los trámites.

R ealizamos varias veces las operaciones bancarias sencillas, tengo la esperanza de que recuerde como hacerlo por ella misma.

—Es que mi marido siempre me daba todo, yo no necesitaba hacer nada de esto, hasta que falleció. No tengo a nadie más.

Cuando Vane vivía con Darío era igual. Al entrar a trabajar al hospital le pidieron una cuenta bancaria, Darío la acompañó a recursos humanos y les dijo que le depositaran a él su salario. Ella accedió sin cuestionar. Él decía que el dinero era para los dos y que no se preocupara de los engorrosos trámites bancarios y de los impuestos. Yo me encargo, dijo con una sonrisa. A las dos semanas de vivir juntos le dio dos tarjetas de crédito y el coche de sus sueños. Podía comprar ropa, zapatos, bolsas, joyas. Gastaba miles de pesos en lentes de sol, accesorios exclusivos y restaurantes. Tenía la casa soñada, esa que su madre hubiera querido, espaciosa, cinco recámaras, un comedor para diez, una sala donde cabría dos veces su habitación actual, obras de arte en las paredes, esculturas modernas, gimnasio y roof garden. Darío viajaba al extranjero muy seguido, por negocios, decía. Siempre que regresaba le traía algún souvenir carísimo acompañando de una pulsera, unos aretes o un reloj italiano.

Cuando terminaron se dio cuenta que en realidad nada de lo que tenía con Darío le pertenecía, ni siquiera él. Reflexionó en cómo las mujeres nos dejamos controlar por nuestras parejas sin darnos cuenta. Darío recibía el salario de Vanessa en su cuenta, así que hasta después de dos meses de filas interminables en el banco y trámites administrativos del hospital pudo recibir su sueldo. Nunca se preocupó de cuanto ganaba porque simplemente

nada le hacía falta. Todo lo que necesitaba él se lo concedía.

Su tía Erika le dijo, antes de irse a vivir con Darío, *“El dinero que ganes es tuyo. Nunca le digas cuánto ganas, eso te dará libertad”*. Obviamente desestimó los consejos de su tía que nunca se había casado, no tenía una pareja estable y vivía sola en una casa de tres habitaciones que había comprado hacía varios años. Vanessa era feliz en pareja, no podía entender a su tía que trabajaba como valuadora en el Monte de Piedad, tenía tres perros, dos gatos y un perico. Le impresionaba cómo siempre tenía dinero para irse de vacaciones largas temporadas y cuando regresaba a casa admiraba su pared tapizada de recuerdos y fotos de los países que había visitado. Tal vez Socorro y yo debemos aprenderle más a la tía de Vanessa.

Regreso a Socorro a su casa y me pide mi número de teléfono.
—Por si necesito que me lledes luego.

Asentí con la cabeza y guardé mi número en sus contactos.

Por desesperada que esté en este momento jamás haría algo que pudiera dañarla. Pienso en las mujeres que por desconocimiento o por necesidad, como Socorro, se exponen a situaciones de riesgo.

Velas aromáticas y un video viral

Estrella me envió un video de un reportaje que realizó una periodista en la Ciudad de México sobre las acusaciones de acoso y abuso sexual que vivieron algunas deportistas, actrices y otras personas del medio del espectáculo. Me impacta ver el valor que tienen para denunciar esos temas ante una pantalla. El video y los comentarios en Twitter se han replicado con una velocidad impresionante. Estrella dice que debemos hacer un comentario sobre lo que le pasó y me pide convencer a las demás de escribir sus historias. Le digo que me dé tiempo, tengo que preguntarle a Vane, no quisiera dar un paso en falso. Primero debemos hablar con la abogada e investigar. Siento el enojo de Estrella. A ella le parece sencillo, colocar el comentario y ver cómo se comporta en las redes. Es más complejo, hay que pensar en todas las posibilidades, le digo en un mensaje y no me contesta de vuelta. Le escribo de inmediato a Vane y a Elena. Nos veremos por la noche así que me conecto de nuevo a la plataforma.

Cerca de la avenida Juárez vuelvo a conectarme a Uber. La pantalla se ilumina: “Sara a 7 minutos”. Dudo por un momento en aceptar el viaje; estoy muy lejos y quizás me cancele antes de llegar. Aun así, lo acepto y me dirijo a la ubicación.

Una mujer de unos treinta y tantos años, con una mascada gris y lentes oscuros, se sube en el asiento del copiloto. Me da risa su vestimenta, parece que quiere esconderse de sus fans. Inicio el viaje; no tiene destino asignado.

—Esperaremos a que salga mi marido. Lo vamos a perseguir.

No sé qué contestar. Volteo a verla, intrigada. Ella está mirando la cochera de su casa.

El portón gris se abre y sale un auto color rojo quemado.

—Síguelo, sin que nos vea —se cubre un poco con la mascada.

Sara habla por teléfono con una amiga; sospechaba esa infidelidad desde hace un tiempo y cree que lo va a encontrar con su amante. Memorizo las placas y sigo el auto rojo por las calles tratando de ser lo más discreta posible. Debo evitar que el hombre se dé cuenta que lo estamos persiguiendo. Me tiemblan un poco las manos. Nunca creí que las personas de verdad siguieran a los maridos infieles, parece una escena de una película. La mujer sigue hablando con su amiga sobre hacerle un escándalo al marido al verlo con su amante quien supone es la secretaria. Esta mujer parece que ha visto muchas novelas en la televisión. Subimos por el cerro de la Paz hasta una calle con un camellón. El coche rojo da vuelta a la izquierda y yo me quedo estacionada en la esquina. Se abre un gran portón negro y el auto entra a la cochera. Apago mi carro y espero las instrucciones de la mujer. Sara cuelga el teléfono y guarda silencio. Yo temo decirle algo. Los minutos avanzan. La mujer se quita los lentes y observo las lágrimas correr por sus mejillas. Se lleva las manos a la cara. Después de todo lo que había hablado con su amiga yo esperaba que en verdad se bajara del auto y le armara un escándalo. No lo hace, se queda sentada junto a mí.

—No puedo creerlo. Le puso casa a su amante —solloza.

—Tranquila. ¿Quieres que te lleve a tu casa? ¿O con una amiga?

—Sara llora sin decir palabra.

Su llanto me hizo recordar a Vane, que sintió que el mundo se me

venía abajo la noche en que su exnovio le fue infiel, creo que mi pasajera siente lo mismo.

Antes de que Vane y Darío se mudaran al enorme departamento, estaba decidido a ser sincero con ella y empezó a contarle sobre su última relación. Había vivido con una chica por once largos años, no tuvieron hijos. A su exnovia le habían ofrecido un mejor trabajo en Guadalajara y él no quería irse. Acababa de abrir la constructora, no podía dejar el negocio, había invertido mucho dinero y aún no lo recuperaba. Ella se fue por un tiempo y lo esperó. Darío se negó y terminaron la relación. Le preguntó a Vane si aun sabiendo eso se iría con él. No lo pensó y se fueron a vivir juntos.

Una noche, Vanessa llegó a la casa con la cena. Abrió la puerta del departamento y se encontró a su novio con su expareja. La canción de White Snake “Is this love” resonaba en las bocinas de la sala. Él le había dedicado esa canción una noche antes de mudarse a ese departamento. En ese instante sintió que aquellos versos no eran tan especiales como creyó.

Su expareja reía descarada, frente a él, con una copa de vino en mano. Él se levantó de la silla y le ayudó con las charolas de sushi que traía para cenar.

—Te presento a Aurora—dijo Darío después de darle un beso en la mejilla.

Vanessa tendió la mano hacia la mujer y ella la miró de arriba abajo. Sin contestar el saludo siguió hablando sobre su jefe y sus compañeros de trabajo. Vane miró en la mesa una botella de vino vacía y otra a la mitad, los residuos de unos camarones, un bol de ensalada y los restos de una pasta. Darío la invitó a sentarse a su lado y platicaron un momento. Vane no podía creer que esa mujer estuviera en su casa y que él no le diera una explicación. Aurora seguía hablando, movía sus manos de uñas largas y se reía altanera. Él la escuchaba divertido y Vanessa no podía

fingir su desagrado hacia ella. Se disculpó diciendo que estaba cansada y se levantó de la silla. Darío la jaló del brazo y le pidió que se quedara otro rato.

Ella se negó. En todo el tiempo que llevaban juntos nunca lo había visto actuar tan raro. Caminó hacia la habitación. Él corrió detrás de ella. ¿Qué te pasa?, sabes que Aurora es mi amiga, dijo extrañado. La mujer parecía indiferente a ellos y se veía las uñas, esperando que regresaran a la mesa. Él se puso frente a la puerta del cuarto tratando de evitar que Vane entrara. Le pidió que la dejara pasar y giró la perilla. La cama estaba deshecha, las velas aromáticas colocadas en el buró y el tocador iluminaban el cuarto.

—Son unos cínicos —dijo Vane riéndose—, no tuvieron ni para el motel. Suéltame.

Ello empujó y salió de la casa. Azotó la puerta y bajó corriendo las escaleras. El estacionamiento del condominio estaba solitario y oscuro. Ella sólo quería irse de ahí.

Salió a la calle. Se sentó a llorar en la banqueta, quería sacar ese intenso coraje que se estaba acumulando en su pecho. Creyó que iba a bajar a buscarle, pero no lo hizo. Se sintió como una idiota por haber querido medir sus sentimientos, no se puede saber cuánto te quiere alguien y ese era el problema, creyó que él sentía lo mismo que ella. Pasó más de una hora; caminó hasta la estación del metro y se subió al primer vagón que llegó. Eran las once de la noche, estaba sola, en la enorme Ciudad de México y no sabía a donde ir.

Imagino que Sara, mi pasajera, siente lo mismo que Vane sintió aquella noche.

—Vamos a mi casa —dice Sara secándose las lágrimas. En el camino

se va quitando la mascada y los lentes. Baja la cabeza, mira su reflejo tenue en los lentes oscuros y comienza a limpiarlos con delicadeza. Me cuenta la historia con su marido; tenían diez años de casados y dos pequeños niños uno de siete años y una nena que acababa de cumplir tres. Suspira y me agradece por haberla llevado a buscar al patán de su esposo. Si le hubiera tocado un hombre como chofer se hubiera sentido juzgada por él.

Yo le digo que no se preocupe, para eso estoy. A veces solo escuchar a las personas es más útil que dar un consejo mal encausado. Imagino la soledad inmensa que sentirá en los próximos días, las lecciones se aprenden, pero duelen en lo profundo del pecho, los cambios que vienen y las largas ausencias, el no poder hablar con nadie de esto por orgullo, ese que te tragas ante los demás para no sentirte vulnerable. Llegamos a su casa, finalizo el viaje. Sara vuelve a agradecerme haberla acompañado en esta difícil situación.

Se soltó un aguacero espantoso. La ciudad será un caos debido a la lluvia. El mapa de la ciudad se prende en la pantalla anunciando viajes más frecuentes y con una tarifa más elevada.

Suena la alerta “Samantha a 4 minutos, Hotel P”. Me dirijo hacia el cerro de la Paz para recoger a mi usuario. ¡Detesto las calles empinadas, sinuosas y resbalosas de esta colonia! Llego al hotel que está casi en la cima del cerro y veo a mi pasajera. Su destino es la central de autobuses CAPU. Samantha me cuenta que vino al congreso y se va para la Ciudad de México donde radica. Le pregunto si le gusta vivir en la gran urbe.

—Es un monstruo enorme. Siempre tienes que estar en alerta y las distancias son insufribles. Nada como la tranquilidad de provincia.

Recordé que lo mismo me dijo Vanessa. Para ella era una excursión diaria llegar al trabajo. Tomaba el metro, transbordaba dos veces, subía

al metro bus y abordaba otro camión para llegar al hospital. Después del trueno con Darío llegó a casa de su tía. Esa noche entró a la casa. Cargaba la mochila en el hombro con su uniforme de enfermera, la cartera con siete tarjetas de crédito inservibles, dos billetes y cuatro monedas, una chamarra carísima y las ilusiones rotas. Su tía la recibió en bata de noche, tranquilizó a los perros, que habían ladrado en cuanto escucharon la cerradura, le dio un abrazo y una caricia suave en la cabeza. No hizo preguntas. Le preparó un té y suspiró. Se sentía como una estúpida. No le importaba nada. Por las noches, en la inmensa soledad de su cama pensaba en él. Lloraba por su ausencia, intentaba olvidarlo; anhelaba que esas lágrimas le dieran fuerza, le hicieran sentir más segura, menos vulnerable. Entregó tanto en tan poco tiempo, había salido muy lastimada.

Comenzó a tomar turnos dobles en el trabajo y se quedaba atendiendo hasta el último paciente. Las horas en el transporte público la ayudaban a llegar tarde y evitaba a su tía. Lo único que quería era olvidar. Se negaba a decirle lo que había pasado con su exnovio. Se aparecía en la casa solo para dormir y se iba muy temprano a trabajar. No quería causar lástima.

Pasaron más de seis meses desde la última vez que vio a Darío. Vanessa decía: La ciudad de México había cambiado, perdió su color, su atractivo, era grisácea, rutinaria, triste, como un monstruo que te engulle en ella y te atrapa sin poder salir. El traslado al hospital era desgastante todos los días, los lugares que transitaba me recordaban a Darío y la inercia de la rutina me hacía sentir como una rata que se sube a una rueda, se mueve sin sentido en la búsqueda de algo que no sabe lo que es y ni siquiera puede nombrar.

El sueldo que ganaba era inestable, me pagaban por honorarios

y nunca sabía cuánto iba a cobrar cada mes. Hubo un recorte de personal en el hospital y tenía que hacer el trabajo de dos personas por el salario de una. Nos bajaron las comisiones y las responsabilidades aumentaban. Yo quería salir de casa de mi tía, independizarme, tener un departamento. El dinero no alcanzaba para eso.

Después de unos meses, su madre volvió a hablarle solo para anunciarle que su tía Eugenia había muerto y le había dejado su casa dúplex. Le ofreció regresar a Puebla a vivir en esa casa. Su tía Erika se había ido a un crucero por Alaska, cuando regresó le agradeció todo lo que había hecho por ella en esos meses. En la ciudad de México no había nada que la atara y no tenía ganas de quedarse. Renunció a lo que algunas enfermeras consideraban el mejor trabajo y regresó a Puebla.

Su madre le pidió asilo en esa casa, en la parte de abajo, para aminsonar sus gastos. Hasta ese momento supo que había perdido el trabajo en la inmobiliaria y estaba buscando nuevas oportunidades. Dos semanas después, Vane consiguió trabajo en el hospital Angelópolis. Las cosas cambiaron; volvió a sonreír y tuvo ganas de conocer gente de nuevo.

Llegamos a la terminal de autobuses y me estaciono para que mi pasajera pueda bajarse. Los taxistas me miran con recelo. La plataforma les ha quitado mucho trabajo en estos últimos meses, sé por los comentarios en el chat de las chicas que el sindicato de taxistas está planeando una gran manifestación y exigen la regulación de la plataforma. Las chicas dicen que andemos con cuidado por la zona, los rumores cuentan que los taxistas han golpeado los cristales de los conductores de Uber y otros incidentes.

Regreso a casa. Decido desconectarme de la plataforma, al menos hasta estar lejos de la terminal de autobuses. Hago unos cuantos viajes hasta la noche. En el último viaje antes de llegar a la cita con Vane y Elena

recibo una alerta.

Amanda 4 minutos. Restaurante: La casa del Mendrugo. Es un restaurante-museo en una casa antigua del centro histórico que renovaron hace poco tiempo. Mi pasajera llama para decirme que le llevaré un pedido para una cena. Son tres charolas: una con un lomo embuchado y dos de canapés. Me pide que las cuide mucho. Claro, con gusto, contesto. Bajo del auto y espero en la barra el pedido.

En el escenario del patio, una soprano, parada junto al piano, comienza a cantar una canción: Júrame, de María Grever. La cantante es alta, esbelta, con un rostro prístino. Me impacta su gallardía, mueve las manos con elegancia y delicadeza.

Recordé una de las últimas veces que estuve en casa de Vanessa. Tomábamos vino tinto, como siempre, y comenzamos a poner canciones románticas. Todavía lo puedo recordar aquella noche, me dijo. Darío y ella cantaban a todo pulmón en el auditorio nacional. Darío había comprado entradas en primera fila para el concierto de Luis Miguel, su artista favorito, días antes de que Vane lo encontrara en su casa con Aurora. Él la tomaba de las manos y sus ojos profundos la miraban mientras Luis Miguel cantaba: *Júrame. No importa lo que pase. Júrame, Vanessa, vanidosa, que, aunque pase mucho tiempo, nunca olvidarás el momento en que yo te conocí. Quiéreme hasta la locura, le gritó besando sus manos que se entrelazaban a las de él.*

Esa noche en casa de Vanessa me dijo que hacía unos meses recibió un audio de un número desconocido. Al escucharlo sonaba esta misma canción, se oía el ruido de fondo como en este restaurante. El chasqueo de las copas, el sonido de los cubiertos y el rumor de los comensales. Pudo escuchar, al fondo, la voz de Darío.

Tres días después volvió a recibir un mensaje. Esta vez había mandado un audio con la canción de La barca, interpretada por Luis Miguel. En sus líneas dice: *“cuando la luz del sol se esté apagando y te sientas cansada de vagar, piensa que yo por ti estaré esperando, hasta que tú decidas regresar”*.

—Jamás imaginé que después de tantos años, aún me doliera. Tengo ganas de llorar, revivir ese pasado luminoso una y otra vez. Aferrarme a la seguridad de sus brazos, de sus caricias y de los versos que juraban amor. Pensó en escribirle. Reclamarle su infidelidad, y el hacerla sentir que no valía nada si lo perdía. Quitó la canción y nos sirvió más vino.

— No tiene caso. Recuerdo a mi tía Erika una noche en la que me atreví a decirle que tenía unas ganas inmensas de regresar con él. Me dijo: Volver a él es una trampa de la melancolía. Nada será igual, te lo aseguro. No regreses, guarda en tu memoria lo mejor que viviste con él, pero no regreses. Avanza. Algún día te valorará ese pelafustán.

Esa noche la animé a escribirle un mensaje de despedida. Tenía que liberarlo.

Le escribió: *“Hoy decido, aunque me estés esperando, no regresar.”* Y bloqueó su número.

El mesero, en la barra, me avisa que el pedido está listo. Entre tres meseros me ayudan a subir la comida a mi coche y me dan las buenas noches. Les agradezco y sonrío. Llego a casa de mi pasajera y me desconecto de la plataforma.

Llego a casa de Vanessa. Elena me está esperando, dice que solo quiere saber si tenemos el apoyo de Lucrecia. Le cuento sobre la propuesta de Estrella. Ella mueve la cabeza de un lado a otro negando o afirmando mientras yo justifico los pros y contras de escribir el post.

Guardo silencio en espera de su aprobación o rechazo.

—¿Por qué creen que los comentarios de artistas y gente de los medios ha tenido ese impacto?

Alzamos los hombros.

—Ellas, a diferencia de cualquiera de nosotras, tiene el apoyo de muchas personas; de su gremio. Eso se consigue, a mi parecer, siendo visible ante los otros. Necesitamos a Lucrecia.

—Claro —dice Vanessa—, ahora lo entiendo. Somos invisibles. Nuestra profesión ha sido relegada a ser las asistentes de los doctores. La mayoría de las personas agradecen al doctor por curarlas, pocos aprecian lo que hacemos, es la costumbre de vivir a la sombra de alguien más.

—Me tengo que ir —dice Elena. Sobre el twitter tenemos que estar seguras de tener la cantidad considerable de comentarios o al menos que otras mujeres tengan la valentía de anunciar su situación. Eso te toca a ti, Vanessa. Suerte.

Más tarde, Raquel me escribe si estoy desocupada. Le digo a Vane si puede venir para que la conozca.

—Yo encantada, solo tenemos que ir por más vino —dice Vanessa mostrándome la botella vacía.

Un grupo unido y un Chile en Nogada

Hablé con Estrella esta mañana, le pedí reunirnos en el café donde nos conocimos, frente a catedral. La abogada quiere explicarles cómo se harán los trámites de la demanda colectiva, les adelanto. Elena, Vanessa y yo llegamos a la cafetería temprano. Vimos subir las escaleras a Lucrecia y Estrella, atrás de ellas venía la chica que nos contó sobre el acoso que había sufrido por parte de los doctores. Paulina es chiquita, muy delgada, con la piel clara y ojos expresivos, se maquilla demasiado las pestañas y usa cola de caballo.

Lucrecia miró de arriba abajo a Elena y comenzó a decirle que estaba dudando sobre la demanda. Leyó que si alguna persona desiste, el caso se pierde. Paulina tiene miedo a las represalias. Pregunta si podrá seguir trabajando en el hospital mientras transcurren los trámites. La abogada escucha con atención, sin desviar la mirada, de frente. Nos habla sobre las dificultades de generar un grupo unido y las ocasiones en que no han prosperado. Después nos explica las bondades de generar una demanda colectiva: es más barato y genera mucha presión en las empresas. Tiene una amiga, experta en corporaciones que está dispuesta a darnos asesoría al respecto.

—Estamos en el mejor momento para hacer esto posible — dice Elena mientras toma un sorbo de café.

—Nuestra estrategia es generar la demanda y de inmediato co-

locar el comentario en twitter. Si logramos visibilidad podemos invitar a otras a sumarse —dice Vane mirando a Lucrecia.

—Eso, hija, es lo que me da miedo. No estamos acostumbradas a trabajar en unión, cuesta mucho que se alineen a los objetivos. Se nos puede salir de las manos. Y no es por pesimista, así nos educaron. Además, lo mío es diferente. Yo no puedo demandar después de tantos años y ni me van a creer.

—El valor de usted es lo que nos mantendrá unidas. Después de escuchar lo que le pasó, saber que está de nuestro lado es lo más importante —dijo Paulina, le tomó la mano—, si usted nos apoya nosotras lo sacamos, ¿o no, Vane? —asiente con la cabeza.

—Bueno pues —dijo Lucrecia—. Tenemos doce confirmadas y seguras. A ustedes les toca hacer los trámites.

Por primera vez, desde que conocí a Elena, veo en su rostro una sonrisa. Lucrecia se levanta junto con Estrella quien se despide de mí con un abrazo. Elena se levanta y habla con Lucrecia sobre su situación. Le ofrece ayuda para exigir la pensión alimenticia para su hija. Paulina, Vane y yo nos ponemos a platicar de la estrategia a seguir. Después de un rato nos despedimos y ponemos fecha para la siguiente reunión. Antes de irme me acerco al barandal, miro la imponente catedral, las rejas verdosas, los ángeles custodios de ese recinto. Pienso en cada una de las enfermeras, las historias compartidas y los sueños rotos. Todavía tenemos camino por recorrer. En este balcón siento, de nuevo, que la victoria está cerca. Aun no podemos subir a una torre a festejar. Tenemos mucho por hacer.

Me dirijo a la central de autobuses. La alerta suena: “*viaje largo, Raúl 7 minutos*”. El hombre alto y con cuerpo atlético sube con facilidad una enorme maleta a la cajuela y me pide que en el asiento del copiloto

coloque una maleta deportiva. Es que yo bajaré antes, dice. Entra al auto una joven de cabello ondulado y rojizo. Ambos platican y se besan. Vienen de Puerto Vallarta donde pasaron siete días de vacaciones. Él me indica que pasaremos a dejarlo a su casa y me va guiando hacia la dirección. Llegamos al destino. Él baja la maleta y ella sale del auto para despedirse. Se dan un largo beso. Ella sube de nuevo y nos dirigimos al destino marcado. El celular de ella suena y comienza a hablar.

—Hola, mi amor... Sí. Me desvié a casa de mi abuela para dejarle las cosas que me encargó de Guadalajara. Ya voy para allá. El congreso estuvo muy aburrido —sonríe y corta la llamada.

Me impresiona su cinismo. Recordé que ella le decía Richard al hombre con el que subió al auto. Entiendo que se fue a Puerto Vallarta con Richard, el amante. Al llegar a Puebla, Raúl el que creo es su novio o esposo le pidió el Uber y ella fue a dejar a Richard, el amante a su casa, mientras Raúl la espera en casa. Asumo que su novio/esposo cree que la abuela vive en la casa a la cual ingresó Richard, el amante. Tal vez son demasiadas deducciones o alucinaciones más.

Poco antes de llegar a su destino ella me dice:

—¿Escuchaste la llamada?

—No, para nada. —ella se ríe.

—Me caes bien por discreta. ¿Sabes? A veces siento que hago mal al ocultarle a Raúl que ando con otro. Es que mi esposo me aburre y no quiero dejarlo. Richard es divertido y encantador, pero no le gusta el compromiso. Con mi esposo tengo estabilidad, una buena vida y mi futuro asegurado. ¿Ves esta pulsera de diamantes? —dijo moviendo su muñeca en medio de los dos asientos delanteros— Me la dio él, cosa que jamás me daría Richard. Él es pura diversión y desfogue. ¿Alguna vez

haz sentido que necesitas más emoción en la vida? Ellos hacen lo mismo y nadie los juzga. Es tiempo de que nosotras hagamos lo mismo, claro, con más discreción.

Me río.

—Un hombre puede mentir, engañar, buscar otras parejas y divertirse sin ser juzgado por sus actos. Un hombre que tiene varias mujeres es muy listo, una mujer en la misma situación es una prostituta, una infiel, una loca perdida y otros tantos calificativos hirientes que ellos no reciben.

Llegamos a su destino y ella se despide. Veo a su esposo Raúl afuera de su casa, cargando a una pequeña que abre los brazos para recibir a su mamá.

Ella me hizo recordar cuando mi madre sufrió el engaño de Román. A mediados de agosto fui con Ángel un restaurante donde venden los mejores chiles en nogada de Puebla. Todos los poblanos decimos: los mejores chiles son los que hacen en casa. Ángel no tenía contacto con su familia, yo no había aprendido a hacerlos y mi madre estaba enojada conmigo.

No había hablado con ella después de los reclamos que recibí por teléfono. Román y ella estaban indignados por haber permitido que mi amigo golpeará a Roberto. Se sentían avergonzados de mis acciones y reprobaban mi relación de amistad con Ángel. Roberto estuvo en los separos dos días hasta que Román consiguió dinero para la fianza. No podía creer que lo hubieran apoyado de esa manera.

Al llegar al restaurante vi a mi madre con una amiga. Se me hizo extraño que Román no estuviera con ella, no solía salir de casa sin él. Me acerqué a saludarla, solo porque Ángel me lo pidió. Creí que mi madre iba a negarme el saludo. Se levantó y me dio un abrazo. Le pregunté por él y su rostro se entristeció. No quise indagar más frente a su amiga y al mío. Me dijo que después hablábamos.

Al terminar la comida, mi madre me escribió un mensaje. *Nos vemos en el café de enfrente. Tengo que decirte lo que pasó.*

Despedí a mi amigo y me senté en la cafetería. Mi madre me tomó de las manos y comenzó a llorar. Hacía mucho tiempo que no la veía así. A mi mente llegaron los recuerdos de sus llantos nocturnos, las carencias, las dificultades para conseguir un trabajo seguro y la inseguridad que sentíamos. En ese momento supe que Román la había engañado.

Una tarde su esposo llegó emocionado diciéndole que se iba a ir a un Congreso muy importante en Monterrey, era una semana todo pagado, pero no podía llevarla. Mi madre se sentía orgullosa, pensaba que estaba avanzando en su carrera y lo fue a despedir al aeropuerto. No tuvo contacto con él esa semana ni la siguiente. Estaba preocupada. No contestaba el teléfono ni los mensajes. Pensó lo peor, fue a la fiscalía y lo reportó como persona desaparecida. Le pidieron esperar. Decidió ir a su oficina a preguntar por él. Una de sus compañeras le dijo que Román se había ido de vacaciones, no sabía sobre el famoso congreso. Dos días después llegó a su casa un abogado diciendo que tenía un mes para desalojar la casa. Le enseñó los papeles de una hipoteca vencida. Trató de contactarlo, fue inútil. Ante la presión de los abogados, instigándola por teléfono y tocando en su puerta casi a diario, le habló a mi tía de Guadalajara. Le prestó dinero para salirse de la casa y una madrugada sacó las pocas cosas de valor que tenía. Se mudó a un departamento pequeño al sur de la ciudad, en el infonavit de Agua Santa.

Román era una buena persona y nos apoyó en momentos difíciles. Era increíble saber que quien la había protegido, le había dado estabilidad y la amaba, o al menos eso creía fuera capaz de hacer algo así. Mi tía le insistió varias veces que se fuera a vivir con ella. Mi madre no quiso.

Mejor sola que mal acompañada, dijo. Como yo no tuve hermanas, no puedo entender esos rencores pasados ni dar opiniones, sus razones tendrán. Hasta ahí terminó mi conversación con mi madre. No pudo pedirme asilo, no le caía bien Ángel. Yo sentía que había algo más en esta historia. No me creí ese cuento de que él fuera a dejar su trabajo y su casa así de pronto. Le hablé a mi tía. Siempre ha sido claridosa al hablar. Me contó que, en realidad, Román se había ido de vacaciones con una compañera del trabajo. Llevaban más de dos años saliendo. Lo del abogado y las llamadas fue puro cuento, me dijo. Román le pidió a un amigo que instigara a tu madre hasta lograr que se fuera de la casa y poder regresar con su nueva novia. *El cabrón no tuvo los huevos para enfrentarse a tu madre, continuó mi tía, todo esto se lo contaron unas compañeras de trabajo que odiaban a su nueva novia. Ya le dije a tu madre que lo demande, pero ya sabes... es muy bruta. Nunca me hace caso.*

La alerta suena: “*Fabiola, 4 minutos*”. Mi pasajera me espera afuera de una casa con dos maletas. Me bajo del auto y subo sus maletas. Tiene los ojos rojos de tanto llorar y cuando se quita el pañuelo desechable de la cara veo su labio inferior con una herida.

Le pregunto si necesita que la lleve con un doctor y se niega.

—Soy una bruta, en serio. No debí quedarme. Yo sabía que esto iba a pasar.

Le doy consuelo y le pregunto si quiere hablar de lo que ocurrió. A veces sirve decir las cosas que duelen. Ella empieza a contarme sobre los golpes que le daba su marido. Por eso salió huyendo de la casa.

Un comentario en *Twitter* y un tráiler

La alerta suena “*Rogelio, 3 minutos*”. Velatorios Valle de los Ángeles. Me estaciono en doble fila y pongo las intermitentes. Sube un hombre con traje negro. No contesta el saludo y me pide que apague la música y guarde silencio. Pienso que para él será difícil despedir a un ser querido. Lo mismo me pasó a mí cuando vi en el ataúd a mi último novio. Raúl. Seis meses después de la trifulca en el edificio por culpa de Roberto, mi amigo llegó a casa con una gran noticia. Le habían ofrecido trabajo como bartender en Playa del Carmen, era una gran oportunidad para él. Estaba muy emocionado. Era lo que siempre había querido. No podía creerlo. Me dijo que no quería dejarme sola. Negué con la cabeza. *Es tu sueño y debes seguirlo. No te preocupes por mí. Prometo cuidarme yo solita, dije.*

Seguí trabajando en el bar y Ángel me dio chance de quedarme en el departamento hasta que consiguiera algo más económico, ni de chiste podría pagar yo sola ese lugar. Conocí a Raúl afuera del bar. Era temprano, yo iba llegando al turno. Él tenía su carro estacionado con el cofre abierto. Me acerqué para ver si le ayudaba en algo porque estaba estorbando el paso en la puerta de servicio. Le arreglé el carro en menos de veinte minutos. Era algo simple, una de las bujías estaba desconectada. Se sorprendió por mi habilidad para reparar su auto.

— ¿Eres mecánica o qué?

— He aprendido lo necesario. Y sé muchas cosas que no te enseñan en la universidad. Tuve buenos maestros.

— Una morra tan bonita como tú, no debería estar enfurecida con la vida.

Le pregunté cómo sabía que estaba enojada si no me conocía y me pidió una cita para conocernos mejor. Me negué. Yo necesitaba más dinero para cambiarme de casa, además no estaba lista para enamorarme de nuevo. Fue muy insistente, se paraba todos los días afuera del bar hasta que accedí a una cita. Me enamoró en un instante. Cenas románticas, el cine, las flores, los besos, las caricias. La relación iba lenta, yo con miles de precauciones. Me contó que estaba terminando la carrera de relaciones exteriores y que iba a poner un negocio de tráileres con su amigo Pablo. Meses después llegó al bar con una propuesta para mí. Él había sacado un préstamo grande para sacar el tráiler a crédito, ya que tenía casi todo el dinero para comprar un tráiler. Pablo le dijo que si sacaba a crédito un coche y lo ponía a trabajar en la plataforma de Uber el carro se pagaba solo, solo tenían que conseguir un buen chofer y claro, conseguir el crédito. Raúl no podía obtener otro crédito, así que me pidió que lo hiciera por él. Traté de disuadirlo, ya tenía un negocio no había razón para inmiscuirse en otra deuda. Raúl era aguerrido, tenía muchas ganas de triunfar rápido y a lo grande, decía.

Aun no sé por qué acepté su propuesta, creo que había planeado todo a la perfección con tal de conseguir esa firma. Un mes después me acompañó a la agencia. El *spark* color negro tenía un moño gigante y estaba listo para las andadas. Raúl me dijo: *ese auto simboliza un nuevo inicio, el primer escalón a la independencia. Ya verás cómo nos irá increíble.*

Todo iba muy bien. Raúl contrató al chofer y pagaba las mensualidades a tiempo. Por varias semanas él me daba dinero. Decía que el auto estaba ganando muy bien. Y yo le creía.

Lo que no creí fue lo que ocurrió después.

Una tarde se despidió de mí, iba a hacer el último viaje en tráiler

con su amigo. La ruta era ir hasta Sonora y de regreso. En cuanto volvieran el tráiler sería suyo y ya no tendría que manejarlo.

Jamás imaginé su cuerpo deshecho y casi irreconocible. Pablo no se dignó en aparecerse en el velorio de su amigo, él iba manejando y no calculó bien las curvas de la carretera.

Aquella tarde, frente al ataúd de Raúl, escuchaba los gritos y gemidos de su madre. Trataba de ignorar el ruido, contemplaba su cuerpo, sus manos, sus labios que habían jurado que todo iba a cambiar, íbamos a tener éxito. Los lloriqueos de su madre me hicieron sentir ridícula; preferí contener el llanto antes de ser el espectáculo de los pocos amigos y familiares que llegaron al velorio. Esa rechoncha señora no sabía que yo era su novia. Me quedé en la banca del velatorio con el corazón roto y la incertidumbre de una deuda. Los planes que había hecho con Raúl se quedaron en ese ataúd, en esa urna que se llevó su madre sin poderme despedir.

El chofer se desentendió del acuerdo con Raúl y me dejó el carro. Traté de conseguir otro chofer. Tuve dos malas experiencias con choferes que no entregaban la cuenta y no cuidaban el carro, después de dos meses y varias mensualidades vencidas dejé el bar y me dediqué a conducir.

El trabajo de Uber me dio esa libertad que no había sentido, podía trabajar el tiempo que quisiera y tener más tiempo. Meses después, al llegar a mi nuevo departamento, sentí por primera vez que decidía por mí.

Elena, la abogada, convocó a la reunión para firmar la demanda en una oficina del edificio Mirna en Avenida Juárez. Desde que la conozco nos habíamos visto en cafeterías o restaurantes, me intriga este cambio. Al llegar me cuenta que alquiló esta oficina solo por unas horas, es un coworking muy accesible. Juntar a dieciocho enfermeras para hacer una demanda colectiva lo amerita, sonrío.

Paulina ha hecho un trabajo excelente, tiene una capacidad de convencimiento que ya quisiera cualquier vendedor. A lo largo de la mañana van llegando las enfermeras, sin duda tienen la esperanza de lograr un acuerdo. Montalvo usó la misma técnica con todas. Ellas se identifican con Vane, también fueron despedidas y boletinadas. Ahora trabajan en otros rubros. Son maestras, comerciantes, vendedoras de mostrador, secretarias o se dedican al cuidado del hogar.

Después de firmar la denuncia Vane les dice que hoy subiremos el comentario a twitter, se les invita a que coloquen un comentario de apoyo para generar mayor impacto en redes. Todas aceptan.

A mediodía, Elena toma el expediente de la denuncia y nos pide acompañarla al juzgado. Paulina y yo subimos a mi auto en dirección a Ciudad Judicial. Vane va en el auto de la abogada. Vamos en silencio. Pienso en sus compañeras, en nuestras manos están sus esperanzas e ilusiones.

Al llegar al conglomerado de oficinas siento angustia, miedo. Miles de suposiciones se apoderan de mi mente. Los tacones de Elena retumban en las baldosas de los juzgados. Después de casi una hora de esperar, la abogada sale victoriosa mostrándonos el documento de recepción de la demanda. Sonríe, sonreímos. Vane le da un abrazo con tanta efusividad que le tira los lentes al piso.

— Lo hicimos, por fin —dice Paulina.

Subimos al auto, llamo a Lucrecia. No contesta. Paulina me tranquiliza diciendo que tal vez está atendiendo un asunto urgente. Me dirijo a “El Milagrito” donde quedamos de vernos para colocar el comentario. Estuvimos esperando a Lucrecia más de una hora. Los mensajes no le llegaban al celular. Elena tenía un compromiso y se retiró. Paulina y Vanessa toman la computadora.

Tenía que hacerse cuanto antes. Vane escribe el comentario iniciando con el hashtag *#MeTooMx #MeTooMedicosMexicanos*

Termina de escribir el comentario y le tiemblan las manos. Paulina, a su lado, la abraza. Ella es pura luz, me encanta su determinación. Ahora ella toma la computadora y comienza a escribir su comentario, mismo hashtag. Denuncia al doctor que intentó violarla y a Julián. También escribe debajo de mi comentario como apoyo y refrendando la acusación de Montalvo. Mientras tanto, desde mi celular, le envío a Estrella el link para que comparta la publicación. Tampoco contesta los mensajes. Es raro que ninguna de las dos me escriba. Son más de las seis de la tarde, comienza atardecer. Me despido de Paulina.

Un *hashtag* viral y una bodega vacía

El comentario en twitter se viralizó mucho más de lo que hubiéramos pensado. En dos días ha logrado más de mil visitas, trescientos comentarios solidarios y más de seiscientas reacciones. Paulina nos cuenta que en el hospital no dejan de murmurar en los pasillos. Se siente insegura y preocupada, lo escucho en su voz. Aunque ninguno de los doctores o superiores se ha acercado a ella, sigue nerviosa. Piensa que la van a correr de inmediato, sin avisarle, sin liquidación ni derecho a defenderse. Elena le dijo que era ilegal proceder de esa manera, pero sigue culpándose por escribir esas acusaciones. Elena le pregunta a Vanessa si había recibido alguna llamada de Julián Montalvo.

—Tenemos que prepararnos. Si te llama me avisas. Estamos en esto juntas. No puede contactarte sola.

—No. Pero me preocupa que Lucrecia y Estrella no aparecen. Han pasado dos días. ¿Crees que tenga que ir a su casa? —digo. Elena duda un momento.

—Hay que estar tranquilas, no creo que les haya pasado nada. Ya aparecerán.

Tal vez estoy exagerando. Escribo un mensaje a Raquel, tengo miedo de que algo malo les haya ocurrido. Le pido investigar.

Me conecto a Uber. “*Diana 7 minutos*”. Llego al destino y veo varias cajas apiladas afuera de un portón gris. La mujer me saluda alzando la mano. Me estaciono. Una niña sale de la casa jalando un perrito chihuahua.

—¿Hay problema si subo al perro? —dice la mujer.

—Sin problema, súbanse.

La madre toma a la niña del brazo y la ayuda a subir al auto. La pequeña carga al perro en sus piernas y lo acaricia mientras la mujer comienza a subir cajas y más cajas a mi carro.

—Perdón, la mudanza cobra muy caro. La nueva casa está a unas cuantas cuadras de aquí. Haremos varios viajes.

Yo asiento y avanzamos. Diana comienza a relatar lo nerviosa que está de abandonar esa casa. Era necesario. Su exmarido ya no le da suficiente dinero y los gastos la tienen ahorcada. No puede conseguir un trabajo de tiempo completo, debe cuidar a la pequeña Susy de seis años.

Ayudé a Diana a subir y bajar maletas, tupperts, cacerolas, lámparas, juguetes, una mesa plegable, cajas de todos tamaños y retratos familiares. La pequeña permaneció en el auto durante las cuatro vueltas que recorrimos de casa a casa. Yo estaba sorprendida de aquella niña tan paciente y comprensiva. En ningún momento la oí quejarse, le ofrecí agua y dulces. Me agradeció con una sonrisa. Lo único que me pidió fue reproducir miles de veces su canción favorita de Lola, el *muppet* rosa. *Es una lindura*, dice Diana, *es feliz cuidando a "Chispitas" y viendo videos*. En el último viaje mi pasajera me da unos cuantos billetes, yo los rechazo. *Necesitas el dinero más que yo*, le digo. Ella me agradece con un abrazo efusivo. Me despido de ellas y les deseo suerte. Ayudarlas a mudarse a una nueva casa me hace reflexionar en la relación con mi madre. Aquel día que llegó a mi casa, después de la discusión con su pareja, le pregunté por qué no me había dicho nada sobre sus problemas. Ella tenía miedo de que la juzgara por haber fracasado por tercera vez en una relación. *Yo he fracasado más*, le dije. No lo entendió. Ese día me confesó que se había

casado en él. No podía creerlo. Ni siquiera me había considerado entre sus invitados a la boda. Dijo que yo la hubiera detenido y estaba demasiado enamorada como para escuchar mis amarguras sobre las relaciones.

—Tú no crees en el amor y tampoco tu tía. No les hubiera parecido bueno el casarme de nuevo.

Me quedé callada. Mi definición de amor era tan diferente a la de ella. Me hacía sentir patética e incompleta. Me contó que se había ido a vivir al departamento de él, para ahorrar. Debía recuperarse después de que Román, su segundo marido, la había dejado en la calle y no había encontrado un buen trabajo. Alejandro era su vecino de abajo, poco a poco se fue metiendo en su vida, la ayudaba y le daba dinero. Cuando la casera le dio a mi madre un ultimátum de pago, Alejandro le propuso irse a vivir con él. Ella quería estabilidad. Él le prometió pasar su vida juntos, quería una compañera, pasar sus días con alguien que lo comprendiera. Mi madre, cegada por la necesidad de no sentirse sola, cedió ante su propuesta. Dos meses después, fueron al registro civil y se casaron. Cuando la emoción pasó, mi madre se dio cuenta de la verdad sobre el hombre con el que compartía su vida. Varias veces le robó dinero, joyas para pagar las cuentas de juego. Se volvieron frecuentes las ocasiones en las que llegaba en estado de ebriedad, pidiendo perdón por ser tan ingrato y no poderle dar el estilo de vida que ella merecía. Gastaba el dinero en los casinos y la gota que derramó el vaso ocurrió una tarde en la que llegaron a su casa dos hombres con pistola buscando a su marido.

Alejandro les debía una cantidad increíble de dinero y querían cobrarlo a toda costa. Saquearon su casa sin que ella pudiera hacer nada. Antes de que las cosas se pusieran más difíciles decidió buscarme. No sabía qué hacer y se negaba a llamar de nuevo a mi tía, sabía que la cues-

tionaría. Esa tarde, después de acomodar los muebles, herencia de mi abuela, entendí que mi madre era como cualquier otra mujer. Puede cometer miles de errores, vivir de ilusiones y creer en fantasías románticas. Reacciona ante las necesidades de cariño y afecto. Busca la estabilidad, la compañía y trata de encontrar su propio camino. Fue educada pensando que su propósito en la vida está en función a los demás, sin pensar en sí misma. Por primera vez en muchos años, la miré como una mujer y no como mi madre. Las mujeres tenemos mucho que hacer. Romper estereotipos de género es mucho más difícil de lo que se cree.

Raquel me llama. Por el tono de su voz intuyo que algo malo está sucediendo. Me pide reunir a Paulina, Elena y Vanessa en un lugar seguro, dice y cuelga el teléfono. Manda una ubicación por WhatsApp y me pide que sea discreta. Solo ellas, nadie más. Lucrecia y Estrella están conmigo, no te preocupes.

De inmediato le marco a Vane y a Elena. Paulina tarda más tiempo en contestar.

Quedamos de vernos a las cuatro de la tarde en “El gallito”, el reloj antiguo más famoso de Puebla.

En el camino hacia la ubicación que me envió Raquel siento una presión en el estómago. No quiero especular. Elena me interroga sobre mi amiga policía. Quiere saber cómo la conocí y si es de confianza. Piensa que es una locura ir solas a un lugar desconocido.

—Es buena persona —dice Vanessa. Elena niega con la cabeza y entorna los ojos.

—Tú siempre tan confiada e ingenua.

Llegamos a la ubicación. El portón de una enorme fábrica en las afueras de la ciudad. Nos sentimos inquietas. Bajamos del auto y le aviso a Raquel.

Entramos a la bodega y seguimos a mi amiga policia. El lugar es enorme. Hay cortinas de plástico transparente, botes de pintura, herramientas, andamios y tubos. Los tacones de Elena resuenan en las paredes. Paulina se coloca junto a mí y me toma del brazo. Vane sigue de cerca a Raquel quien corre una cortina y observamos una enorme mesa y varias sillas metálicas.

—Creí que les había pasado algo malo—digo mirando a Lucrecia y Estrella.

—Siéntense—dice Lucrecia, con esa voz de mando tan característica.

Nos acercamos a la mesa. Hay varios documentos y folders. Un plano de la ciudad, marcando varios puntos.

Elena se sienta en la silla más alejada, cruza los brazos. Paulina, Vane y yo nos sentamos frente a Lucrecia y Estrella.

Raquel saca un cigarro, el humo se difumina en el vacío y comienza a hablar.

—Mi hermana era enfermera, como ustedes—dijo mirando a Paulina—, el cabrón hijo de puta de Julián Montalvo también abusó de ella. Pienso en Jazmín todos los días. En mi experiencia sé que no todas tienen la fuerza de superar una violación como ustedes. Jazmín se suicidó dos meses después de enterarse que estaba embarazada del viejito—da una calada al cigarro y continúa.

—No pudimos hacer nada. Ni mi madre, mi padre o yo nos dimos cuenta por lo que estaba pasando mi hermana. Entré a la corporación de policía con la firme intención de hacer justicia para ella.

—¿Por qué no denunciaron?—pregunta Elena.

—Nadie quería meterse en problemas, es un hombre poderoso—dice Lucrecia—, solo la loca de Vanessa tuvo las agallas.

—El día que nos conocimos, Vanessa, supe que eras la indicada.

Y todo gracias a Nirvana. Como dices, las casualidades no existen.

—¡Fuiste tú! —dije— La que nos sacó de la marcha y nos metió a la cafetería. Eras tú, ¿verdad?

—Tenía que encontrar alguna manera de que se conocieran, sobre todo después de su pelea.

—Cuéntales, hija —dijo Lucrecia.

—Anduve muchos años buscándole cualquier acto ilícito y vaya que le encontré cosas. Ni una sola denuncia, hasta que apareció la tuya, Vane —nos enseña un folder y se lo entrega a Elena, quien analiza el expediente y se sorprende de la investigación.

—Con esto y la denuncia colectiva tenemos para meterlo a la cárcel de por vida. Los periodistas tendrán de qué hablar por meses —dice Elena.

—No es suficiente. Tenemos que apretarle las tuercas a ese cabrón.

Raquel se levanta y descubre un pizarrón de corcho. Hay fotografías, documentos, notas y varios hilos que unen a Julián con una gran cantidad de personas.

—Ahora sí. Esto se va a poner bueno —saca su cajetilla y me ofrece un cigarro.

—Aquí esta muchacha tiene un plan muy interesante —dice Lucrecia.

El radio pasillo y tres minutos en pantalla

Esta mañana llamé a mi amigo Ángel. No puede creer que Vanessa haya salido en las noticias nacionales. La verdad no esperamos tanto apoyo, le digo. Ángel quiere saber con detalles lo ocurrido.

Todo comenzó con el ingreso de Estrella al hospital. Paulina y Lucrecia movieron sus contactos para hacerla parecer una pasante de enfermera. La prepararon en algunas cuestiones técnicas. No era necesario que tuviera grandes conocimientos, lo importante era que la voltearan a ver. Hizo un trabajo excelente aprendiendo de memoria los términos médicos. Mientras Estrella se hacía notar en el hospital, Raquel, Vane y yo comenzamos con los mensajes al celular de Julián.

Compramos varios celulares desechables, creamos cuentas falsas en *Twitter* y *Facebook*, nos dedicamos a perseguir a Julián por toda la ciudad, con ayuda de nuestras amigas de Uber, y enviamos mensajes a todos los conocidos del hospital.

Los empleados y amigos de Julián Montalvo empezaron a recibir información sobre sus impulsos sexuales, los actos ilícitos y aquellas supuestas denuncias en su contra.

Echamos a andar el radio pasillo. No había una sola persona que no hablara sobre Julián Montalvo y sus tendencias anómalas. El hombre se notaba cada vez más nervioso y paranoico. No hubo necesidad de ejercer ningún acto de violencia. Raquel y Paulina colocaron cámaras ocultas en las habitaciones del hospital donde sabíamos que iría a refugiarse.

Nos contaron que la esposa de Julián le reclamó sobre los mensajes que recibía a diario. Él, por supuesto, negaba todos los hechos. Se le notaba disperso y desmemoriado. Las primeras en renunciar fueron sus asistentes. Nadie quería acercarse a él, los supuestos amigos del club hablaban a sus espaldas y los socios estaban preocupados por el desprestigio al hospital.

Creíamos que con tantos mensajes él iba a ser más cuidadoso, lo subestimamos. Ingresó al hospital por una supuesta neumonía. Fue la oportunidad perfecta para Estrella. Entró a la habitación y le ofreció sus atenciones. Debo admitir que la actuación de ella fue magistral. Se acercó a él, dispuesta a exhibirlo. No pasaron ni tres minutos para que Julián se desnudara frente a ella. Con eso tuvimos. Sacamos fotos y un video, el cual fue compartido por WhatsApp a todos los contactos posibles. La opinión pública se volcó en comentarios de reproche y desconcierto.

El comentario de *twitter*, el video de Montalvo acosando a una pasante enfermera y las fotos fueron suficientes para crear una gran nota periodística. Ese fue nuestro mayor triunfo. Verlo en todas las pantallas. No pudimos meterlo a la cárcel, esposado y con una condena de por vida, nos conformamos con el desprestigio.

La demanda colectiva se liberará muy pronto. No había manera de pararla. Elena se volvió famosa. Nunca había pensado que ayudar a una desconocida, confiada e ingenua fuera a catapultar su carrera. Raquel ascendió a comandante y tiene su propia oficina. Lucrecia no permitió hacerle las pruebas de paternidad a Estrella, no quieren nada de él. Vanessa y Paulina prometen ayudarlas con el dinero que van a recibir, junto con las otras compañeras de la demanda.

Un edificio alto y un globo metálico

A mi padre le encantaba subir a las azoteas de los grandes edificios. Se hacía amigo de los veladores o de los guardias para que lo dejaran pasar. Cuando estaba hasta arriba, se colocaba en la orilla, abría los brazos y respiraba profundo. *Aquí somos libres, siente el viento en tu cara, inhala la vida, Nirvana.*

Hace mucho tiempo que perdí esa costumbre. Escuchar el silencio, el viento, sentir como el aire entra a los pulmones y admirar una gran vista hacia la ciudad.

Vanessa y yo nos dirigimos a la torre Adamant. Paso a comprar un café, unos cigarros y unos panquecitos para mi amigo el guardia de seguridad. Lo saludo y nos abre la puerta del elevador de servicio. Me siento en la cornisa con los pies colgando. Todo parece estar en sincronía. Las diminutas luces de la ciudad se van encendiendo simultáneas a la creciente noche. Los faros de los autos se mueven siguiendo el flujo de la avenida, como listones de luz atravesando el ondulado río de asfalto.

Respiro. Vane se sienta junto a mí.

—Pienso en la libertad, esa que no había experimentado jamás. A lo largo de mi vida me dejé llevar por las decisiones de otros. Caminaba a donde me decían y como ellos querían. Mi madre decidió por mi religión y la carrera. Mi padre había decidido irse, no ser parte de mi vida, apoyar y querer a otra familia. Ricardo se aprovechó de mi vulnerabilidad de adolescente y los sacerdotes de la escuela decidieron por mí en relación a mi futuro, al igual que el doctor en la carrera que me negó la posibilidad

de ser doctora. Darío impuso sus propias reglas sobre mí y yo flotaba guiada por él, sin decisión propia. Después de escribir el comentario en *twitter*, sentí por primera vez que decidía por mí.

Me dice que si en los próximos días abre la convocatoria para nuevo ingreso en la facultad de Medicina. Presentará de nuevo el examen y espera lo mejor. Esta vez sin miedo, con la firme convicción de ayudar a otros. Me pregunta cuáles son mis planes.

—Primero terminar de pagar mi carro y ayudar a mi madre a denunciar a su tercer marido —suelto una carcajada—. Después, aplicar para la escuela de Mecánica Automotriz siempre he querido tener un taller mecánico propio. Entre motores y autos siento que hago la diferencia.

Además, muchas mujeres buscan un mecánico honesto, responsable y que las entienda. Observo un globo metálico flotando con el viento. Salió de la nada. De seguro se le escapó a un niño despistado. Me levantó, trato de alcanzarlo. Está muy lejos. Quisiera tomar la cuerda y amarrarlo a la barandilla. No puedo. En este instante, me siento igual que ese globo flotando con las corrientes de la vida. No sé qué pasará en el futuro. No puedo controlarlo. Todo sigue siendo incierto. Recuerdo aquel papalote que mi padre soltó aquella tarde de verano. Ahora ya no me siento de papel, la vida me ha hecho fuerte, como este globo metálico que puede soportar los embates vigorosos del aire y seguir volando sin romperse. Hoy decido al igual que este globo, tomar las riendas de mi vida, seguir mi propia intuición y fluir con el viento.



El cuidado editorial de la presente versión digital de
“TRES MINUTOS. VIAJE LARGO”
De la colección
“CANASTA DE ESCRITORAS Y ESCRITORES POBLANOS”
Estuvo a cargo del
INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE PUEBLA

EJEMPLAR GRATUITO Y DE LIBRE DISTRIBUCIÓN



Carmen Monroy

Nació en la ciudad de México en 1986. Actualmente radica en la Ciudad de Puebla. Ha tomado talleres de creación literaria en la Escuela de Escritores “M” en Ciudad de México y en el Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla IMACP.

Ganadora del concurso Cuentos de Talavera. Mención honorífica en el XXI Concurso de Cuento “Mujeres en vida”, Homenaje a María Luisa Bombal, 2019.

Sus minificciones forman parte del proyecto *Memorias sonoras de Puebla*. Su cuento *Redes y Castillos* forma parte de la *Tercera Antología de Escritoras MX* (Ed. El nido del fénix, 2020). Su minificción *Once y media* fue publicada en la revista digital *Mi valedor*, 2021.

Trabajó en la Secretaría de Cultura del Estado de Puebla y actualmente es maestra de talleres de escritura en Puebla.